



UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO.
FACULTAD DE HUMANIDADES.
INSTITUTO DE HISTORIA Y CS. SOCIALES.

TESIS DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE
PROFESOR DE ENSEÑANZA MEDIA EN HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES
LOS GRADOS ACADÉMICOS DE LICENCIADO EN HISTORIA, LICENCIADO EN
EDUCACIÓN

El Pensamiento Político de Tancredo Pinochet Le Brun

Tesistas: Luis Reyes Sánchez
Cristóbal Rojas Vargas.

Profesor Guía: Leopoldo Benavides Navarro

Profesor Informante: Luís Corvalán Marquéz

VALPARAÍSO, 2016

Introducción

La presente investigación tiene como objeto de análisis la obra ensayística de un intelectual de relevancia para la Historia de Chile de la primera mitad del siglo XX. Tancredo Pinochet Le Brun es un autor que expondrá críticamente las problemáticas de la sociedad chilena y Latinoamericana, asimilando el recurso del ensayo como la forma más común de expresar sus opiniones y conocimientos sobre las temáticas analizadas, aunque sin serle poco familiar la retórica poética.

La producción intelectual de Tancredo Pinochet será nuestra fuente de investigación, de la cual nos valdremos para buscar un constante diálogo con la bibliografía existente sobre la Historia de Chile de la primera mitad del siglo XX. Al mismo tiempo que encontrar las relaciones entre el ensayo de Pinochet Le Brun, y lo que se ha escrito al respecto, analizaremos las continuidades y cambios en el pensamiento del autor. Para estos fines, nuestro estudio hará un seguimiento cronológico de su pensamiento, durante la producción ensayística que realiza entre los años 1909 y 1944, marco temporal en el que, a nuestro juicio, se encuentran las obras de mayor contenido, tanto ideológico como conceptual.

En el curso de la presente investigación argumentaremos dos hipótesis de trabajo, que tienen relación con el pensamiento intelectual de Tancredo Pinochet Le Brun. La primera es sostener que el autor, respaldado en su obra ensayística, puede ser incluido dentro de lo que se ha llamado los precursores del movimiento social chileno.¹

La segunda hipótesis está relacionada con que la historiografía chilena, ha incluido al intelectual en análisis, dentro de las corrientes nacionalistas de comienzos del siglo XX, aunque han existido recientemente algunas posturas en contraposición². No obstante, nos parece pertinente revisar detalladamente, a la luz de sus ensayos, si realmente es acertado rotular a Pinochet Le Brun dentro del campo ideológico nacionalista, y, por lo tanto, asimilable a pensamientos de autores como Nicolás Palacios, Alberto Edwards y Francisco Encina. La postura que argumentaremos es que el autor demuestra rasgos esencialmente distintos al nacionalismo de los autores mencionados, más bien se reviste de un nacionalismo con matices antiimperialistas, postura que se originará en respuesta al avance del Imperialismo en Chile y Latinoamérica. De modo que el autor tiene las

¹ Al respecto ver, Julio César Jobet, Los precursores del pensamiento social de Chile, Ed. Sudamericana, Santiago, 1956; También revisar Capítulo XI, El desarrollo del pensamiento social, en: Luis Vitale, Interpretación Marxista de la historia de Chile, Tomo V, De la república parlamentaria a la república socialista (1891- 1932), Ediciones LOM, Santiago, 1993, p. 207.

² Al Respecto ver Capítulo IV, Tancredo Pinochet Le Brun y Guillermo Subercaseaux: "Nacionalistas" ajenos al campos ideológico conservador antiliberal, en: Luis Corvalán Márquez: Nacionalismo Y Autoritarismo durante el siglo XX en Chile. Los orígenes, 1903-1931, Ediciones Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009.

credenciales para formar parte de lo que ha sido denominado el movimiento antiimperialista chileno de comienzos del siglo XX.³

En esta lógica, el nacionalismo de Tancredo Pinochet Le Brun, difiere de aquél nacionalismo cultural o étnico que se desarrolló a lo largo del siglo XIX, heredero de las matrices conceptuales del tradicionalismo, y que será recepcionado por algunos intelectuales chilenos de comienzos del siglo XX. A contrapartida, el autor reviste matices del pensamiento nacional-antiimperialista como así lo expresa el historiador marxista Luis Vitale.⁴

Con respecto a la estructura de la tesis, estará glosada en dos partes. La primera parte incorpora el capítulo I y II que conceptualizará y contextualizará nuestra investigación respectivamente.

El primer capítulo tendrá como objetivo precisar dos conceptos relevantes para una mejor comprensión de las temáticas que se expondrán durante la investigación. Estas dos conceptualizaciones son el Intelectual y el Nacionalismo. El segundo capítulo tendrá la finalidad de hacer una revisión del contexto histórico en el cual se sitúa nuestra investigación. En efecto, expondremos los principales acontecimientos históricos de Chile a comienzos del siglo XX, y lo propio de Latinoamérica y su relación con el Imperialismo.

La segunda parte de la presente investigación, contiene el capítulo III y IV que tendrán como objetivo el estudio del pensamiento intelectual de Tancredo Pinochet Le Brun. Lo anterior será realizado mediante el análisis de su obra ensayística, esperando que entreguen las respuestas a nuestras hipótesis de trabajo.

De este modo, el tercer capítulo analizará algunas obras que en su conjunto demuestran la permanente preocupación de Pinochet Le Brun, no tan sólo por la crisis del régimen oligárquico, sino también de las grandes problemáticas sociales agudizadas por la cuestión social y que se expresará en la creciente desigualdad en la sociedad chilena de comienzos del siglo XX. En efecto, lo anterior expuesto demostraría que el autor es un precursor del pensamiento social chileno en los albores del siglo XX.

Por su parte el cuarto capítulo y final, tendrá la misma lógica de su precedente, pero estudiando la producción ensayística del autor que revisten de un pensamiento nacionalista con matices antiimperialistas, posición detonada por el avance de los capitales extranjeros en Chile, en especial de aquéllos provenientes de Estados Unidos. De esta forma, podríamos demostrar que Tancredo Pinochet Le Brun podría ser comprendido dentro del movimiento antiimperialista de comienzos del siglo XX en Chile.

³ Ver Capítulo V, El antiimperialismo en Chile, en: Hernán Ramírez Necochea, Historia del Imperialismo en Chile, Editora Austral Ltda., Santiago, 1960.

⁴ Luis Vitale, Op. Cit., p. 216.

Capítulo I

A MODO DE CONCEPTUALIZACION: EL INTELLECTUAL Y EL NACIONALISMO

En este primer capítulo desarrollaremos dos conceptos de relevancia para una mayor comprensión de las problemáticas que enfrenta nuestra investigación. Uno es la figura del intelectual, su historia y el rol que debe cumplir en la sociedad. El otro es el Nacionalismo europeo y su recepción en el escenario chileno del siglo XX. Así podremos iluminar ideas que rondarán constantemente en la órbita del estudio del pensamiento político de Tancredo Pinochet Le Brun.

1. LA FIGURA DEL INTELLECTUAL

Un elemento importante que nos permite entender el pensamiento de Tancredo Pinochet Le Brun es el rol que se le ha entregado a la figura del intelectual. Desde las Ciencias Sociales se postula que el contenido de la imagen del intelectual ha variado históricamente para el caso de América Latina. No obstante, se puede inducir que los intelectuales, muchas veces desde una posición ajena a los márgenes del poder, son los críticos mejor posicionados para esgrimir un discurso encauzado a interpretar las problemáticas de la sociedad y por consiguiente, postular soluciones para corregir estos dilemas que obstruyen la normal armonía de la sociedad. Para Wilhelm Hofmeister el oficio del intelectual refleja su vocación de orientar la conducta de la sociedad “en base a ciertas pautas y valores culturales definiendo objetivos y alcances del desarrollo social”⁵.

Por su parte, Hugo Mansilla ha postulado que los intelectuales antes de 1960, comparten algunas características genéricas como el tener un compromiso histórico y que defienden valores normativos abstractos tales como la verdad, la justicia y la democracia. Dice el autor que los intelectuales se consideraban así mismo como personas que tenían el privilegio de permanecer al margen de las contradicciones y conflictos de su entorno, “sin ser determinados a su vez por su posición y origen social”⁶. Esta postura pugna con los

⁵ Wilhelm Hofmeister y H.C.F. Mansilla (ed.) *Intelectuales y Política en América Latina: El desencantamiento del espíritu crítico*. Ediciones Homo Sapiens. Santa Fe, Argentina. 2003. p. 9.

⁶ Hugo Mansilla, “Breve aproximación a una ambivalencia fundamental”. Artículo que forma parte del citado “*Intelectuales y Política en América Latina*”. *Ibíd.* p. 21.

lineamientos del intelectual que asumiremos en esta investigación, como veremos más adelante.

En opinión de Hofmeister, el rol del intelectual como conciencia lucida de la sociedad, portador de los saberes y las verdades fundamentales para enmendar los rumbos del país, toman relevancia cuando las instituciones políticas se han visto limitadas en su función mediadora entre el Estado y la Sociedad, cuestión que ha permitido a los intelectuales “asumir un rol fundamental en la génesis y la difusión de las ideas y símbolos de relevancia social desde la época de la Colonia hasta nuestros días”⁷.

Una mirada interesante para abordar las funcionalidades del intelectual en nuestro mundo capitalista, es el filósofo español Joaquín Fortanet, quien menciona la transformación de lo que él denomina “intelectual clásico” –más apegado a la definición de Jean Paul Sartre como el promotor de la verdad en defensa de la sociedad-, hacia una nueva forma de intelectual específico- caracterizado en la obra de Foucault - cuyo discurso se aboca al análisis crítico de realidades específicas, por lo tanto, de carácter concreto y de modo sectorial.

En este sentido, el intelectual clásico vendría a ser aquel personaje cuyo discurso busca denunciar el enmascaramiento de la verdad, develar la realidad que conduce a la opresión, hallando las vinculaciones entre la situación actual y las estructuras sociales. Sería esa capacidad de examinar agudamente las relaciones sociales la que lo convertiría en juez de la situación social, “quien decide el camino a seguir en la transformación revolucionaria y ofrece ya sea al pueblo, al proletariado o a la clase social la conciencia de su situación concreta a partir de una teoría abarcadora y universalista”⁸. Según el autor, “el decir de este tipo de intelectual no puede contentarse con la mera interpretación del mundo, sino que debe ser un decir encaminado a transformarlo”⁹. Por otro lado, Fortanet sostiene que la figura del intelectual adquiere nuevas formas y contenidos, cuyo marco de acción tiende a restringirse al análisis de las realidades concretas, ya no desde una perspectiva universalista de cambio global sino desde una posición afincada a criticar cuestiones particulares, o sea, “una actividad fragmentada, efímera, labrada con pequeñas intervenciones sectoriales que no responden a problemas universales como la justicia, sino a cuestiones concretas, a luchas singulares, en las cuales la tarea del intelectual cobra un nuevo sentido”¹⁰.

Foucault intentó inteligibilizar el fenómeno del intelectual y el poder, al señalar que este como figura contestaria de la sociedad capitalista y su régimen de producción, inevitablemente se politiza y toma posición en las discusiones sobre la política y el poder a través de: Primero, su posición como intelectual en la sociedad burguesa frente al modo de producción e ideología que esta produce, y segundo, “mediante su propio discurso, en tanto

⁷ *Ibíd.*, p. 10

⁸ Joaquín Fortanet, Dos modos de concebir la labor intelectual: Foucault y Rorty, *Revista de Filosofía Moral y Política* nº 42, Zaragoza, Enero-Junio 2010, p. 217.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*, p. 218.

que revelador de cierta verdad, descubridor de relaciones políticas allí donde estas no eran percibidas”¹¹. Incluso Foucault señala que la relación del intelectual con el poder es intrínseca ya que ellos mismos como intelectuales forman parte de ese sistema de poder en donde su reputación como agentes de la conciencia y del discurso pertenece a este sistema. En este punto, el autor sentencia que la labor crítica y contestaria del intelectual se enmarca precisamente en los ámbitos donde el poder y las relaciones políticas son más fuertes, es decir, “el papel del intelectual no es el de situarse «un poco en avance o un poco al margen» para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento”¹².

Tomando en cuenta las posturas precedentes sobre la figura del intelectual, no podemos dejar ausente la voz sobre ésta temática de uno de los pensadores que más contribuyeron a la teoría política del siglo XX, Antonio Gramsci quien para el Historiador Británico Eric Hobsbawm es el pensador marxista “más original de Occidente desde 1917”¹³.

La problematización realizada por Gramsci sobre los intelectuales comienza sobre su naturaleza y pertenencia a una clase social autónoma o no, “¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o bien cada grupo social tiene su propia categoría especializada de intelectuales?”¹⁴. A lo que su respuesta una líneas después es, “cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica. Se crea al mismo tiempo, orgánicamente una o más capas de intelectuales”¹⁵. Estos “intelectuales orgánicos” tendrían la función de homogeneizar y concientizar a la clase social, siendo en su mayor grado ““especializaciones” de aspectos parciales de la actividad primitiva de tipo social nuevo que la nueva clase ha sacado a la luz”¹⁶, porque para Gramsci “todos los hombres son intelectuales, podría decirse por lo tanto; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales”¹⁷

Al centrarnos en la obra de Tancredo Pinochet podemos darnos cuenta explícitamente de esa posición y compromiso propio del “intelectual orgánico” preocupado de concientizar y homogeneizar a su grupo social, la mesocracia. Desde 1909 a 1944 Pinochet Le Brun mantiene una crítica social anti oligárquica al afrontar los problemáticas del país como el atraso cultural y material de las clases medias. Es una crítica aún más inclusiva, pues está en defensa de los segmentos sociales desposeídos y postergados de las lógicas estatales comprendiendo, en efecto, tanto a agricultores, obreros, peones, indígenas, profesores y pequeños empresarios.

¹¹ Michel Foucault, *Microfísica del Poder. Los Intelectuales y el Poder*; Entrevista Michel Foucault a Gilles Deleuze, La Epiqueta, Madrid, 1993, p. 77-86.

¹² *Ibíd.*

¹³ Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el Mundo, Marx y el marxismo 1840-2011*, Ed. Crítica, Barcelona, 2011, p. 321.

¹⁴ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, Vol. 4, Ediciones Era, México D. F., 1986, p. 353.

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ *Ibíd.*

De este modo podemos verificar que la línea argumentativa Gramsciana está en consonancia con el rol de intelectual que mantiene Tancredo Pinochet Le Brun en su obra ensayística. Lo anterior es confirmado en el análisis de los ensayos del autor, en especial el referido a “La conquista de Chile en el siglo XX” y “Oligarquía y Democracia”-, en donde Pinochet Le Brun cumple la función “especializada” de construir un discurso legitimante para la clase media emergente. En términos conceptuales, nos parece pertinente en la medida que representa de forma fehaciente la preocupación del autor por bosquejar rutas de tránsito para el futuro de la mesocracia chilena, inquietud que, en algunos casos, lo impulsaba, a entregar herramientas ideológicas, construir estrategias de cambio y proyectar horizontes de expectativa para el empoderamiento de la mesocracia nacional. Expresión de ese esfuerzo es la actitud que está vertida en la obra “Oligarquía y Democracia”, en donde Pinochet, una vez que ha examinado el modelo de organización nacional y ha propuesto el sistema democrático para sustituir el ordenamiento oligárquico, plantea reemplazar la oligarquía por los grupos mesocráticos calificados en la conducción del estado.

Una acotación al caso es que, al igual que otros intelectuales chilenos como Luis Emilio Recabarren y Alejandro Venegas, la conciencia de Pinochet Le Brun sobre los problemas de la cuestión social, conducirá a reflexionar en torno a las soluciones que orienten a la sociedad chilena por los caminos del progreso económico, material e intelectual. La novedad de todo esto estriba en que, desde 1909 hasta 1944, este intelectual con sentido de clase, esbozará desde sus obras ensayísticas proyectos societarios de cambio, cuyos contenidos, sea por causa de las condicionantes nacionales, o por las influencias del contexto internacional, tendrán presente la inextricable relación de lo nacional y continental.

2. EL NACIONALISMO

Una discusión que es necesaria dejar asentada, a la luz de los fines de la presente investigación, dice relación con la revisión de las matrices conceptuales del pensamiento de Tancredo Pinochet Le Brun durante las primeras décadas del siglo XX a través del análisis de la bibliografía y el examen de los postulados vertidos en ella.

Analizaremos el discurso socio- político de Tancredo Pinochet dentro de un marco temporal de análisis -que se extiende desde 1909 a 1944-, y sus relaciones con la emergencia de la corriente del nacionalismo(s) chileno (s) a comienzos del siglo XX, y si este, consiguientemente, recepcionó y adoptó la variante nacionalista cultural o étnica que, originada en Europa, logra afincarse en la cultura política de un gran espectro de sectores intelectuales chilenos. Estos últimos buscaban respaldar ideológicamente los discursos

críticos del proyecto modernizador de la oligarquía, y por consiguiente, levantar proyectos de solución a los problemas que se ciernen sobre la sociedad chilena.

La producción intelectual de Pinochet Le Brun, no es ajena al contexto de cambios profundos que operan a fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX en la estructura económica-social de la sociedad chilena, que se transforma producto de los procesos de modernización del capitalismo a escala nacional.

En las vísperas del centenario, como veremos más adelante, el “modo de ser oligárquico” y el espíritu de fiesta de la elite como resultado de los cien años de vida nacional y desarrollo republicano, cae en un enjuiciamiento público por parte de una serie de segmentos intelectuales que, vinculados por lo general con las elites provinciales o los sectores medios, “detectaron fallas inquietantes en el desarrollo nacional”¹⁸ y en la organización del proyecto modernizador de la Oligarquía. En este sentido, estos intelectuales comparten un diagnóstico desfavorable de la vida nacional, una situación de crisis, marcada por latentes problemas de carácter nacional, especialmente en las esferas política, social y económica, a las cuales, la elite, los gobiernos parlamentarios y los partidos políticos no daban solución satisfactoria.

Bajo el alero de los mencionados fenómenos, entenderemos de mejor manera el concepto de nacionalismo, debido a que por parte de la Historiografía Chilena se le ha tildado a Tancredo Pinochet de estar imbuido en algún grado del pensamiento nacionalista en Chile del siglo XX. Posteriormente se terminará este apartado con exponer las posturas de algunos historiadores que han entregado espacio de su investigación al estudio de este intelectual.

2.1. Nacionalismo: Europa, América Latina y Chile.

El nacionalismo es una doctrina política que tiene sus raíces en las conceptualizaciones y cambios socioeconómicos de la época moderna. Aparece en la escena europea durante el transcurso de todo el siglo XIX, sin embargo, sus orígenes están enraizados en un acontecimiento datado a finales del siglo XVIII: La revolución Francesa.

“La revolución francesa y su doctrina de la soberanía popular contribuyeron a la transformación del concepto de nación, convirtiendo a todo el pueblo en nación; a la vez, el principio de la autodeterminación se establecía como el marco ético del orden político.”¹⁹ En sus orígenes el nacionalismo fue revolucionario, puesto que fue la respuesta a la crisis de legitimidad de los Estados modernos que dejaban atrás el Antiguo régimen político legitimado en Dios. El nacionalismo tiene tanto éxito puesto que “rellena un vacío de poder

¹⁸ Sandra Mc Gee Deutsch, Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890 -1939, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2005.

¹⁹ Karen Sanders, Nación y Tradición, cinco discursos en torno a la Nación Peruana 1885-1930, Ed. Fondo Cultura Económica, Lima, 1997, p. 75.

y da una solución a la relación entre sociedad y Estado, problemas planteados por la formación del Estado moderno”²⁰.

Durante el siglo XIX, el Estado llega a ser “la fuente única y exclusiva de todos los poderes y prerrogativas del gobierno”²¹. Esto anterior, se conecta con otros cambios que tendrá la sociedad europea, puesto que “la ciudadanía, en toda Europa Occidental, no hizo sino ampliarse, desbordándose incluso hacia las clases subalternas, otorgándole, en consecuencia, al concepto cívico de nación un carácter cada vez más inclusivo y operante.”

Sin embargo, este nacionalismo liberal durante el desarrollo del siglo XIX fue mutando hacia un tipo de nacionalismo de corte más cultural o étnico que presenta matices distintos al anterior. Karen Sanders constata que este nacionalismo se caracteriza por postular “que existen grupos humanos que se pueden definir según señas comunes como son, por ejemplo, la afinidad racial, el lenguaje, un territorio o una historia común, todas asimilables a la noción de una etnicidad primordial que se expresa en uno –en una combinación de varios- de los rasgos citados”. Para esta corriente nacionalista es de relevancia las obras de autores como Johan Herder y Johan Fichte. Para Herder la unidad natural de una sociedad es la nación, “comunidad cultural basada en una lengua común”²².

Los rasgos anteriores expuestos por la autora, demuestran que este tipo de nacionalismo se diferencia radicalmente del nacionalismo temprano y su carácter inclusivo, puesto que el nacionalismo cultural o étnico se define en base a la exclusión y “(...) en el caso que ese elemento sea la raza. Por lo mismo, la concepción étnica de la nacionalidad es la más excluyente de todas.”²³

En consecuencia, durante el siglo XIX se gesta una nueva formulación del nacionalismo cultural o étnico, que “hacia fines del siglo XIX las corrientes europeas que profesaban este concepto de nación fueron haciéndose cada vez más numerosas. Y como lo afirma Hobsbawm, “se inventó realmente el término “nacionalismo”²⁴.

En la lógica nacionalista –de clara herencia romántica -, la nación estaría constituida por una comunidad intergeneracional articulada en torno a un alma. En palabras de Renán, la nación vendría a ser un principio espiritual constituido en una lógica dual, pasado –presente. En el primero, a su juicio, se encontraría la posesión en común de un rico legado de recuerdos; y el segundo, sería el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido. Esta lógica dual de la nación “supone un pasado pero se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento,

²⁰ *Ibíd.*

²¹ G. Poggi, *The development of the Modern State*, Hutchinson, Londres. 1978. p, 92.; Citado por Karen Sanders, *Op cit.*, p. 74.

²² Karen Sanders, *Op cit.*, p. 40.

²³ Luis Corvalán Márquez: *Nacionalismo Y Autoritarismo durante el siglo XX en Chile. Los orígenes, 1903-1931*, Ediciones Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009, P. 58.

²⁴ Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Ed. Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1998, cap. 3 y 4., p. 112. Citado por. Luis Corvalán Márquez. *Ibíd.*

el deseo claramente expresado de continuar la vida en común”²⁵. El alma o principio espiritual sería concebido por los nacionalistas como un bien absoluto puesto que, al constituir la expresión máxima de la existencia humana, no habría intereses individuales que se le antepusieran. El alma en la cual se articula la nación se expresaría en ciertas tradiciones y en una cultura común, de ahí que se considerara la comunidad nacional con un carácter homogéneo, expresados en sentimientos y adhesiones comunes, cuya forma más propia sería el sentimiento patriótico. Como enfatiza Luis Corvalán, “la cultura y el patriotismo no solo darán cuenta de una identidad, sino también, en la medida que se mantuvieran incólumes, constituirían elementos cohesionantes y potenciadores de la nación.”²⁶ La retórica de la unidad –tan reclamada y demandada por las elites decimonónicas en la constitución del Estado nación -, se constituirá en el principio de la existencia de la nación, en tanto mantendría inmutables los valores y la cultura que expresaría el alma de la misma. Como se deriva de tales lineamientos, para los nacionalistas la conservación de la nación resultó trascendental. Por lo mismo, las ocasiones en que la existencia de la nación se vio puesta en tela de juicio, las soluciones, en orden a preservar el bien absoluto y fin último de la existencia humana, requirieron medidas extremas, acordes a la imposición de regímenes autoritarios para resolver dichos conflictos.

En el fondo de esta corriente subyace, como afirma Luis Corvalán, una matriz conceptual excluyente que fue heredada del tradicionalismo del siglo XVII, y que consiste en una dicotomía en la cual un bien absoluto se le opone un mal absoluto. En el caso del tradicionalismo el bien supremo era representado por el orden tradicional y para el nacionalismo emanaba en la nación. Mientras que el mal absoluto para la corriente tradicionalista, se identificaba en los filósofos y sectas anticristianas, para la corriente nacionalista se personificaba en los judíos, marxistas y liberales.

Según Corvalán, en estas dos fórmulas, “los representantes del mal absoluto, muchas veces desde el exterior, se infiltrarían, sea en el orden tradicional o en la nación, procediendo a socavar sus esencias espirituales, destruyendo las tradiciones que la expresarían, provocando así su decadencia y disolución”²⁷. La resolución de esta dicotomía viene de la mano con la eliminación de las entidades asociadas con el mal, operación que debería ser dirigida por el régimen político, cuestión que termina legitimando posiciones autoritarias dentro de este último para llevar a cabo las acciones orientadas a ese fin.

Un nacionalismo derechista antiliberal es lo que hay conformado como doctrina política en Europa de las primeras décadas del siglo XX, estructurada ideológicamente para ser recepcionadas por el mundo, y en especial en los países de América Latina.

Entenderemos este nacionalismo como aquel ideologismo reaccionario que, a juicio de Corvalán, naciera en condiciones políticas, económicas y sociales de un periodo específico en Europa, en el marco de cambios sociales como los operados con el ascenso del

²⁵ Ernest Renan en Alvaro Fernández Bravo (compilador), *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 2000, p. 63.

²⁶ Luis Corvalán Márquez, *Op. Cit.*, p. 61.

²⁷ Luis Corvalán Márquez, *Op. Cit.*, p. 24.

movimiento social obrero, el peligro de la revolución socialista y los crecientes procesos democratizadores constatados en algunos países del viejo continente. Ante la complejidad de estos hechos, el nacionalismo –como expresión del pensamiento conservador antiliberal-, se trataría de una corriente autoritaria que en el viejo continente “proporcionara las bases teóricas a un especie de revolución conservadora y que, ante la irrupción de los sujetos mesocráticos y populares, propiciara la instauración de regímenes autoritarios excluyentes como único medio capaz de restaurar a la nacionalidad a la que se consideró en proceso de disolución”²⁸.

No es de forma antojadiza que las líneas precedentes se hayan ocupado del nacionalismo en un contexto exclusivamente europeo. Pues bien he ahí su lugar de emergencia, no obstante, la doctrina nacionalista se desmarca de sus confines eurocéntricos, trasladándose hacia otros lugares del globo terráqueo y utilizándose como un “molde ideológico” para legitimar circunstancias políticas diversas.

Este es el caso de Chile y América Latina que recepciona la doctrina nacionalista europea para ser utilizada en sus contextos históricos específicos. En Chile de comienzo de siglo XX se fueron desarrollando distintas posiciones político –ideológica a raíz de las problemáticas propias del periodo, tales como la cuestión social, la inoperancia del sistema político expresado en el parlamentarismo y los problemas económicos producto de la dependencia del mercado mundial, por nombrar algunos. Entre estas corrientes ideológicas hay que destacar la presencia de posturas vinculadas al nacionalismo, por su gravitación e influencia en los distintos ámbitos de la sociedad chilena a comienzos del siglo veinte.

No obstante, como puede constatarse a través de la historiografía nacional y latinoamericana, el origen y presencia de las corrientes nacionalistas tanto en Chile como en el resto de los países americanos, sigue siendo un eje temático para el cual todavía no existe una postura coincidente entre los que han estudiado el fenómeno, más aún en lo que respecta al caso chileno. Por un lado, Jaime Eyzaguirre y Enrique Campos Menéndez, han postulado que el nacionalismo chileno, en una expresión más afincada al patriotismo, es fruto de la tradición del país y su historia, de las esencias nacionales, ajeno a toda influencia ideológica extranjera. No pareciera ser rara la postura de Campos Menéndez cuando enfatiza que, a propósito de los contenidos del nacionalismo chileno, “estos resultarían del conocimiento del ser nacional, por cuanto los mismos vendrían determinados por un origen, una historia y un medio, que no serían otros que los del país”²⁹.

Se puede derivar de estas posturas una actitud romántica dispuesta a preferir y ver en la emergencia del nacionalismo un fenómeno construido sobre la base del pasado, sus

²⁸ Luis Corvalán Márquez, Op. Cit., p. 19.

²⁹ Enrique Campos Menéndez, Perspectivas del Nacionalismo; Citado en la obra de Luis Corvalán Márquez: Nacionalismo Y Autoritarismo durante el siglo XX en Chile. Los orígenes, 1903-1931. Ediciones Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009, p. 23.

referentes culturales y simbólicos del país, con un marcado anti extranjerismo y sentimiento patriótico resaltante de lo chileno, las virtudes cívicas y las raíces propias.

Este tipo de perspectivas suele ser frecuentes en condiciones críticas y en contextos de cambios estructurales donde se busca imponer referentes de filiación orientados a cohesionar cultural y simbólicamente la sociedad chilena como lo fue por ejemplo, en el ambiente que rodeó la Guerra contra la Confederación Perú –boliviana y la Guerra del Pacífico.

A contrapelo de los autores anteriormente expuestos, Luis Corvalán Márquez y Carlos M. Rama coinciden en destacar la procedencia extranjera de las corrientes nacionalistas, puesto que el nacionalismo “es un invento de la vieja Europa, y sin su presencia mal podría entenderse la agitada historia de esta desde el siglo XV, pero no hay duda que la invención ha sido exportada al resto del mundo, y en especial a la América Latina”³⁰.

Los antecedentes de esta vinculación entre América Latina con las formas de nación y nacionalismo europeo, que se remontan –en el caso de la primera-, desde el periodo colonial y la época independentista, se diferencian de la construcción de los Estados-Nacionales en Europa. El proceso de edificación del Estado-Nación latinoamericano, no se sostuvo sobre la base de la nación, como en el caso europeo, sino que a la inversa, fue a partir del Estado que se concadenaron los esfuerzos tendientes a constituir la nación y sus referentes políticos y culturales. Esto coincide con lo expuesto por Mario Góngora, de que el Estado ha dado origen a la Nación y que la ha constituido a lo largo de los siglos XIX y XX en el caso chileno.³¹

La nación moderna es, pues, un resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en igual sentido³², situaciones determinadas por las lógicas del Estado y las aspiraciones unificadoras del nacionalismo sobre las sociedad. Por lo tanto, la Nación, como ideal político-cultural de unificación de las diferencias etnias se establece sobre referentes culturales y simbólicos esgrimidos por la mirada elitista en razón de constituir la comunidad nacional en la óptica mayor de insertar el país en el free trade y la economía mundial. De ahí que Carlos Rama señale que las experiencias del nacionalismo latinoamericano –e incluso sus aspectos historiográficos-, “están vinculadas desde sus orígenes a los europeos, por cuanto se deben plantear la valoración de la etapa colonial de los siglos XV al XIX, y en los tiempos de la formación sociedades independientes la presencia de capitales y emigrantes también europeos”³³.

Pero las discusiones sobre la nación en los debates políticos y culturales de la época fundacional, no se acaban sino que se renuevan en el siglo XX, siendo posible detectarlos sobre nuevas condiciones sociales. Como postula Álvaro Fernández Bravo, la nación, como

³⁰ Carlos Rama, *Nacionalismo e Historiografía en América Latina*, Ed. Tecnos, Madrid, 1981, p. 10.

³¹ Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992.

³² Ernest Renant, *Capítulo II: ¿Qué es una nación?* Apartado reproducido en el libro de Álvaro Fernández Bravo, (compilador), *Op. Cit.*, p. 57.

³³ *Ibíd.*

unidad histórica, no es inmutable y posee, al contrario, una temporalidad que la permite entenderla como un proceso, no un evento. Y esta temporalidad no es lineal y pasiva, sino que en su seno se enfrentan, en función de los procesos económicos y sociales, visiones antagónicas e identidades representadas por las clases dominantes y dominadas. De ahí que Fernández Bravo caracteriza este proceso de formación de la nación como “la convivencia de tiempos e identidades dispares en su seno, sometidos a la presión del Estado que intenta homologar y aproximar a una forma unívoca la multiplicidad contenida en la nación”³⁴.

En estas complejidades antagónicas, las discusiones acerca de la legitimidad de la nación y de la identidad nacional en el siglo XX son rescatadas por este nacionalismo chileno, que desde matrices conceptuales europeas, examina el proceso de cambio chileno, buscando las causas y soluciones del estado crítico de la nación chilena, así como establecer las bases teóricas de los movimientos de extrema derecha y gobiernos de corte dictatorial como el del coronel Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931).

Para no caer en reducciones unilaterales a la hora de revisar los temas en su amplia complejidad, hay que reconocer que la corriente del nacionalismo en el país tuvo diversas expresiones. En este sentido, es un hecho aceptado por la Historiografía chilena que se ha dedicado al tema, que el nacionalismo, hacia las primeras décadas del siglo XX no fue un fenómeno unívoco y limitado al ámbito de las discusiones intelectuales y culturales como hemos visto hasta ahora, sino que se plasmó en distintas expresiones, alcanzando una injerencia trascendente en el plano de la política, la sociedad, las mentalidades, el arte y la literatura. Esta manifestación pluridimensional del nacionalismo en los distintos órdenes de la sociedad chilena se entiende, como destaca el trabajo de Alejandro San Francisco, examinando el nacionalismo como un fenómeno complejo y múltiple, “en el que los nacionalismos se plasmaron en diferentes fenómenos y problemas a lo largo de la centuria, y con tintes ideológicos distintos, pero indisociablemente unidos a la formación de la identidad nacional”³⁵.

Junto a esta manifestación multidimensional del nacionalismo en el país, debemos advertir conceptualmente dos términos que tienden a confundirse en esta época de realce de las posturas reivindicativas de la identidad. En este ambiente la presencia reiterada de términos conceptuales como el nacionalismo y patriotismo nos impulsa a señalar en forma breve elementos diferenciables. Esto porque patriotismo, como sostiene Álvaro Fernández Bravo, tendría una tradición más rica y antigua, estando constituida por una serie de valores cívicos que suelen atribuírsele al Nacionalismo. En opinión del autor, el patriotismo estaría en contra de la tiranía, la corrupción y la represión, mientras que el nacionalismo sería contrario a la heterogeneidad, la impureza racial y la desunión social, política e intelectual. Si bien

³⁴ Álvaro Fernández Bravo (compilador), Op. Cit., p. 12.

³⁵ Alejandro San Francisco y Gabriel Cid, Nacionalismos e identidad nacional en Chile siglo XX. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2010, p. 21.

puede establecerse ciertas similitudes, el nacionalismo resulta de esta manera "identificado en bloque con sus rasgos más intolerantes, autoritarios, discriminatorios y xenófobos"³⁶.

Como hemos visto, el nacionalismo logró concretarse como una de las corrientes ideológicas - culturales más importantes del nuevo siglo, y sus manifestaciones son evidentes en los distintos planos de la sociedad. Frente a los eventos de conflicto que se desenvuelven en el seno de la sociedad chilena, las acciones totalizadoras del Estado y la perspectiva cohesionante y unificadora de la nación entrarán en cuestionamiento a partir de aquellos sectores determinados por las mismas lógicas de unidad desde el Estado chileno, problemática que a la larga determinara la crisis de la nación en su conjunto. En ese sentido, la emergencia de perspectivas críticas en respuesta a esta situación de crisis, como el nacionalismo, se entenderán -como veremos más adelante- a raíz de la aparición de la mesocracia y el proletariado, segmentos antes marginados de las discusiones político culturales del país pero que, con los nuevos procesos de modernización estatal, económica y educacional, cobrarán mayor protagonismo al colocar sobre la opinión y el debate público los problemas antes enunciados. A estas denuncias se sumaran algunos intelectuales provenientes de la elite, quienes ante los sucesos acaecidos, buscaron enmendar los rumbos que la oligarquía, como clase dirigente, no lograba impulsar.

Como es natural, parte de estos nuevos protagonistas, particularmente el sector intelectual de la mesocracia y la elite antes referida, requerían, como parte de su discurso y praxis, un cuerpo teórico ajeno a las corrientes que existían en el país, y que por los procesos antes aludidos, estaban en franca retirada. En la mirada de estos intelectuales, los cambios no podían efectuarse dentro de los marcos tradicionales de la política chilena, o más aún, no podían ser proyectados sobre la base del ideologismo liberal en plena decadencia, y en el cual, a opinión de estos personajes, estaría una de las causas de la crisis nacional. Ante la falta de corrientes culturales e ideológicas alternativas, el nacionalismo se constituirá en el marco de referencia de muchos intelectuales de la época que estaban comprometidos a buscar las causas y soluciones de la crisis chilena. Será el nacionalismo el que ocupe preferencialmente en el plano de las ideas, este vacío teórico. Por otro lado, y como subraya Gabriel Cid, esta efervescencia del nacionalismo se acentúa además en presencia de regímenes políticos visualizados como incompetentes para solucionar las demandas de la sociedad. En el caso chileno, el régimen parlamentario y su ineficacia permitieron al nacionalismo operar en función "a buscar las soluciones a los problemas profundos del país, que sus gobernantes no podían-o no querían realizar"³⁷.

La salvedad que dejaremos enunciada para volver sobre ella más adelante gira en relación a determinar que el discurso del nacionalismo no se presentó en forma homogénea y con diagnósticos y propuestas comunes a partir de sus supuestos, sino que las conceptualizaciones, al ser adoptados por diversos grupos intelectuales, en función de

³⁶ Álvaro Fernández Bravo (Compilador), Op. Cit. p. 19.

³⁷ Gabriel Cid, "A la Nación por la fe. El nacionalismo católico chileno en el periodo de cambio y crisis", 1910-1941. Artículo extraído del texto de Alejandro San Francisco y Gabriel Cid, Op. Cit., p. 38

diversos fines y estrategias -sean de la mesocracia o de la oligarquía-, “dieron lugar en Hispanoamérica a distintas tematizaciones y posiciones”³⁸. La prevención de este caso se comprenderá al encontrarnos con críticos nacionalistas con posturas autoritarias y excluyentes, y nacionalistas que, si bien sostienen sus discursos sobre conceptos como la decadencia de la nación y pérdida del sentimiento de nacionalidad, sus soluciones, más que influenciarse en fines autoritarios y excluyentes, buscaran concretarse en un contexto político democrático e instaurando un capitalismo nacional en función de posturas proteccionistas e intervencionistas en el ámbito económico, racionalidad que como examinaremos más adelante, será retomada por Tancredo Pinochet en uno de sus primeros ensayos, “La conquista de Chile en el siglo XX”, escrito en 1909.

Como habíamos adelantado, serán algunos sectores de la Mesocracia junto a grupos de la oligarquía distanciados de las turbias proyecciones de esta última, quienes asumirán las posturas nacionalistas que forman parte importante del pensamiento político moderno europeo a través de la recepción de sus ideas autoritarias y excluyentes. Estas ideas europeas se constituirán a la larga en el basamento teórico de los grupos intelectuales nacionalistas chilenos quienes se entroncaron en la ardua tarea de perfilar los exámenes de la realidad nacional, denunciando sus problemas y esbozando soluciones orientadas a resolverlas. Otro sector que recibió en gran medida estas ideas fue el ejército, pero de acuerdo a los fines de este estudio, solo nos limitaremos a señalar su participación en la recepción del ideologismo nacionalista. A propósito de estas lógicas del nacionalismo europeo y sus conceptualizaciones más comunes como el estado de decadencia, crisis nacional y disolución del sentimiento de nacionalidad, el tema de la decadencia de la nación, como el bien absoluto, tendrá un correlato en las discusiones de los intelectuales chilenos que hicieron suyo este marco referencial a partir de los problemas sociales, políticos y económicos que por su amplitud y frecuencia, golpeaban la quietud de la sociedad chilena. A este respecto, ¿en qué elementos o temas se constató la presencia de las ideas nacionalistas en cuanto al contexto nacional de comienzos de siglo XX?

El problema de la nación y de su legitimidad como bien absoluto y basamento del orden social elitista chileno cobra relevancia y contingencia con la irrupción de una serie de sucesos sociales que colocaron en el debate público, por parte de los intelectuales nacionalistas, el tema de la decadencia y la crisis de la unidad nacional a propósito del distanciamiento irreconciliable de los segmentos sociales y la decantación cada vez mayor de la lucha de clases –“constatada por el espiral de violencia que abrazó los enfrentamientos entre el movimiento social popular y los aparatos represivos del Estado en las paralizaciones y huelgas obreras verificadas en Valparaíso y Santiago entre 1902 y 1907”³⁹-. Las palabras de Gonzalo Vial Correa son reveladoras de este hecho al describir

³⁸ Luis Corvalán Márquez, Op. Cit., p. 95.

³⁹ Para un mayor análisis de los movimientos populares a comienzos del siglo XX véase: Hernán Godoy Urzúa. La Estructura Social De Chile (Editorial Universitaria. Santiago. 1971); Gonzalo Vial Correa. Historia de Chile. Tomo VII. (Editorial Portada. Santiago. 1981); Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, Sofía Correa y Otros. Chile en el Siglo XX. (Decimocuarta Edición Editorial Planeta. Santiago. 2011); Hernán Ramírez Necochea. Historia del Movimiento Obrero en Chile. (Editorial Austral. Santiago. 1956); Sergio Grez Toso. La Cuestión Social en Chile. Ideas y Debates

que la violencia y represión fueron el “paso postrero en la ruptura de la unidad nacional... quebrada ya la común concepción del mundo, vino ahora el quiebre del consenso político y social”⁴⁰.

Otro elemento que tuvo amplia discusión en los estratos intelectuales estaba asociado a los contrastes que diferenciaban las condiciones del siglo XIX del XX, el primero marcado por una época de esplendor, de orden, de desarrollo republicano, y el segundo, interpretado como en la más absoluta anarquía, un presente sin proyecciones y objetivos en el futuro, cuestión que se entroncaba con la persistencia crónica de los problemas antes aludidos en distintos órdenes de la sociedad chilena. En opinión de Alejandro San Francisco, la explicación giraba en la situación producida por el éxito económico que se deriva de la incorporación del salitre a la economía, cuestión que “había tenido como contrapartida una decadencia en el plano moral, que afectaba especialmente a los sectores dirigentes y se extendía al resto de la población”⁴¹. Esta crisis moral sería consecuencia de la vida lisonjera y llena de riqueza por parte de los grupos aunados en la Oligarquía, los cuales, amparados en el parlamento, ordenaban y legislaban la nación en beneficio de los lujos, viajes y el desenvolvimiento del modo de vida oligárquico en desmedro del resto del país y los problemas sociales y económicas que requerían soluciones urgentes. A ello se suma la creciente preferencia de los grupos dirigentes por el modo de vida, las tradiciones y las pautas culturales extranjeras, cuestión que se resumirá en la imposición de la cultura europea en el país, con el consiguiente rechazo de los valores, las costumbres y la cultura de la sociedad chilena. Un elemento adicional a las problemáticas detectadas por la intelectualidad mesocrática decía relación con la entrega económica del país a los grandes centros capitalistas extranjeros. En consideración a este punto, personajes como Francisco Encina y Tancredo Pinochet vieron en esta penetración del imperialismo extranjero una de las debilidades cruciales de la nación chilena, cuestión problemática sobre todo por el contexto internacional en el cual se desarrollaban estos procesos. A saber, los conflictos interimperialistas y colonialistas de las grandes potencias por los mercados globales y esferas de influencia. Desde los lineamientos del darwinismo social y la lucha por la supervivencia entre las naciones, tanto Encina como Pinochet vieron que nación chilena estaba quedando bastante atrás en esta lucha, y que de no detener la escalada de influencia imperialista en el país, la nación estaría condenada a desaparecer ante la derrota por la supervivencia.

Precursores. (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago. 1995); James O. Morris. Las elites, los intelectuales y el consenso. Estudio de la cuestión social y el sistema de las relaciones industriales en Chile. (Santiago. Editorial El Pacífico. 1967); Igor Goicovic Donoso. Consideraciones Teóricas sobre la violencia social en Chile (1850-1930) (Artículo extraído del Archivo de Documentación Histórica Centro de Estudios Miguel Enríquez CEME. Valparaíso. 2004); Mario Garcés Duran. Crisis Social y Motines Populares en el 1900. (Ediciones Documentas. Santiago 1991); Mario Garcés Duran. Los Movimientos Sociales Populares en el siglo XX. Balances y Perspectivas. (Artículo extraído del Archivo de Documentación Histórico Social CEME (Centro de Estudios Miguel Enríquez).

⁴⁰ Gonzalo Vial Correa, Historia de Chile, Tomo VII, Editorial Portada, Santiago. 1981, p. 867.

⁴¹ Alejandro San Francisco y Gabriel Cid, Op. Cit., p. 21.

La interrelación y conjugación de estos elementos, a juicio de los críticos nacionalistas, venía a colocar en tela de juicio la existencia misma de la nación, y sus efectos empíricos en el ambiente social se expresan en un aumento irremediable de la decadencia del sentimiento de nacionalidad, de la cultura chilena y la crisis del patriotismo, cuestión, que venía a desarmar inevitablemente la identidad y los elementos cohesionadores y potenciadores de la nación, en otras palabras, los sustentos espirituales de la nación chilena en su conjunto.

El nacionalismo chileno, como expresión local y vertiente redefinida de su símil autoritario europeo, se manifestó en forma nítida y coherente a través de las obras de los intelectuales provenientes preferentemente de las filas oligárquicas como Alberto Edwards y Francisco Encina, cuya extracción social elitista se condecirá con las expresiones más autoritarias y excluyentes de la tradición nacionalista europea recepcionada en el país. A juicio de Luis Corvalán, los principales ejes de esa recepción del nacionalismo fueron: el reemplazo del paradigma liberal ascendente de la historia por uno que preferiría los quiebres y recesos al materializar en cierto punto la decadencia y disolución de la nación. En segundo lugar, acorde con las tendencias románticas, se presenta la idea de un pasado apogeo de la nacionalidad, (la República Portaliana), cuyo principio fundador residiría en el autoritarismo y orden, ideales necesarios a los cuales habría que retornar para detener el quiebre de la unidad nacional y el proceso de decadencia. Un tercer eje, confirmado en la obra de ambos autores y que resalta la adopción de las lógicas excluyentes europeas, es la asociación del liberalismo –por considerarse extranjero, fuera del ámbito de la nación y la patria-, con la causa de disolución de la nación. – y que más tarde extenderá su radio de acción culpabilizando al movimiento obrero y las doctrinas democráticas y socialistas-. En cuarto lugar está la asociación de la identidad del país con el pasado hispano colonial. En quinto lugar se presenta la adaptación de la matriz conceptual excluyente propia del nacionalismo a las realidades chilenas en su esfuerzo por determinar y eliminar las entidades causantes de la disolución de la nación, que en el transcurso del tiempo englobó al liberalismo, la democracia, el socialismo, el movimiento obrero, etc. Y en sexto lugar -siempre desde las obras de Encina y Edwards como representativas del pensamiento nacionalista-, la instauración de regímenes autoritarios encargados de eliminar las entidades asociadas a la decadencia y disolución de la nación.

2.2. El Nacionalismo y su vertiente Antiimperialista.

Debido a la importancia del nacionalismo antiimperialista en la obra ensayística de Tancredo Pinochet Le Brun, nos parece necesario esbozar y ampliar algunas cosas vistas en la primera parte de la investigación referente a la naturaleza que adquirió esta corriente en el ámbito latinoamericano a propósito de los eventos nacionales y el desenvolvimiento del imperialismo norteamericano en estos. En esta época de grandes procesos sociales y políticos a escala nacional e internacional, la emergencia del nacionalismo se presenta

como uno de los fenómenos culturales y políticos de mayor relevancia hacia las primeras décadas del siglo XX. Si bien en el viejo mundo manifestó matices de carácter incuestionablemente conservador, en tierras latinoamericanas llegó a adquirir expresiones contradictorias y antagónicas. Como vimos en la primera parte, hay una dificultad enorme al momento de conceptualizar el nacionalismo por la cantidad de manifestaciones que llegó a adquirir en este continente. No obstante, aún es posible trazar ciertas líneas de análisis orientadas a comprender la complejidad del fenómeno nacionalista.

En la óptica de Álvaro Fernández, el problema que surge al definir el nacionalismo en la realidad americana se deriva de la articulación de dos hechos históricos, contrapuestos, de suma importancia. Primero, que el nacionalismo en América Latina se presentó en forma “camaleónica”, contradictoria, a veces postulando ideales de libertad, justicia e independencia nacional, y en otros casos, impulsando movimientos reaccionarios donde se buscaba constituir regímenes de corte autoritario en función de repeler los movimientos sociales, y proteger, por consiguiente, la armonía y unidad de la nación. Y segundo, tiene que ver con la naturaleza de los intelectuales latinoamericanos, que en su mayoría, se constituyen culturalmente en base a referentes y vertientes del pensamiento europeo, pero que políticamente se auto reconocen como contrarios a la influencia extranjera, y en algunos casos, sustentan actitudes y movimientos anticoloniales y antiimperialistas. La conjugación de ambos fenómenos nos explica en tanto que el discurso nacionalista y su matriz conceptual sea susceptible de ser adquirido por diversos grupos con fines incompatibles. Esta ambivalencia en el discurso nacionalista es lo que Sanders denomina “la retórica del nacionalismo”, es decir, un tipo de discurso que –mientras apunta a unos objetivos políticos concretos y comunes-, puede ser adaptado a una multitud de contextos ideológicos. En este sentido, el nacionalismo, según la autora, funciona como una especie de molde, aportando un lenguaje que habla de temas comunes como, por ejemplo, la autodeterminación, de independencia de los pueblos, la identidad, la pureza de las razas, etc., dentro del cual se vierte una mezcla que puede tener todo tipo de ingredientes”⁴². De los elementos anteriormente expuestos se comprende, en el ámbito chileno, la coexistencia de posturas nacionalistas de corte conservador como las de Alberto Edwards, Nicolás Palacios o Francisco Encina, junto a perspectivas nacionalistas de corte antiimperialista como las de Guillermo Subercaseux o Tancredo Pinochet.

Centrándonos en el nacionalismo antiimperialista, esta vertiente se consolidó como una de las corrientes culturales del pensamiento latinoamericano con mayor efervescencia en el continente a fines del siglo XIX y gran parte del XX. Asimismo, su basamento teórico e ideológico orientó la acción concertada de gran parte de los intelectuales americanos así como de organizaciones políticas que luchaban por conseguir la independencia nacional de sus respectivos países a causa de las acciones del imperialismo en este periodo histórico. Autores claves en la formación del pensamiento latinoamericano en esta época como Mariátegui, Haya de la Torre y el APRA, José Vasconcelos, Enrique Rodo, José Ingenieros,

⁴² Karen Sanders, Op. Cit., p. 64.

Manuel Ugarte, etc., con marcado carácter antiimperialista y americanista, pusieron a disposición sus capacidades y vida intelectual a la causa de fundamentar cultural y teóricamente una forma de pensamiento que, opuesta al intervencionismo y la penetración del imperialismo en el continente, reivindicara el concepto de unidad latinoamericana así como las tradiciones, culturas y formas de vida constitutivas de la esencia y el espíritu americano. En el plano concreto de América latina y Chile, este conjunto de ideas aglutinadas bajo la forma del nacionalismo antiimperialista reconocían las nefastas consecuencias de la presencia del imperialismo en cada una de las naciones del continente. Por lo tanto, los intelectuales latinoamericanos comprendían que, luego de reemplazar comercial y financieramente la hegemonía inglesa, el imperialismo norteamericano, mediante su arsenal económico, político y diplomático, determino en forma paulatina la emergencia de fenómenos como la desnacionalización y dependencia económica, junto a la pérdida de la soberanía, identidad nacional, independencia y el derecho de autodeterminación de cada país.

Como veremos en el siguiente apartado, el nacionalismo antiimperialista tuvo una repercusión no menor en los círculos intelectuales y políticos chilenos que, si bien no conto con las condiciones socio culturales apropiadas para constituirse en un movimiento político concreto y opuesto a las acciones del imperialismo extranjero en la sociedad chilena, logro colocar en el debate y la opinión publica las consecuencias negativas del accionar norteamericano en el país.

3. Tancredo Pinochet Le Brun y el Nacionalismo

En términos sintéticos hemos señalado en el apartado anterior el escenario político social chileno que se desarrolla desde las primeras décadas del siglo XX presentándose de forma unánime con la crisis del proyecto modernizador de la oligarquía y los cambios socio - culturales acaecidos en el seno de la sociedad chilena producto de la aparición de los sectores populares y los estratos mesocráticos. Junto a ello, los discursos críticos que emergieron desde el Centenario por parte de intelectuales conscientes de los problemas que atravesaban al país en sus distintos ámbitos, se vinculan con la difusión de una serie de corrientes culturales europeas dispuestas a sustentar los proyectos de cambio de estos intelectuales cuestión que nos remite a la irrupción y adopción mayoritaria de la corriente nacionalista europea por parte de sectores principalmente provenientes de las capas mesocráticas y oligárquicas.

De manera estricta, hay que entender que la vida intelectual de Tancredo Pinochet se desarrolló en un ambiente en que los exámenes de la realidad nacional y el cruce de ideas y corrientes sociales y culturales afines caracterizaron una época marcada por las redefiniciones y los proyectos societarios alternativos al orden oligárquico. Entre estos discursos y vertientes críticas, el nacionalismo ideológico de carácter autoritario tuvo una presencia relevante en la opinión pública, constituyéndose en la principal matriz teórica y

discursiva de grupos intelectuales de derecha, sensibles a los procesos de cambio social considerados como peligrosos para la unidad nacional. En este sentido, se nos presenta una primera interrogante en relación a la actividad ensayística de Tancredo Pinochet a principios de siglo, ¿el pensamiento intelectual de Tancredo Pinochet, desde 1909, puede ser enmarcado como nacionalista? En primer lugar, hay que reconocer que los estudios desde la Historia que se han concentrado al análisis de la obra de Tancredo Pinochet son escasos, y en su mayoría se limitan a examinar su primer ensayo “La conquista de Chile en el siglo XX”, mientras que otras investigaciones solo tienden a nombrarlo y encasillarlo dentro de los testimonios críticos del centenario. Desde la historiografía chilena se le ha rotulado reiteradamente a Tancredo Pinochet de estar imbuido, en algún grado, al pensamiento nacionalista chileno de principios del siglo XX, incluyendo en el mismo grupo, también a intelectuales como Nicolás Palacios, Alberto Edwards, Francisco Encina y Guillermo Subercaseux- los tres primeros encuadrados en los límites del nacionalismo autoritario europeo, mientras que el último, coherente con las políticas del partido nacionalistas, y en lo económico de posturas estatistas, intervencionistas y proteccionistas en lo económico.

Cristian Gazmuri al referirse a los matices que confluían en el pensamiento del ensayista del centenario expresa, “el pensamiento de Pinochet es bastante simple: nacionalismo exacerbado, militarismo y oposición a penetración extranjera en Chile.”⁴³ Esto último materializado en todo su esplendor en el ensayo la Conquista de Chile en el siglo XX.

Sin embargo, unas líneas más tarde, Gazmuri inscribe al nacionalismo de Pinochet en el marco de lo emocional, más vinculado al patriotismo que a una ideología plenamente nacionalista, “Pero el factor dominante en la obra de Pinochet es el nacionalismo, aun cuando para nuestro autor más que un elemento intelectual, sea, como en la mayoría de los escritores nacionalistas, una emoción.”⁴⁴ Siguiendo la lógica de Gazmuri, el nacionalismo del crítico del centenario quedaría en el plano de aquél sentimiento por el amor exacerbado a la patria, a las tradiciones y a sus conciudadanos, es decir, en un ambiente cuyas condiciones hacen propicio la emergencia del sentimiento chileno y el reforzamiento de las posturas patrióticas, para Gazmuri el ensayista Pinochet Le Brun sería nacionalista en cuanto postularía una mayor cercanía y defensa del país, amor al suelo patrio y a sus habitantes, reivindicación de la “chilenidad”, las costumbres y pautas culturales nacionales en oposición a los modelos europeos.

Apartándonos de estos elementos propios de la esfera emocional y de los sentimientos patrios que afloran en condiciones y contextos determinados, aunque son importantes para una mayor comprensión del ambiente cultural del periodo bajo análisis, no son determinantes para explicar si Tancredo Pinochet fue realmente un nacionalista en el sentido ideológico del término, defensor del nacionalismo autoritario que estaba adquiriendo forma en los debates ideológicos e intelectuales desempeñándose, primero, como

⁴³ Gazmuri Cristian, Testimonios de una crisis Chile: 1900 – 1925, Universitaria, Santiago de Chile, 1980, p. 33-34.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 35.

basamento teórico de los discursos esgrimidos por los intelectuales nacionalistas acerca de la situación de crisis del proyecto oligárquico, y posteriormente, oponiéndose a la aparición de los actores mesocráticos y populares, y cimentando a su vez las bases para la acción de grupos de extrema derecha.

La difusión del nacionalismo autoritario desde 1903 a 1931 en Chile, es estudiado por Luis Corvalán quien no sitúa a Tancredo Pinochet dentro de la matriz conceptual propiamente nacionalista, debido a que no adscribiría a la lógica genérica conservador antiliberal. Para Corvalán se evidenciaría en la falta de recepción por parte del Intelectual en cuestión, de dos características de relevancia en un pensamiento decididamente nacionalista: “La tesis que postula la identidad nacional residiría en un alma contra la cual atentarían ciertas ideas extranjeras que se infiltrarían en su seno, básicamente el liberalismo. Y, por otro, la correlativa reivindicación de un régimen político autoritario que debería excluir a los sujetos, concepciones y prácticas disolventes de la nacionalidad.”⁴⁵ Por el contrario, el pensamiento de Pinochet no se aleja del liberalismo y su forma política: la democracia, como lo analizaremos en la segunda parte de ésta investigación. En razón de esos lineamientos, Corvalán sostiene que Pinochet Le Brun “no puede ser adscrito al campo teórico del nacionalismo.”⁴⁶

Entonces, si Tancredo Pinochet no profesa un nacionalismo de vertiente autoritaria y con matrices conceptuales excluyentes y deslegitimadoras, ¿qué tipo de nacionalista es? Para desentrañar este punto no hay respuestas claras en los estudios de la historiografía nacional puesto que incluyen acriticamente a Tancredo Pinochet bajo la etiqueta de nacionalista por las razones históricas antes enunciadas.

Para desentrañar esta problemática nos parecen coherente las ideas aportadas por Álvaro Fernández Bravo, quien sostiene que el nacionalismo, en la periferia, y a diferencia de Europa, se expresó en dos contradicciones fundamentales, las cuales, a nuestro juicio, nos permiten entender el caso que nos convoca. Primero el autor señala que el nacionalismo se presenta, en el contexto latinoamericano, “de forma camaleónica, es decir, de localización conceptual fronteriza y pasible de ser apropiado por facciones antagónicas en su provecho”⁴⁷. De ahí resulta que el nacionalismo en algunos casos sea entendido desde visiones positivas o negativas, que en el plano de lo concreto asocia en su discursos, por un lado, planteamientos contruidos a partir de los conceptos de justicia y libertad universal –como lo fue en la revolución francesa-, y adoptando en ocasiones perspectivas anti imperialistas y de oposición al avance económico y cultural de las grandes potencias capitalistas; y por otro lado, asuma posturas intolerantes, autoritarias y excluyentes, de raíz tradicionalista y cuya expresión material se encuentra en los fascismos europeos.

La segunda contradicción que rescata Fernández Bravo es aquella vinculada a la naturaleza del intelectual latinoamericano, quien cultural y políticamente es afiliado a

⁴⁵Luis Corvalán Márquez. Op. Cit, p. 207.

⁴⁶ Luis Corvalán Márquez, Ibíd.

⁴⁷ Álvaro Fernández Bravo (compilador), Op. Cit., p. 18.

posiciones y doctrinas europeas, mientras que se presenta política y económicamente con discursos localistas, antiimperialistas y alejados de la influencia extranjera, tanto europea como estadounidense.

De los supuestos anteriores es claro que las posiciones nacionalistas de Tancredo Pinochet adquirieron una forma y contenido distinto a los discursos autoritarios perfilados por intelectuales como Nicolás Palacios, Alberto Edwards y Francisco Encina. En su ensayo “La Conquista de Chile en el siglo XX” Tancredo Pinochet adopta un nacionalismo antiimperialista que se resitúa como respuesta al fracaso del modelo librecambista y a la acelerada desnacionalización de la economía nacional en manos de los principales centros capitalistas europeos y estadounidense. En un esquema de análisis mayor, las posturas del nacionalismo económico recepcionadas por Pinochet Le Brun respondían al escenario de las luchas interimperialistas de comienzos de siglo y la amplia difusión de los supuestos del darwinismo social en la región.

Esta idea del nacionalismo antiimperialista es posible encontrarla en la “Interpretación marxista de la historia de Chile”, tomo V, escrita por Luis Vitale, quien destaca de Tancredo Pinochet la denuncia realizada hacia los capitales extranjeros en Chile, como también enfatiza la temática del Imperialismo, esencialmente estadounidense. En una de sus obras residiendo en Estados Unidos publicó en 1920 “The gulf of misunderstanding north and south America as seen by each other” traducido como “El diálogo de la Dos Américas”. “Este trabajo es un análisis del choque entre América hispana y la América anglosajona abordando el tema del imperialismo en uno de sus capítulos.”⁴⁸ Como veremos en la segunda parte de esta investigación, el pensamiento de Tancredo Pinochet expresado en algunos de sus ensayos, se reviste de matices antiimperialistas.

El pensamiento de Tancredo Pinochet en su primera etapa intelectual, que se despliega desde 1909 a 1911, está imbuido de contenidos conceptuales nacionalistas de carácter antiimperialista, referidos al desdén de la introducción de los capitales extranjeros en la nación y el incentivo a un capitalismo industrial, desarrollando “tesis fuertemente nacionalistas en el ámbito de la propiedad sobre los medios de producción”⁴⁹, controlados por capitales extranjeros. A ello se suman políticas estatistas, intervencionistas y proteccionistas en el ámbito económico, junto a un modelo de educación técnica ideal para la formación de los cuadros especializados que requería la industrialización del país. Si bien es posible constatar en el ensayo de 1909 algunas conceptualizaciones propias del giro intelectual finisecular, en especial las referidas al darwinismo social, biologicismo y racismo, estas solo cumplen un rol más bien retórico, orientado a fortalecer el discurso de crítica en el fin de ensalzar y denunciar más que nada la penetración extranjera por sobre el objetivo de promover proyectos autoritarios como los verificados en las obras de Palacios, Encina y Edwards.

⁴⁸ Luis Vitale, Interpretación Marxista de la Historia de Chile, “De la República parlamentaria a La República Socialista. De la dependencia Inglesa a la norteamericana (1891-1932), tomo V, Lom ediciones, Santiago, 1993, p.216.

⁴⁹ Alejandro San Francisco y Gabriel Cid, Op. Cit., 2010, p. 14.

A MODO DE CONTEXTUALIZACIÓN:

1. AMÉRICA LATINA Y EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Hoy en día nos parece común aquella frase según la cual, la historia de América Latina no se puede entender sin su relación estrecha con los EE.UU. Aunque un tanto simple en su formulación, ella es reveladora de un hecho fundamental: desde la segunda década del siglo XX EE.UU se erigió en la potencia imperialista con mayor gravitación en la trayectoria histórica de las repúblicas latinoamericanas. Un breve repaso por los procesos políticos y crisis económicas que se han desarrollado en el seno de estas sociedades irremediamente tienen como actor potencial la republica del norte. En el ámbito intelectual, las relaciones pugnantes entre las naciones latinoamericanas y el país norteamericano sentaron las bases para un pensamiento antiimperialista que tempranamente se colocó en contraposición a las acciones regresivas de los imperialismos globales.

Durante los últimos años del siglo XIX se albergan cambios importantes en la hegemonía mundial. El poder avasallador de Inglaterra en la economía internacional se ve mermada por el surgimiento y desarrollo de otras potencias; estas fueron Alemania y Estados Unidos, que “entre 1890 y 1914, las industrias pesadas norteamericana y alemana, arrebatan la supremacía a la industria inglesa.”⁵⁰ Rápidamente se desarrolló el capitalismo industrial de éstas dos potencias hegemónicas, acumulando grandes masas de capital y “los dos países pasaron, plenos de energías, a la etapa superior del capitalismo, esto es, al imperialismo.”⁵¹

Es este periodo en el que se encuadra los afanes imperialistas, que desde el siglo XIX, Estados Unidos tiene contra las nacientes repúblicas latinoamericanas, formuladas ya en 1823 por el Presidente Monroe y su doctrina, como nos recuerda Hernán Ramírez Necochea, “los Estados Unidos se colocaron en una posición de “hermanos mayores” entre las naciones del continente; se autoerigieron en “protectores” de los demás países de América”⁵². Desde sus inicios como república los sectores dirigentes de Norteamérica veían como un campo de expansión económica y política los territorios de América Latina, y que asediarán por el largo siglo decimonónico hasta alcanzarlo en la segunda década del siglo XX con las credenciales de pertenecer a la era del imperio o imperialismo que, “como lo

⁵⁰ Hernán Ramírez Necochea, Historia Del Imperialismo en Chile, Editora Austral Ltda., Santiago, 1980, p. 167.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 170.

⁵² *Ibíd.*, p. 171.

llamo Lenin, no era << la última etapa>> del capitalismo, pero de hecho Lenin nunca afirmó que lo fuera. Sólo afirmó en su primera versión de su influyente panfleto, que era << la más reciente fase>> del capitalismo”⁵³

La acción expansiva del imperialismo del norte en tierras americanas tiene su punto de partida luego de la primera guerra mundial, cuando las potencias en disputa, diezmadas por las consecuencias de la guerra, disminuyeron su presencia e influencia política-económica en las sociedades latinoamericanas. Existe un amplio consenso que ya en las postrimerías de 1940 el relevo de los imperialismos, era un hecho consumado en cuanto a la pérdida de influencia de los imperialismos europeos –Inglaterra, Alemania y Francia- en el mundo, aunque la consolidación de la hegemonía estadounidense en el plano latinoamericano ya era verificable desde la década de los 20. Los inicios de esta hegemonía para Luis Vítale se encuentran en políticas de carácter neocolonial plasmadas en intervenciones militares por parte de EE.UU en países centroamericanos del continente como Cuba, Haití, Puerto Rico, República Dominicana y Nicaragua, práctica capitalista que según el autor “se expresa en el control de aduanas, bancos y el dólar como única moneda oficial”⁵⁴ .

Frente al ambiente de conflictividad inherente al periodo de las guerras mundiales, las políticas de Norteamérica en el plano latinoamericano se reconfiguran, teniendo como finalidad fortalecer posiciones y resguardar su radio de influencia en el continente -proteger su patio trasero- mediante una línea de acción caracterizada por la diplomacia de los acuerdos, las inversiones y presiones políticas. De acuerdo a Hernán Ramírez, hasta 1930 la relación del país del norte con las naciones del sur se caracterizó por la preminencia del imperialismo norteamericano en el continente alcanzando un dominio total en el hemisferio mediante “una preponderancia construida a base de la penetración económica profunda, intervenciones armadas y abiertas presiones políticas”⁵⁵, o en otras palabras, a través de la implantación del “triángulo imperial”⁵⁶ estadounidense en los destinos de las repúblicas americanas. Todo esto se hacía para resguardar la supremacía económica y la subordinación política de los países latinoamericanos. En este sentido Chile no fue ajeno a los proyectos esgrimidos desde el Estado, pues ya desde el término de la Primera Guerra Mundial hasta la década de los ‘30, las políticas nacionales tienden a beneficiar los intereses de las empresas norteamericanas, expresado en el dominio casi total de las fuentes básicas de riqueza, manteniendo su preponderancia en el comercio internacional y logrando que Chile siguiese subordinado en la obtención de recursos para proyectos económicos. Caso similar a las realidades internas de los demás países del continente, la acción política

⁵³ Eric Hobsbawm, La era de la revolución (1789-1848), La era del Capital (1848-1875) La era del Imperio (1875- 1914), Ed. Crítica, Buenos Aires, 2012, p. 681.

⁵⁴ Luis Vítale, Los principales periodos de la Historia de América latina, Contribución al debate del Bicentenario, p. 69.

⁵⁵ Hernán Ramírez Necochea, Los Estados Unidos Y América Latina (1930-1965), Ed. Austral, Santiago, 1965, p. 33.

⁵⁶ En su libro *América Impaciente*, , Carlos Naudon denomina como triangulo imperialista la acción concertada de los Estados Unidos en función de las políticas de la doctrina Monroe, el Gran Garrote (Big Sick) y la diplomacia del Dólar, Editorial Del Pacifico. Santiago. 1963, p. 19

y económica del imperialismo norteamericano se vio facilitado por el trabajo de los grupos económicos chilenos cuyos representantes, colocados en el parlamento, impulsaban reformas e iniciativas tendientes a estrechar los lazos de la economía chilena a los intereses del país del norte.

Debido a la crisis capitalista de 1930, el ascenso de Alemania y la existencia de posturas anti imperialistas en algunos países, la trayectoria imperialista de EE.UU en nuestro continente, tomará nuevos rumbos tornándose a favor de la reconciliación, la diplomacia, el interamericanismo y la ayuda económica bajo el auspicio de la política del Buen Vecino. En la óptica de Ramírez Necochea, la política del Buen Vecino era una renovación del sistema interamericano impuesto por EE.UU en su esfuerzo por proteger sus intereses políticos y económicos, “precisamente por ello es que bajo el signo de la buena vecindad el imperialismo no cejo en su faena de penetración económica consolidando posiciones ya adquiridas”⁵⁷. Por lo tanto, no es casual que a la par de los ideales de amistad y progreso se desarrolló un esfuerzo cuyo objetivo consistía en disimular la rapaz explotación que llevaban a cabo los consorcios imperialistas, “tejiendo alrededor de ellos una aureola que los presentaba como medios de colaboración económica beneficiosa para nuestros pueblos y positiva para nuestro progreso”⁵⁸.

Al alero de estas buenas intenciones, la transición hacia las formas modernas del Capitalismo financiero por parte de EE.UU, tuvo como corolario la expansión de la diplomacia del dólar norteamericana en estos países creciendo exponencialmente desde 1930 hasta la Segunda Guerra Mundial. En lo concreto, la inversión norteamericana creció “en la década de 1919 a 1929 de 2.406 millones de dólares a 5.244 millones... En 1931 ascendió a 5.722 millones mientras en 1900 era solo de 55 millones. Por otro lado el 80% de estas inversiones se ha hecho en empresas petroleras, mineras o agrícolas, al viejo estilo colonialista, acentuando el carácter mono productor de nuestras economías”.⁵⁹

Otro instrumento direccionado para estos fines fue la intensa actividad diplomática de los EE.UU y la posibilidad de manejar el sistema interamericano con vistas a asegurar formalmente los intereses políticos y económicos de la región. En una de las conferencias interamericanas celebradas en Chapultepec, México, las repúblicas latinoamericanas, al mando de EE.UU, acuerdan una serie de supuestos y principios cuyo fin último era la cooperación política y económica de estos países en tiempos de guerra, aunque ante los eventos en curso y la peligrosidad de los conflictos interimperialistas, la coyuntura interamericana, en forma indirecta, se presentó propicia para resguardar el libre comercio de los consorcios imperialistas, y proteger eventualmente las posiciones norteamericanas ya detentadas en el hemisferio americano. De las amplias resoluciones que se consensuaron en Chapultepec hay algunos lineamientos de clara índole imperialista:

⁵⁷ Hernán Ramírez Necochea, Historia del Imperialismo en Chile, Op. Cit, p. 289.

⁵⁸ Hernán Ramírez Necochea. Los Estados Unidos y América latina, Op. Cit., p. 36.

⁵⁹ Carlos Naudon. Op. Cit., p. 47.

“Las repúblicas americanas se empeñaran en prestar facilidades para el libre tráfico e inversión de capitales, dando igual tratamiento a los capitales nacionales y extranjeros; la libertad de acción en el terreno económico, que se sustenta a las instituciones de libertad política y personal, debe preservarse y robustecerse; encontrar fórmulas prácticas internacionales para reducir las barreras de toda índole que dificultan el comercio entre las naciones, y promover la acción cooperativa que deberá tomarse en otros terrenos, particularmente la estabilización de moneda y las inversiones internacionales, y cooperar para la adopción general de una política de cooperación económica internacional que elimine los excesos a que puede conducir el nacionalismo económico”⁶⁰

De los lineamientos trazados anteriormente, cuyos objetivos formales no eran otros que la cooperación mutua entre las naciones frente a los sucesos internacionales, se desprende la imposición formal de las políticas económicas norteamericanas. El despliegue del libre comercio entre las distintas repúblicas americanas, la eliminación del nacionalismo económico y el igual tratamiento a las empresas nacionales e internacionales redundó en la virtual desnacionalización de las economías latinoamericanas y de sus principales recursos naturales y la eliminación de políticas proteccionistas encaminadas a establecer economías industriales. No debemos olvidar que Tancredo Pinochet escribe “La conquista de Chile” en medio de la conversión de las políticas yanquis y su nuevo proceso de desnacionalización de las economías latinoamericanas. En la denuncia de Tancredo Pinochet por la penetración extranjera, el atraso material, las condiciones de vida de los obreros y la ausencia de mercados internos nacionales, su ideal de integración latinoamericana toma fuerza y se enmarca como una alternativa real frente a la expoliación económica promovida en este ilusorio ambiente de ayuda y sostenimiento económico. Pinochet Le Brun hacia 1941, es elocuente al reconocer la preponderancia del dominio norteamericano ; “esta superioridad económica de la civilización del norte, que algunos pueden mirar con desprecio, nos ha convertido en pueblos sometidos a los Estados Unidos, tal como el peonaje de una hacienda está sometido al patrón.”⁶¹

La situación nacional no se aparta de las condicionantes aludidas más arriba, la economía chilena comienza a ser subyugada en una preponderancia absoluta por el imperialismo norteamericano y sus diversos grupos económicos. La disminución del poder económico de las potencias europeas en nuestro país y el aumento de las inversiones norteamericanas en los puntos clave de nuestra economía determinaron, en forma gradual, la dependencia del país al poder de los grupos económicos del norte. A ello se suma el control total del comercio nacional por parte de las importaciones y exportaciones norteamericanas, produciendo, por consiguiente, un descenso en las relaciones mercantiles entre Chile con países europeos como Inglaterra o Alemania. Remitiéndonos a las cifras se puede deducir que para 1928, el comercio internacional era ya dominado por “EE.UU con un 43%, seguido por el imperialismo inglés con un 37% del intercambio, y por ultimo Alemania con números

⁶⁰ Hernán Ramírez Necochea. Los Estados Unidos y América Latina (1930-1965), Op. Cit., p. 68.

⁶¹ Tancredo Pinochet Le Brun. Como construir la civilización Chilena a plazo corto, Ed. Así es, Santiago, 1941, p. 17.

bajo el 14,6%”⁶². Las inversiones de las empresas norteamericanas en los puntos básicos de la producción nacional hicieron que la industria salitrera, la minería del cobre, la producción de electricidad, los servicios tranviarios y telefónicos, quedaran bajo el monopolio exclusivo de los grupos económicos y las empresas monopolistas de EE.UU.

Un fenómeno no menos importante a la hora de examinar la influencia yanqui en nuestro país dice relación con el establecimiento de variadas sucursales financieras de los principales bancos norteamericanos. Como resultado de la crisis, estas entidades financieras vieron beneficiada su acción abriendo créditos a las empresas chilenas más afectadas, lo que las insertó en grandes deudas y problemas financieros. Para Hernán Ramírez, el conjunto de situaciones descritas deriva en una cuestión fundamental para la vida futura de la nación chilena, y es la total desnacionalización de la economía, fenómeno que se expresa en el hecho de que “sus rubros más influyentes y significativos, en vez de funcionar de acuerdo a los dictados y conveniencias de la nación y para beneficios de los chilenos, operaban sometidos a la tutoría norteamericana, a las decisiones de voraces buscadores de ganancias y dominio económico mundial que tenían su sede en Wall Street”⁶³.

Desde 1930 hasta 1947, pasando por el gobierno de la república socialista (1932), el segundo mandato de Arturo Alessandri (1932-1938), y los gobiernos del frente popular (1938- 1947), el país, si bien experimentó una serie de cambios en su estructura social y económica avanzando hacia importantes formas de producción industrial (particularmente con las acciones desplegadas por Alessandri y los funcionarios del frente popular), mantuvo una conexión estrecha con los intereses norteamericanos. La coyuntura de la segunda guerra mundial y las políticas de unificación continental contra el avance fascista permitió a los grupos económicos norteamericanos reafirmar sus posiciones sobre la vida económica nacional, y seguir controlando, entre otras cosas, sus principales recursos mineros y el comercio exterior. La subordinación financiera del país continuó estrechándose a causa de las políticas reformistas desplegadas por estos gobiernos en el área social y económica.

Luego de haber trazado el negativo itinerario de las relaciones entre EE.UU, América latina y Chile, podemos señalar que, desde la Primera Guerra Mundial hasta la Guerra Fría, el imperialismo norteamericano mediante sus diversos instrumentos, sea a través de la diplomacia, la ayuda externa, las inversiones, los empréstitos o las presiones políticas, prescribió la satelización de América Latina y sus naciones en los esquemas globales. De tal cuadro fluye una conclusión fundamental: el imperialismo norteamericano no modificó en absoluto su comportamiento con respecto a América Latina, su naturaleza expansiva continuo idéntica. El mismo Ramírez Necochea reconoce las condicionantes del atraso y subdesarrollo de las economías latinoamericanas en la explotación capitalista

⁶² Hernán Ramírez Necochea, Historia del Imperialismo en Chile, Op. Cit., p. 257.

⁶³ Ibíd., p. 258.

norteamericana, sosteniendo “que el periodo 1930-1945 constituye una etapa a lo largo de la cual la penetración del imperialismo adquirió mayor fuerza, se vigorizó mucho más”⁶⁴.

2. LA OLIGARQUÍA: UN PROYECTO EN CRISIS. LA MESOCRACIA Y EL SECTOR OBRERO.

Para entender los antecedentes, la evolución y las dinámicas que en su conjunto causaron la crisis y derrumbe del proyecto modernizador de la oligarquía, debemos examinar los cambios operados en la estructura social del país en las primeras décadas del XX, en relación a la aparición de nuevos grupos sociales que comenzarán a colocar en tela de juicio el proyecto en su conjunto: sectores de la mesocracia y el sector obrero.

2.1. La sociedad chilena a comienzos de siglo XX.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, la estructura social del país manifiesta ciertos cambios que son de relevancia para el mejor entendimiento de nuestra investigación.

En estos primeros años de la centuria, se vislumbran nuevos fenómenos sociales que impactan en la forma de la estructura social del país, como son los casos del reforzamiento de las capas populares a través de la emergencia del proletariado urbano y minero, y; la aparición de una embrionaria mesocracia en búsqueda de protagonismo político y cultural. Esta nueva estructura social será un factor relevante para desencadenar, a su vez, ciertas problemáticas sociales, como la llamada “cuestión social”.

Para entender este proceso de la estructura social de Chile, nos parece pertinente la obra de Hernán Godoy Urzúa, quien denomina al periodo comprendido desde 1850 a 1950, como el ciclo de modernización urbana, subdividida a su vez, por tres periodos históricos en que se interrelacionan los cambios económicos y sociales durante los orígenes del Capitalismo Chileno. Estos serían: a) la expansión demográfica – territorial y el predominio de la burguesía liberal entre 1850 y 1891 b) la polarización de la riqueza y la cuestión social, entre 1891 y 1920, y c) el acceso al poder de la clase media y el crecimiento del Estado, entre 1920 -1950⁶⁵.

En este sentido, la nueva inserción de Chile en el mercado mundial, la profundización del modelo económico hacia afuera, el incipiente desarrollo industrial y la consiguiente modernización económica urbana fueron factores cruciales que incidieron en el nuevo

⁶⁴ Hernán Ramírez, Los Estados Unidos y América latina, Op. Cit., p. 69.

⁶⁵ Hernán Godoy Urzúa, La Estructura Social de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1971, p. 183.

escenario social del país, con el reforzamiento de los grupos económicos oligárquicos, la ampliación de los estratos medios y la aparición del proletariado.

A través de dichos fenómenos se irá estructurando de manera desigual la sociedad chilena de las primeras décadas del siglo XX, periodo en que la bonanza económica de las exportaciones mineras no se tradujo en reformas sustanciales en la distribución equitativa de la riqueza y las mejoras materiales de vida de los sectores populares. En este escenario de discrepancias sociales, económicas y culturales, las semillas de la cuestión social estaban arrojando los primeros frutos.

En un marco de análisis mayor, Godoy Urzúa propone una serie de ejes temáticos que en su conjunto constituyen el nuevo escenario de la estructura social a principios de siglo. Algunos de ellos son los siguientes: “el desplazamiento demográfico de la población de las provincias centrales, aumento de la inmigración, la extrema polarización de las clases, la penetración del capital inglés y norteamericano en la explotación minera, el auge y organización del movimiento obrero, la discusión de la cuestión social y la aparición de los ensayistas sociales de corte nacionalista”⁶⁶.

Una consecuencia de tales hechos fue la reorganización de las clases dominantes, quienes aunadas en la Oligarquía, monopolizaban el poder político, social y económico de Chile, que se caracterizaba por ser una segmentación social, “relativamente pequeña pero homogénea y con sentido de clase”⁶⁷

Esta cúpula del poder sería la condensación de dos grupos. Unos eran de la aristocracia tradicional heredera de la Colonia, dueña de la tierra de donde se originaba su poder. Otros compuestos “por comerciantes, mineros e industriales enriquecidos durante el siglo XIX y sus descendientes inmediatos. Su origen no era por lo general hispano y tenía una tradición de vida burguesa y urbana.”⁶⁸. Estos grupos unidos, dejarán atrás la vida austera de la rancia aristocracia decimonónica, para dar paso a una ostentación propia de las clases dirigentes francesas e inglesas de la época.

La Oligarquía, al aunar éstos grupos sociales dominantes del país -terratenientes, empresarios, burguesía comercial y financiera-, se perfila como un grupo social homogéneo en intereses, y aunque tuviese algunas diferencias ideológicas, no constituían un factor gravitante de ruptura consensual, y que por lo demás, eran fácilmente dirimidas en el Parlamento, centro exclusivo de administración de su poder político, económico y social. El Historiador Fernando Silva Vergara coincide en estos planteamientos, considerando que, aunque entre los hombres pertenecientes a los grupos dirigentes “hay una tajante separación por diferencia de mentalidades y por motivos religiosos, ella no afectó a sus

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 246

⁶⁷ Mariana Aylwin, Carlos Bascuñan, Sofía Correa, Cristian Gazmuri, Sol Serrano y Matías Tagle, *Chile en el Siglo XX*, Ed. Planeta, Santiago, 1990, p. 53.

⁶⁸ *Ibíd.*

relaciones sociales ni, mucho menos, a la adopción de pautas comunes de conducta y de numerosos tópicos”⁶⁹.

Al alero de los grupos oligárquicos fueron tomando mayor definición los estratos medios que, pese a ser considerados como un mero espacio intermedio entre las capas altas y bajas de la población, lograron condensarse en un grupo heterogéneo que, gracias a la ampliación del aparato burocrático del Estado y la educación, paulatinamente adquirirán un protagonismo relevante al constituirse en actor político- cultural contrario a las políticas emanadas del proyecto modernizador de la Oligarquía.

El Historiador Hernán Ramírez Necochea nos propone algunas ideas para abordar la existencia y rol de la clase media en los nuevos cambios sociales del país y su nueva división del trabajo. Si bien la mesocracia comparte con las masas populares la condición de no poseedora de los medios de producción, a diferencia del proletariado -dice Ramírez Necochea- este segmento social ofrece un tipo de fuerza de trabajo distinto; el intelectual, que se vincula al área de los servicios y, por lo tanto, no tiene que ver con las realidades del mundo obrero. Lo determinante es que en el proceso de evolución económica “sus funciones se hacen necesarias y se desarrolla su presencia como un estrato social con características propias, es decir, el factor determinante es la existencia de ciertos tipos de trabajo subordinado que no corresponde a los capitalistas ni a los proletarios”⁷⁰.

Para el historiador Gonzalo Vial Correa, la causa fundamental de la aparición y desarrollo de la Mesocracia habita en el modelo educacional chileno, pues la educación generó un número creciente de individuos “sin adiestramiento para la vida práctica y, en cambio, con una cierta cultura general y libresca; muchachos sin fortuna ni antecedentes aristocráticos, que ya no podían ser simples obreros inespecializados, pero tampoco podían ser comerciantes, técnicos u operarios calificados”⁷¹.

Tomando como punto de referencia los datos aportados por la Historiografía Nacional, es posible establecer que los sectores medios crecieron desde la segunda mitad del siglo XIX, pero es a fines del mismo y en las primeras décadas del XX que la Mesocracia logra constituirse y definirse como un grupo con aspiraciones sociales y proyecciones políticas, convirtiéndose por consiguiente, en una fuerza social y cultural de relevancia para la sociedad nacional. Un elemento importante que influyó en esta conversión es la gradual emancipación de los grupos mesocráticos de la sujeción política e ideológica que ejerciera sobre ella los grupos oligárquicos. Importante es recordar que la emergente mesocracia hasta la fecha había incurrido reiteradamente a imitar las costumbres y modo de vida de los grupos dominantes, cuestión que inhibía sus intereses como grupo político autónomo.

⁶⁹ Fernando Silva Vergara, *Expansión y Crisis Nacional: 1861-1924*. Capítulo extraído de la obra de Sergio Villalobos, Osvaldo Silva, Fernando Silva y Patricio Estelle, *Historia de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1993, p. 669.

⁷⁰ Hernán Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile*, Editorial Austral, Santiago, 1956, p. 43.

⁷¹ Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile*, Tomo V, Ed. Portada, Santiago, 1981, p. 1235.

Según el Historiador Luis Corvalán Márquez, son cuatro los factores más importantes que permiten explicar este crecimiento de los estratos mesocráticos. El primero y más trascendental coincide con la ampliación del desarrollo capitalista del país y sus subsecuentes procesos de modernización y urbanización. En ese sentido, los focos de desarrollo productivo en ese entonces requerían de trabajadores calificados, personal administrativo y de servicios. Situación similar ocurría en los sectores financieros y comerciales, cuya demanda de personal de servicios se expandió considerablemente.

Otro factor que explica el crecimiento de la mesocracia reside en la expansión del aparato del Estado desde la segunda mitad del siglo XIX, hecho que marco la necesidad de aumentar el personal vinculado a las tareas de la burocracia estatal. Algunos datos numéricos aportados por Azun Candina Polomer nos muestran esta tendencia hacia el crecimiento de los contingentes públicos; los funcionarios del Estado chileno aumentaron de 1.165 en 1845 a 47.193 en 1930. En términos porcentuales, las plantas de empleados estatales habrían crecido, entre 1940 y 1952, a una tasa anual que va del 5,1 al 3,0%. Entre 1940 y 1946 “el aumento de los puestos de la burocracia estatal había crecido en un 70%, habiéndose creado en el periodo 16.520 nuevos puestos de trabajo”⁷².

Un tercer elemento a tomar en consideración es la expansión del sistema educativo nacional. En este punto Corvalán sostiene que esa intensificación de la educación responde a los dos factores antes reseñados, situación en que las demandas del sector productivo, financiero y comercial en cuanto a personal con calificación, y las propias necesidades del Estado en relación al incremento de su burocracia “no hubieran podido ser satisfechas sin que el país experimentara un considerable desarrollo de su sistema educativo”⁷³.

Y por último, no menos importante en esta expansión de la mesocracia es el aporte de la inmigración, cuyos grupos extranjeros, en especial los artesanos calificados, terminó mezclándose tempranamente con algunos de los estratos medios.

De los factores antes expuestos se deriva el hecho de que la mesocracia chilena hacia el siglo XX se constituya en un grupo social heterogéneo, constituido por variados segmentos. Para Vial este grupo lo integraron “empleados públicos y particulares; profesionales de corto éxito (no necesariamente por incapacidad, sino muchas veces debido a que sus competidores aristocráticos recibían de su clase una eficaz protección); pequeñas fortunas agrícolas o comerciales constituidas en provincias y frecuentemente emigradas a Santiago; periodistas; funcionarios y estudiantes de la Universidad; intelectuales; artistas; etc.”⁷⁴. De esta multiplicidad, los grupos medios con mayor amplitud y presencia son los empleados públicos. El Estado se fue expandiendo, y por ende, sus servicios y funcionarios también. Algunos datos de su crecimiento nos provee Vial Correa, que de acuerdo a sus cálculos,

⁷² Azun Candina Polomer. La clase media como ideal social. El caso de Chile contemporáneo. Artículo extraído de la Web; Link: http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/chile_palomer.pdf / , p. 3

⁷³ Luis Corvalán Márquez, Op. Cit., p. 132.

⁷⁴ Gonzalo Vial Correa, Op. Cit., p. 1236

“estos últimos no superaban mucho los tres mil el año 1880; excedían los trece mil el año 1900, y bordeaban los veintiocho mil el año 1919, militares excluidos”⁷⁵.

Como veremos en el siguiente apartado, algunas formas de sociabilidad que se construyeron entre grupos medios les permitieron tomar mayor conciencia de sus intereses como clase y grupo político, independiente de las prácticas y proyecciones esbozadas por la elite.

Es relevante destacar que desde estos sectores de la mesocracia saldrán importantes grupos de intelectuales que, gracias a factores cruciales como el menosprecio y rechazo de las clases dominantes, la incipiente expansión de la educación y de los ideales republicanos liberales y su participación gradual en los partidos políticos más avanzados, tendrán, a diferencia de los grupos oligárquicos, un mayor contacto con las realidades sociales del país, y por ello, lograran esgrimir una perspectiva y discurso crítico al orden existente y al desenvolvimiento de la sociedad en su conjunto.

Además, serán estos intelectuales que por efectos de la educación y una creciente formación política civil, tomaran una actitud de oposición destinada, en primer lugar, a disputar los espacios culturales sujetos al monopolio exclusivo de la elite, y en segundo término, a impulsar la democratización del sistema político mediante su participación en los partidos políticos más avanzados como el Radical y Democrático.

En conclusión puede afirmarse que a mediados del siglo XX en Chile se había constituido un cuerpo social mesocrático con una imagen social propia, que comportaba elementos económicos, sociales, políticos y culturales específicos. Se trataba de individuos y familias que habían abandonado la pobreza indiscutible de campesinos, vagabundos y obreros de baja calificación, y que además “vivían de una manera que puede calificarse de urbana, tanto en el sentido de haber accedido a los adelantos materiales y tecnológicos de las ciudades modernas, como de haberse integrado a la oferta cultural y a la actividad política y social de las ciudades; la vida ciudadana del país”⁷⁶.

El cuadro social se completa con los sectores populares, quienes experimentaron un considerable crecimiento bajo los nuevos contextos de la modernización económica, explotación minera y urbanización. El éxodo campo ciudad que se constata desde fines del siglo XIX y principios del XX ira contribuyendo a la formación de un proletariado urbano con limitadas oportunidades laborales, con participación en las faenas industriales, fabriles, ferroviarias, portuarias y de construcción de obras públicas. De manera paralela, los desplazamientos de masa campesina a los principales centros de producción urbana y minera provocaron la paulatina reducción de la masa campesina y la consiguiente desestructuración de la sociedad rural. No obstante, el proceso de proletarianización que sufrieron las masas rurales tuvo mayor presencia en los focos de producción minera como las referidas a la explotación del salitre, cobre, oro, plata y carbón.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 1237.

⁷⁶ Azun Candina Polomer, *Op. Cit.*, p. 11.

Desde la Historiografía Nacional últimamente se ha valorado las zonas salitreras por sobre los centros urbanos como cuna del movimiento obrero y el proceso de proletarización en su conjunto. Se pueden establecer 7 razones que permiten entender este fenómeno en las zonas del norte:

a) Homogeneidad cultural, la cultura del obrero pampino, en cuanto no hay diferencias de cultura, sueldos y reivindicaciones que separan grupos obreros de otros; b) Heterogeneidad de procedencia, en donde buena parte de los trabajadores son campesinos, del valle central y el norte chico; c) Rol de la Iglesia Católica; su poco peso en las salitreras abortaba el conformismo y permitía la radicalización social y política; d) internacionalismo obrero; obreros alejados de sus familias, el estar distanciado de sus familias permite la unidad y las mayores relaciones sociales con sus compañeros de cara a los conflictos; proceso de estatización obrera, al ver que el Estado tenía injerencias histórica en sus demandas, los obreros de la salitrera buscaran que interviniera en los conflictos derivados de la relación del capital –trabajo; e) la toma de conciencia y la proyección de sus intereses políticos como clase.

Tanto en los centros urbanos como en los yacimientos salitreros, las capas populares sufrieron desmesuradamente los efectos de la polarización económica, los contrastes sociales y el enriquecimiento general que acompañaba el modo de vida de los grupos económicos amparados en la Oligarquía. Mientras se consolidan en el gobierno los grupos oligárquicos que viven fastuosamente, se acrecientan en diversos puntos del país una masa proletaria que vive en forma miserable, experimentando los efectos de la devaluación monetaria y de la escasez de viviendas que la obliga albergarse en conventillos y barracas.⁷⁷

Como veremos, las tensas relaciones entre las distintas clases de la estructura social del país a comienzos del siglo XX se verán robustecidas y profundizadas con la emergencia de la cuestión social y las acciones contestatarias de los sectores populares hacia las políticas represivas del Estado.

2. 2. La Mesocracia como cuestionadora del proyecto Oligárquico

Para entender la evolución y las dinámicas de la mesocracia en tanto actor político y cultural ya en las postrimerías del siglo XX chileno, debemos antes que todo revisar aquel contexto político social – que por sus singularidades-, posibilitará la consolidación de los estratos sociales medios como una fuerza en contraposición a la Oligarquía y su proyecto modernizador que desde 1891 se convierte en fuerza rectora de la sociedad desde el punto de vista político, social y cultural.

⁷⁷ Hernán Godoy Urzúa, Op. Cit., p. 242.

En tal escenario, el agotamiento del modelo parlamentario de gobierno, la crisis de la economía primaria exportadora, el ascenso del movimiento obrero y de las organizaciones populares, la cuestión social, la masificación de las capas medias producto de la educación y de los servicios, junto a la corrupción moral de la Oligarquía y su deslegitimación fruto de una vida ostentosa y alejada de las realidades más adversas que atravesaban al cuerpo social - en especial a los sectores populares-, terminaran confluyendo en dirección a colocar en tela de juicio el proyecto modernizador que los distintos grupos, aunados bajo la Oligarquía, se preocuparon de perpetuar con la displicencia de los gobiernos y partidos políticos. Así mismo, los procesos económicos y sociales enunciados anteriormente conducirán a la aparición de nuevos actores que hasta la fecha habían tenido una participación casi marginal en las décadas anteriores; esto es, la Mesocracia y el Sector Obrero. La acción política de ambos estratos reviste tal importancia que algunos historiadores –como Luis Corvalán, Gonzalo Vial, Stefan Rinke, Sandra Mc Gee-, sitúan su presencia como uno de los factores cruciales para entender el declive del ordenamiento oligárquico que desde el siglo XIX había cohesionado socialmente tras de sí.

Su ausencia como grupo compacto y autónomo políticamente se explica por variadas razones, pero en nuestra opinión, son dos fenómenos los más importantes. El primero se entiende desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX cuando el grupo oligárquico –por su poderío político, económico y cultural-, había logrado establecer una superioridad social, moral e intelectual cuya hegemonía indefectiblemente la situaba a la cabeza del resto de las clases sociales. Ello le permitió afianzar además un orden político institucional legítimo capaz de poner en segundo plano los problemas sociales y económicos que por su amplitud, sacudían la armonía del país, siendo la cuestión social un reflejo fidedigno.

En segundo término, podríamos situar el modo de vida y las costumbres de la clase media, que en sus inicios -como se puede comprobar en una serie de novelas nacionales-, era propensa al respeto e imitación de la cultura y forma de vida de la elite, cuestión que la colocó en muchos casos en una batalla sin precedentes por aparentar e igualar el lujo, el decoro y la ostentación.

Vial Correa nos reproduce en su extensa obra el testimonio –sacado de las novelas de Augusto D’Halmar- de una familia mesócrata santiaguina que había principiado a sobrellevar el modo de vida elitista; dice que:

“Don prospero, sus hermanas solteronas luchita y conchita y su madre viven con lo que gana el varón como secretario de cierta oficina: 183 pesos y 33 centavos mensuales. ¿Las mujeres no trabajan?: ¿empleadas mis hijas? (exclama doña Carolina, la madre). ¡Antes muertas! Eso es para gentes de más o menos, pero no para nosotras. ¿Qué caballero se casa con una empleada? Además no tenemos necesidad de tales bajezas para vivir. Y efectivamente parecen no tenerla. Los 183 pesos y 33 centavos dan suntuosas veladas semanales... Es pura exterioridad, sin embargo pues la criada no viene cuando hay recepción; le pagan cuarenta cobres por noche. ”Y... entonces se guardan

cuidadosamente los conchos de las copas y las sobras de los platos... y... el lujo de Don Prospero es cosa de apariencia y de por encima y... doña carolina y las niñas visten en casa de refajo y camisola, y no se ocupan sino de reñir entre si y en dar mil vueltas a la tela de unos mismos trajes para que les sirvan todas las estaciones y por muchos años, y... no crían gato ni perro por no tener como alimentarlo”⁷⁸.

Cuadros cotidianos como el anterior suelen ser frecuentes en la obra de Vial Correa, muy ejemplificadores por lo demás al mostrarnos que el camino de la mesocracia hacia actitudes más de confrontación con respecto a la elite requirió un considerable espacio de tiempo. Citando la obra de Senén Palacios –hermano del nacionalista Nicolás Palacios-, Vial rescata un particular diálogo de una familia mesocrática de provincia para argumentar el modo de vida que llevaban mayoritariamente las capas medias a fines del periodo decimonónico.

“En el Alejandro Gamboa y su mujer, Jovita, son los suegros de patricio, quien infunde maneras y vicios aristocráticos en Alejo. Alejandro protesta; Jovita lo halla muy natural...

Alejo: el domingo corre Incroyable en el club, papá. ¿Podrías prestarme el faetón para ir? Hay grandes apuestas a su favor, pero yo estoy por Titán, caballo importado, entero, por Febo y Princesa. En el paddock me dijo Claudio (del rey) que apostara de ocho a cuatro con toda seguridad...

Alejandro: ¿Qué jerga es esa?... ¿de dónde la haz sacado esos gustos de niño ocioso?. ¡Mentecato! Jovita: Nada tiene de particular... que Alejo trate de completar su educación frecuentando lugares de buen tono como el club hípico... ¡supongo que no querrás sacar un carretero de tu hijo!...”⁷⁹

Ese era, según Vial Correa, la situación de las capas mesocráticas a medida que se iban expandiendo gradualmente en los centros urbanos desde la segunda mitad del siglo XIX. Para él, “todo este aparentar y ostentar riquezas y grandezas, y este disimular miserias, complementan la aspiración básica de la clase media: subir, trepar la escala social. Por eso el general del Canto la llamara certeramente la clase del rempujón”⁸⁰.

Indirectamente, los proyectos modernizadores emprendidos durante los gobiernos parlamentarios -como la imposición del mismo régimen parlamentario, la instalación de reformas encauzadas en el ámbito educativo, la expansión del Estado y el desarrollo de los servicios-, compartían un elemento común: el promover el desarrollo de la mesocracia emergente que, gracias a la masificación de los proyectos educativos, logrará definirse –a contrapelo de los marcos político- sociales impuestos por los grupos dominantes-, como un actor político-cultural contrario al monopolio de la Oligarquía en los ámbitos antes reseñados. Su gravitación en los debates públicos cobra mayor efervescencia al desentrañar la situación de excepción y de inmovilismo social de parte de los dirigentes oligárquicos hacia las problemáticas nacionales. Los intelectuales de la mesocracia –en su mayoría-, se esforzaron por traspasar su crítica desde lo privado a lo público con el fin de abrir los estrechos cauces de la opinión pública de la época y colocar sobre la polémica

⁷⁸ Gonzalo Vial Correa. Op. Cit., p. 1254.

⁷⁹ *Ibíd.* p., 1277.

⁸⁰ *Ibíd.* p. 1261.

aquellas situaciones desfavorables que, desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, golpeaban con fuerza al desarrollo económico y socio cultural del país y apresuraban.

Una arista importante a la hora de entender el desenvolvimiento y concreción de los sectores medios en actores político sociales son las fecundas relaciones sociales y laborales que se fueron tejiendo entre las distintas capas constituyentes del cuerpo social mesocrático. Algunas formas de sociabilidad que se construyeron entre grupos medios les permitieron tomar mayor conciencia de sus intereses como clase y grupo político independiente de las prácticas y proyecciones esbozadas por la elite. Las primeras organizaciones de empleados públicos y privados surgieron en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, como la sociedad de empleados de comercio de Santiago (1887), la asociación de empleados de aduanas (1910), la asociación de telegrafistas de Santiago (1912), y la federación de empleados de Antofagasta (1919), y también la de profesionales, como la sociedad médica, y el instituto de ingenieros (1888), y las de abogados, farmacéuticos y contadores, entre 1925 y 1938⁸¹.

La penetración de algunos estratos mesocráticos en el sistema político a partir de los mismos partidos (partido Radical y Democrático específicamente) así como la aparición de intelectuales que construirán un discurso anti oligárquico, permitirán una conexión entre estos discursos emergentes y la práctica política, emergiendo, en consecuencia, una mayor politización de la mesocracia, esta vez, desde la participación en los partidos políticos chilenos. Como enfatiza John. J. Johnson, uno de los factores más importantes de los que favorecieron la suerte política de los sectores medios fue “el rápido desenvolvimiento del sistema partidario, y la responsabilidad partidaria del gobierno, y su mantenimiento”⁸². Lo anterior toma forma cuando los sectores medios entran a disputar el poder con el ascenso de Alessandri, y en un marco de análisis general, se puede sostener que el periodo que va desde 1920 a 1952 es expresivo de la mayor presencia y participación de los estratos medios en el sistema de partidos y en las políticas gubernamentales, en especial su incidencia en los gobiernos de Arturo Alessandri y del coronel Carlos Ibáñez del Campo. En esta lógica, nos valdremos del análisis de aquéllos documentos y discursos, en donde los intelectuales mesocráticos constataron su visión crítica sobre las problemáticas que afectaban a la clase media, y en un segundo momento, a los sectores populares del país.

La consolidación de los sectores mesocráticos a partir de los procesos antes reseñados tendrá efectos diversos. Si bien la mesocracia se constituyó en un actor político- cultural de relevancia ya en las primeras décadas del siglo XX, es pertinente destacar que dicho cuerpo social era heterogéneo y estaba constituido por distintos estratos como los empleados públicos y privados, comerciantes, artesanos prósperos, militares y profesionales. Este elemento explica, en la visión de John Johnson, el que los gobiernos de base mesocrática no lograran esgrimir una postura política monolítica, única, sujeta en ocasiones –debido a las presiones del contexto nacional e internacional y las fuerzas sociales que apoyaban

⁸¹ Azun Candina Polomer, Op. Cit., p. 5.

⁸² John. J. Johnson, El atrincheramiento político de los Sectores Medios en Chile, Artículo citado en el libro de Hernán Godoy Urzúa, “La Estructura Social”, Op. Cit., p. 363.

aquellos gobiernos-, a fluctuaciones pendulares que iban desde posturas marxistas hasta corporativistas. Algunos autores como Johnson y Vial Correa colocan el acento en la heterogeneidad de la mesocracia como uno de los factores que explican la ambigüedad política de sus discursos y acciones, “arrastrando sus descabelladas aspiraciones entre la hostilidad sardónica de los pobres y el desprecio sistemático de los aristócratas”⁸³ Si bien era un hecho que se reproducía e entre los debates y discusiones de las capas mesocrática, no fue una realidad igualitaria para toda la mesocracia, y es que, como habíamos apuntado en líneas anteriores, serán algunos grupos profesionales quienes se desmarcaran de esta ambigüedad política y perfilarán discursos alejados de visiones legitimadoras del sistema.

De acuerdo a la visión de Luis Corvalán Márquez será este estrato profesional el que entrará a jugar un rol determinante en términos culturales, “puesto que pronto comenzarán a hablar en nombre de toda la mesocracia, e incluso luego –y en oposición a la oligarquía -, en nombre del pueblo y de la nación en su conjunto”⁸⁴. Coincidiendo con esta postura, y en función de los fines de este estudio, el tema que nos interesa es la aparición de una intelectualidad mesocrática civil que, por su formación educativa y extracción social, disputará aquéllas zonas que por décadas sirvieron a los fines de la Oligarquía para reproducir su ideario de clase, esto es, el espacio del debate y la opinión pública. Lo anterior se constata, entre otras cosas, en las primeras décadas del siglo XX por la existencia de una crítica mesocrática que pugnará con la elite en lo referente al debate público y producción cultural. Por la emergencia del contexto internacional, la influencia de ideologías extranjeras y la situación interna, esta crítica de clase mesocrática se refundará en una postura de carácter nacionalista- en el sentido proteccionista, patriótico o como parte de la tradición del pensamiento conservador antiliberal-, para examinar la realidad nacional y el desarrollo de la vida social, cuestión que desencadenará una mayor conciencia de clase y definición política a la hora de relacionarse con los grupos dominantes.

El ánimo de denuncia emerge desde distintas posiciones sociales cobrando vigencia en forma paralela a las opiniones sostenidas por ciertos intelectuales de la Oligarquía, quienes – como Alberto Edward o Francisco Encina-, se habían desmarcado de su posición social para perfilar un nutrido enjuiciamiento a la situación crítica del país y al cuestionado liderazgo de los sectores dominantes.

En este sentido, hombres como Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas (doctor Valdés Cange), Valentín Letelier, entre otros, comenzaron a detectar una serie de fallas en el desarrollo económico y socio-cultural del país. Estas fallas serían de tal envergadura que su sola existencia aceleraría, de manera inevitable, la desestructuración del consenso social y el debilitamiento de la Nación.

De esta crítica nacionalista anti oligárquica propiamente mesocrática es necesario mencionar algunos aspectos. Un rasgo a destacar del discurso nacionalista en Chile es

⁸³ Gonzalo Vial Correa, Op. Cit., p. 1264.

⁸⁴ Luis Corvalán Márquez, Op. Cit., p. 133.

que toma un variado matiz entre las clases sociales e intelectuales que representan, cuestión que se explica por la adaptación que estos estratos hacen de su ideología en concordancia con sus intereses, ya sea para denunciar a la Oligarquía, al capitalismo extranjero, al movimiento obrero, etc. A decir verdad no fueron pocos aquellos que se autocalificaron de nacionalistas; algunos por el mismo hecho de participar en el partido nacionalista (que tuvo una breve presencia en la política desde 1914) o en razón de que “integraron en sus demandas temas relacionados con la chilenidad, la nacionalidad, la identidad nacional, el sentimiento patriótico y los problemas sociales que afectaban a la comunidad de chilenos”⁸⁵.

En pocas palabras, existió en gran parte del país un sentimiento de regeneración socio cultural del país al que no pocas veces se le calificó de nacionalista. Caso análogo sucede con la pretensión de adoptar esquemas nacionalistas -a ojos de los intelectuales antes reseñados-, como la vía más factible para la estructuración de un proyecto integral que viniera a reemplazar al cuestionado orden Oligárquico. Ante la acelerada desnacionalización de la economía chilena y la disfuncionalidad e inoperancia del sistema parlamentario de gobierno, la necesidad de instalar un programa político económico de corte nacionalista tomo más fuerza entre algunos sectores políticos e intelectuales.

Siguiendo esta línea, hay que reconocer –como sostiene Luis Corvalán- la adopción progresiva de las ideas nacionalistas –como variante del pensamiento conservador antiliberal-por variados estratos medios, siendo recepcionadas en gran medida por sectores de la intelectualidad civil conformado por los profesionales, cuyo representante típico fue Nicolás Palacios; grupos de la mesocracia militar, específicamente los mandos medios y medios bajos gracias a los procesos de profesionalización acordes con el prusianismo, y por aquellas colectividades que conformaban las llamadas ligas patrióticas quienes, a diferencia del sector militar e intelectual civil, adaptaron y elaboraron un discurso nacionalista pro oligárquico encauzado a amedrentar y reprimir los grupos inmigrantes y el movimiento obrero.

Para el caso que nos ocupa, la adopción de estas ideologías nacionalistas en el seno de la mesocracia chilena sirvió como marco de referencia para interpretar la situación de crisis nacional, pero preferentemente para fortalecer y dar consistencia a un discurso anti oligárquico que se erigía a denunciar el anacronismo e inoperancia del modelo oligárquico en los ámbitos político, económico, social, moral y cultural.

No obstante, la adopción de ideas nacionalistas, específicamente las referidas en el ámbito económico, constituirán a la larga uno de los pilares fundamentales del basamento estructural del proyecto político que se deriva de los grupos medios. Las condiciones políticas, económicas y sociales en que se desenvuelven los grupos mesocráticos hacia las primeras décadas del siglo XX explican en gran parte las directrices políticas y económicas

⁸⁵ Alejandro San Francisco y Gabriel Cid, Op. Cit., p. 6.

que integran estos grupos a sus proyectos específicos de sociedad como alternativa al ordenamiento oligárquico.

Desde los personajes políticos como Arturo Alessandri o intelectuales de la talla de Tancredo Pinochet, el proyecto político mesocrático, de manera general, estaba constituido por tres factores que le daban importancia a la educación, la democracia y el desarrollo de la industria. En la opinión de Azun Candina, este proyecto político formativo descansaba en una ideología nacionalista, estatista y anti oligárquica, unida a un ideal de armonía social que debería poner a las clases sociales a trabajar unidas por el desarrollo y el engrandecimiento nacional⁸⁶. En este esquema de transformación la presencia de la ideología estatista en algunos intelectuales mesocráticos se explica por el rechazo a las soluciones emanadas desde la oligarquía y de los sectores populares, incapacitados estos últimos de la formación cultural y política para afrontar y definir los cambios que la sociedad chilena requería, o por su origen, vinculado a la expansión de los aparatos burocráticos del Estado. A contrapelo, como puede constatarse en los discursos de intelectuales y políticos de la época, el Estado se erige en el espacio reconocido, legítimo y predilecto desde donde debían construirse los proyectos de cambio.

De manera similar a los principios defendidos por Tancredo Pinochet en “Oligarquía y Democracia”, en el proyecto político mesocrático los cambios, desde el Estado, debían ser operados ya no por entidades ligadas a los grupos amparados en la oligarquía –cuestión lógica con el cambio del proyecto modernizador de la oligarquía-, problema no inmutable siempre y cuando se proporcionase la adecuada preparación política y cultural-, sino que las nuevas tareas del cambio debían ser ejecutadas por los estratos mesocráticos, quienes se habrían identificados –o fueron identificados por otros- “como los llamados a asumir esas tareas de construir bienestar, armonía y desarrollo social para el conjunto del país; una clase esperanza de maestras y maestros primarios y secundarios, profesionales liberales, intelectuales y políticos que no pertenecían a la frívola o elitista oligarquía, y tampoco a un pueblo pauperizado que no podía luchar por sí mismo”⁸⁷.

Las problemáticas enunciadas anteriormente junto a los procesos de modernización económica y urbana no solo incidirán en la consolidación de estratos mesocráticos más definidos política y culturalmente, sino en la aparición del movimiento político social de los sectores populares fortalecidos con la emergencia del proletariado urbano y minero que emerge junto a los focos de desarrollo productivo. Su presencia, como veremos, responderá entre otras cosas a denunciar en primer plano las problemáticas que encierra la cuestión social y la desatención de las políticas estatales para, en primer lugar, solucionar el atraso económico y material de los mismos, y segundo, regular las contradictorias relaciones del capital – trabajo.

⁸⁶ Azun Candina Polomer. Op. Cit., p. 12.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 13.

2.3. “La Cuestión Social” en Chile. La emergencia del sector obrero

Los alcances de la postura anti oligárquica y de crítica social existente en la obra intelectual de Tancredo Pinochet están estrechamente vinculadas a las complejidades estructurales que va adquiriendo ya hacia las primeras décadas del siglo XX el fenómeno de la “cuestión social”, particularmente aquellas que dicen relación con el atraso de los sectores populares y las formas de organización reivindicativas de estos mismos, en su relación contestataria con el Estado Oligárquico.

La importancia de remarcar el tema de la cuestión social en este apartado reside no sólo en revelar las contradicciones de la sociedad nacional del periodo, –producto de la modernización, industrialización y urbanización de los principales centros de desarrollo económico-, sino, en ser esta una de las tramas más discutidas durante las primeras décadas del siglo XX, cuya complejidad y alcance, en opinión de Mario Góngora⁸⁸, inspirará reflexiones críticas –disconformes con el ordenamiento Oligárquico y las instituciones estatales-, desde distintos actores sociales, aunque su existencia y expresión– señala el Historiador Sergio Grez⁸⁹-, es posible verificarla también en el curso del siglo XIX.

En este sentido, la nueva inserción de Chile en el mercado mundial, la profundización del modelo económico hacia afuera, el incipiente desarrollo industrial y la consiguiente modernización económica urbana fueron factores cruciales que incidieron en el nuevo escenario social del país. A través de dichos fenómenos se ira estructurando de manera desigual la sociedad chilena de las primeras décadas del siglo XX, periodo en que la bonanza económica de las exportaciones mineras no se tradujo en reformas sustanciales en la distribución equitativa de la riqueza y las mejoras materiales de vida de los sectores populares. En este escenario de discrepancias sociales, económicas y culturales, las semillas de la cuestión social estaban arrojando los primeros frutos.

Revisando la Historiografía Chilena⁹⁰ y los estudios abocados a este tema, podría aseverarse que, de manera teórica, la conceptualización más pertinente del término “cuestión social” como noción genérica se define en el trabajo del Historiador Norteamericano James Morris, quien lo define como fruto de las:

“consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la industrialización, y urbanización reciente: una nueva forma dependiente del sistema de salarios, la aparición de problemas cada vez más complejos pertinentes a la a la vivienda obrera, atención médica y salubridad: la constitución de organizaciones destinadas a defender los intereses de la

⁸⁸ Mario Góngora, Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile siglo XIX y XX, Editorial Universitaria 2º edición, Santiago, 2011.

⁸⁹ Sergio Grez Toso, La Cuestión Social en Chile. Ideas y Debates Precursores, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1995.

⁹⁰ Para profundizar el tema de la cuestión social nos proporciona una amplia bibliografía y datos interesantes la obra de Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn – Holt, Claudio Rolle y Manuel Vicuña. Historia del siglo XX Chileno. Editorial Sudamericana. Santiago. 2001; y el texto de Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, Sofía Correa y Otros. Chile en el Siglo XX. Decimocuarta Edición Editorial Planeta. Santiago, 2011.

nueva clase trabajadora; huelgas y demostraciones callejeras, tal vez choques armados entre los trabajadores y la policía o militares, y cierta popularidad de ideas extremistas, con una consiguiente influencia sobre los dirigentes de los trabajadores”⁹¹.

Si bien la definición que nos entrega Morris engloba la totalidad de los factores que decantaron en la explosión y exacerbación de la cuestión social, creemos que la perspectiva del autor se limita temporalmente a la aparición del fenómeno industrializador en el país, dejando de lado la situación de los sectores populares en las décadas anteriores del siglo XIX.

A contrapelo, una definición más acorde al proceso gradual de atraso y reivindicación de las capas populares nos ofrece Sergio Grez, para quien el fenómeno, más que ser producto de una eclosión repentina, “es un desarrollo acumulativo de dolencias colectivas y una toma de conciencia de muy lenta gestación, en el que los factores propios de la transición hacia la modernización económica –como la industrialización, y la urbanización de la segunda mitad de siglo-, fueron los catalizadores de fenómenos preexistentes en la sociedad tradicional”⁹².

En la opinión del Historiador Gonzalo Vial Correa, la cuestión social se convirtió en el hecho histórico más importante en el cambio de siglo, caracterizado, entre otras cosas, “por las enormes presiones que recayeron sobre las clases trabajadoras, confluyendo sobre ellas inúmeros problemas (económicos, sanitarios y de salud, y especialmente morales y de imago mundi) que les fueron haciendo insoportable la existencia (...) Frente a estas problemáticas (las clases dirigentes) dieron un espectáculo de frivolidad, pequeñez e ineficiencia que no podía sino agudizar el padecer y la irritación de los trabajadores”⁹³.

Este cuadro desalentador para las capas populares era paradigmáticamente retratado por algunos representantes de los partidos políticos tradicionales como el político liberal Augusto Orrego Luco, quien tempranamente hacia 1884, nos brinda algunas pinceladas de lo que sería los contrastes entre la riqueza de los grupos elitistas y la pobreza material, económica y moral de los sectores populares.

Según él, “donde el jornal baja, el producto del terreno sube, la renta que paga el cultivador por el uso de la tierra también sube, y la clase propietaria en esas condiciones se enriquece mientras el bajo pueblo se hunde en la pobreza. Así, de una manera muy visible se han formado esas clases altas que nadan en la opulencia, y esas clases bajas que se ahogan en la miseria, dueñas las unas del poder y desarrollándose las otras en una atmosfera servil que necesariamente enerva su carácter”⁹⁴.

De manera general, se puede establecer que las primeras décadas del siglo XX fueron tremendamente ambivalentes al confirmar por un lado la ineficiencia del Estado Nación para

⁹¹ James O. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, Estudio de la cuestión social y el sistema de las relaciones industriales en Chile, Editorial El Pacifico, Santiago, 1967, p. 80.

⁹² Sergio Grez Toso, *Op. Cit.*, p. 10.

⁹³ Gonzalo Vial Correa, *Op. Cit.*, p. 867.

⁹⁴ Augusto Orrego Luco, *La Cuestión Social*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1890, p. 30.

hacerse cargo de los problemas social – populares, y por otro lado, el dinamismo y la capacidad organizativa que fue adquiriendo gradualmente el movimiento popular para enfrentar de manera colectiva la resolución de sus demandas político- sociales más apremiantes. Para el Historiador Igor Goicovic la presencia contestataria de las capas populares en los eventos masivos de protesta como movilizaciones, huelgas y paralizaciones se fue tornando cada vez compleja y violenta. En su perspectiva, “la violencia por ellos desplegada – así como aquella derivada de los aparatos represivos del Estado-, pone de manifiesto que sus formas de relación con el Estado y con las elites dominantes estuvieron permanentemente conflictuadas”⁹⁵.

Como enfatiza el Historiador Mario Garcés Duran, la presencia de la cuestión social en los principales centros urbanos del país pasaba a ser desapercibida por los grupos oligárquicos y las políticas estatales, no faltando quienes consideraron la cuestión social como un problema ficticio, “sustentado en la propaganda efectuada por sectores radicalmente disconformes con el estado de la sociedad chilena”⁹⁶. Para Mario Garcés, dicha incompreensión era difícil de reconocer en el ethos socio cultural del modo de ser Oligárquico, “no solo porque la elite se sentía y se proclamaba a sí misma la mejor expresión de la nación, sino porque además, reconocerlo tendría que haber significado emprender una reforma sustancial al Estado, para hacerlo efectivamente nacional”⁹⁷.

En la perspectiva de las Historiadoras Ximena Cruzat y Ana Tironi, había otro factor que explicaba esta marginación del Estado para resolver las variables de la cuestión social y era que, desde los círculos dominantes, hubo quienes pensaron que el fenómeno social antes aludido era un problema importado desde Europa, y por tanto, “no respondía a inquietudes criollas reales, por lo que tal como había llegado, haría su abandono”⁹⁸.

No obstante, a medida que las contradicciones entre el desarrollo económico y el atraso de las condiciones de vida de las capas populares se tornaron insalvables, las formas organizativas del movimiento popular y su posterior irrupción en la escena política social comenzaron a llamar la atención de la opinión pública y de no pocos segmentos intelectuales.

En la enorme tarea de estudiar y comprender los ejes constituyentes de la cuestión social, estos fueron comprendiendo que la problemática social, en sus alcances y consecuencias, no era fruto de la propaganda de grupos extremistas al gobierno o resultado de su traslado desde los centros productivos europeos. Desde sus reflexiones, nacidas al calor del análisis y contacto con las realidades materiales de las capas populares, los grupos intelectuales y

⁹⁵ Igor Goicovic Donoso, Consideraciones Teóricas sobre la violencia social en Chile (1850-1930). Artículo extraído del Archivo de Documentación Histórica Centro de Estudios Miguel Enríquez CEME. Valparaíso. 2004. Pág. 5.

⁹⁶ Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Historia del siglo XX chileno, Ed. Sudamericana chilena, Santiago, 2001, p. 56.

⁹⁷ Mario Garcés Duran, Crisis Social y Motines Populares en el 1900, Ediciones Documentas. Santiago, 1991, p. 141.

⁹⁸ Ximena Cruzat y Eugenia Tironi, Pensamiento en Chile 1830-1910. El pensamiento frente a la cuestión social en Chile, Revista Estudios Latinoamericanos N° 1, Nuestra América Ediciones, Santiago, 1987, p. 5.

políticos reconocieron que la cuestión social en Chile respondía a un problema nacional, con antecedentes que se remontan desde el periodo independentista, y cuya eclosión y desborde se remite precisamente al periodo de modernización económica y de desarrollo industrial de las primeras décadas del siglo XX en Chile.

Como reconocen Sergio Grez, Ximena Cruzat y Eugenia Tironi, el discurso crítico social fue desarrollándose paralelamente a la emergencia de la cuestión social que iba tomando cuerpo en las preocupaciones de amplios sectores ilustrados de origen socio-político diverso, convirtiéndose lentamente en el eje temático con mayor presencia en la opinión pública del país. Coincidiendo con las opiniones de Sergio Grez, es posible advertir que dicha perspectiva crítica en torno al problema social cobro mayor fuerza en la medida que las demandas sociales de los grupos populares se hicieron más complejas y masivas. Todo ello por cierto se tradujo en “artículos y editoriales en la prensa; en folletos y opúsculos; en memorias de título, en fin en variados trabajos que apuntaban a entregar perspectivas y soluciones frente a una nueva realidad”⁹⁹.

En suma, los avances derivados del proceso de modernización económica –explotación minera y actividad fabril e industrial- y por consiguiente, de profundización del incipiente mundo capitalista dependiente hacia las primeras décadas del siglo XX, no se condicen con el atraso y el deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares. La agudización de los contrastes económicos, sociales y culturales respecto a la elite decantaron en el malestar social de amplios sectores populares, quienes tempranamente se organizaron para llevar a cabo una acción reivindicativa en función de exigir al Estado mejoras sociales en sus condiciones de vida.

En este punto compartimos la opinión de Mario Garcés al interpretar la cuestión social como un fenómeno dual, que encerraba “por un lado el deterioro de las condiciones de sobrevivencia de la clase popular, y por el otro, de la emergencia de la protesta social obrera encaminada a modificar ese deterioro”¹⁰⁰; contradicciones que colocan en un primer plano, y de manera gradual, el ascenso y constitución de los sectores sociales populares como actores políticos.

En este entramado de exclusión y lucha social, la crítica social que se difunde a partir de los procesos sociales antes reseñados fue adquiriendo mayor relieve y efervescencia en el debate público y los círculos intelectuales. Tancredo Pinochet, como testigo ocular de las contradicciones sociales del periodo, construye y defiende una perspectiva crítica social que no estará exenta de las dimensiones constitutivas de la cuestión social –en cuanto al deterioro de la vida de los sectores populares, y su posterior rechazo y demanda mediante los movimientos de protesta contra el Estado-, y que en un escenario mayor, bajo los diversos contextos y circunstancias nacionales e internacionales, estará dirigida – en forma

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 6.

¹⁰⁰ Mario Garcés Duran, *Los Movimientos Sociales Populares en el siglo XX. Balances y Perspectivas*, Artículo extraído del Archivo de Documentación Histórico Social CEME (Centro de Estudios Miguel Enríquez), p. 17.

de denuncia- a desvelar el fracaso del proyecto modernizador de la Oligarquía. Su discurso social se articulará –a través de sus obras ensayísticas escritas desde 1909 a 1944-, evidenciando entre otras cosas la incompetencia de la elite como clase dirigente, las turbias relaciones políticas que se incuban dentro del sistema parlamentario, el atraso de la vida campesina, la marginación política del bajo pueblo y la distancias económicas y materiales que aislaban a los grupos oligárquicos de los sectores populares.

Capítulo III

EL PENSAMIENTO SOCIAL EN CHILE DE COMIENZOS DEL SIGLO XX EN EL ENSAYO DE TANCREDO PINOCHET LE BRUN

Algunos intelectuales demuestran ser relevantes para la época que vivieron. Desde una perspectiva crítica a la situación de la sociedad, y a través de sus discursos ponen en tela de juicio a aquéllos que ostentan el poder en sus manos. En este sentido, se convierten en portavoces de los más desposeídos que por su condición precaria en las esferas de lo político, económico y social se transforman en la grieta que puede terminar por demoler el orden establecido.

Un caso ejemplar es el intelectual Tancredo Pinochet Le Brun que mediante una cantidad relevante de ensayos manifiesta su malestar por el sistema político, económico y social respaldado por la oligarquía desde, por lo menos lo que respecta al sistema económico, la segunda mitad del siglo XIX.

Este intelectual se adscribe en aquélla oleada de ensayistas críticos que revelaron las problemáticas sociales existentes en el Chile que cumplía cien de años como república independiente. Es así que bajo una matriz republicana en lo político y nacionalista en lo económico (esto lo expondremos con mayor profundidad más adelante), desarrollará una línea argumentativa en contra de la oligarquía y su labor en la conducción del gobierno.

Lo que presentaremos en este apartado es analizar algunas ideas vinculadas a profundizar una arista poco trabajada en el análisis de la producción y pensamiento intelectual de Tancredo Pinochet. Esto es, el cuestionamiento a la situación de los más desposeídos de la sociedad Chilena de su época, reflejando ser un exponente de la crítica mesocrática hacia la elite dirigente.

Propondremos la existencia de una perspectiva crítico social en la obra ensayística de Pinochet Le Brun, que se demostraría en el enjuiciamiento que hace de la realidad de los sectores populares en Chile enmarcada en el proyecto político y económico de la oligarquía chilena. En este sentido, la crítica social que reivindica el autor puede ser enmarcada en el florecimiento de lo que se conoce como el pensamiento social que, desde la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, se constituirá como una corriente social que pugna con la ideología de la clase dominante expresada en un discurso y una práctica hegemónica.

Las posiciones petrificadas del sector dominante provocarían visiones secularizadas e inconformistas con el orden establecido. Pues ante el inmovilismo social y el modo de ser oligárquico, la emergencia del pensamiento social se traslada a evaluar las realidades nacionales y las dinámicas sociales colocando sobre el debate público proyectos de transformación direccionados a revitalizar la sociedad, mejorando las condiciones de vida de los distintos segmentos sociales.

1. Cien Años de República Chilena. El Despertar del Cuestionamiento a las Desigualdades de la Sociedad.

La supremacía en la esfera política por parte de la oligarquía se puede localizar históricamente, en la guerra civil de 1891 que dio lugar al triunfo oligárquico en contra del poder ejecutivo en las manos del expresidente José Miguel Balmaceda. Así, se terminaba por preparar el terreno para la instauración de un gobierno de tipo parlamentario que privilegia el consenso intraoligárquico, excluyendo de la política a los demás sectores sociales, a través de prácticas de cohecho y corrupción electoral.

Debido al transcurso de estos acontecimientos, el Estado fue conducido por la oligarquía durante las tres primeras décadas del siglo XX, (desde el mencionado triunfo sobre Balmaceda hasta el advenimiento al poder de Arturo Alessandri Palma) periodo en el cual las políticas llevadas a la práctica empobrecían cada vez más a los sectores no-oligárquicos de la sociedad y que desencadenarán en el problema de la “cuestión social”. Ésta última, reflejará las mayores desigualdades e injusticias sociales a comienzos del siglo XX, y que se verá en una sistematizada represión hacia los sectores populares que clamaban asistencia a su deplorable situación cotidiana.

No obstante, en la celebración del centenario chileno esta problemática que aqueja esencialmente al sector obrero y el campesinado, le es ajena a gran parte de la clase dirigente que se vanagloria y autocomplace por los “exitosos” cien años de la nación. La oligarquía se siente conforme por la situación política, económica y social de la sociedad chilena, aunque sería ilógico que fuera de otra forma, en tanto que todo lo acontecido durante esa centuria les beneficiaba total y exclusivamente a ella.

Sin embargo, la sociedad se hallaba sumida en una crisis imposible de ocultar, ni si quiera con aquéllos logros pasados y heroísmos de la nación que la elite identifica con la historia de sus familias. Tanto era así que la elite chilena “entre sus representantes, el espíritu de exaltación patriótica solía confundirse con el orgullo del propio linaje. Hasta cierto punto, el Centenario constituyó, por lo mismo, un asunto de competencia entre las grandes familias”¹⁰¹

¹⁰¹ Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Op. Cit., p. 43.

La oligarquía localizaba sus antepasados en los personajes que promovieron la conformación de Chile como república independiente desde comienzos del siglo XIX, por lo cual el cumplimiento de cien años como país republicano fue la forma de enlazarse con aquéllos fundadores. De esta forma, en ninguna circunstancia existía, por parte de la clase dirigente algún atisbo de derrota por la evidente realidad adversa de los sectores populares, ni menos una visión proyectiva para adelantarse a las amenazas que se preparaban estallar en el horizonte que vislumbraban un declive en la sociedad chilena.

Aunado a este lazo entre el pasado heroico de la patria y la oligarquía del centenario, la clase dirigente estiraba aún más las brechas entre ellos y los sectores populares a través del buen tono, como forma de vida, que fue condicionando gradualmente las pautas de sociabilidad de los grupos integrados en la Oligarquía, “convirtiéndose en un modo de ser que operó en dos direcciones. Hacia adentro dio a los miembros de los grupos oligárquicos una base conjunta de significados compartidos que les permitió identificarse como iguales; hacia afuera condicionó las formas como interpretaron la realidad de su época, y sobre todo, se enfrentaron con ella (...)”¹⁰².

Su propensión a la cultura y civilización europea impulsó a los grupos oligárquicos a llevar una vida ostentosa y de lujos. Las costumbres cambiaron rápidamente, dejando de lado la tradicional vida rural y sus costumbres campesinas, adoptando, en cambio, las pautas culturales urbanas europeas, de Inglaterra y Francia, específicamente. Se admiraba lo intelectual, lo artístico, el título universitario o la profesión liberal, “pero se admiraba más un tren de vida dispendioso”¹⁰³.

La paulatina influencia extranjera en el país es denunciada por Tancredo Pinochet hacia 1909 en su obra “La Conquista de Chile en el siglo XX”, ensayo en el que logra comprobar la virtual penetración del capital extranjero en todos los ámbitos de la vida nacional.

En un ápice del citado ensayo, Pinochet consigna el modo de vida de un joven santiaguino: “Vale la pena seguir la vida de un joven de nuestra sociedad. Nace y su cuna de bronce se la vende Busquets, Seckel, Lumsden; las ropas que lo abrigan la envían la casa Prats, la casa francesa o la casa escocesa; el coche lleno de juguetes en que lo pasea la English nurse, lo manda Krauss. I los padres franceses o ingleses se encargan de su educación. Sus libros escolares se los vende Tesche, Ivens o Conrads. Su ropa se la hacen Pujol, Pinaud, Cerri... Sus cigarros, se los venden Pabst, Silberntein, Wageman o Khany. Sus licores Weirt Scott, Stirling o Hayes. Su dinero lo deposita en Deutsche Bank, en el Banco Italiano o en el Banco Español¹⁰⁴...”

Parte de las descripciones de Pinochet Le Brun tenían que ver con un fenómeno bastante común entre las clases dominantes, cuyo fin no era otro que la competencia por concentrar

¹⁰² Enrique Fernández, Estado y Sociedad en Chile 1891-1931. El Estado excluyente, la lógica estatal oligárquica y la formación de la sociedad, Op. Cit., p. 30.

¹⁰³ Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, Sofía Correa y Otros. Chile en el Siglo XX, Editorial Planeta, Santiago, 2011, p. 57

¹⁰⁴ Tancredo Pinochet Le Brun, La Conquista de Chile en el siglo XX, Editorial la Ilustración, Santiago. 1909, p. 102.

y demostrar la riqueza que ostentaba cada familia de alto rango. Gonzalo Vial Correa enfatiza que dentro de las familias de dicha extracción social, “hombres y mujeres compitieron ferozmente por superarse en lujo (...) mansiones, mobiliarios, ropas, joyas, carruajes, comidas y bebidas entraron a la pugna”¹⁰⁵.

El mismo Vial Correa nos proporciona algunos datos numéricos que ejemplifican esta agobiante lucha por la ostentación: a fines del siglo XIX y comienzos del XX,

“se internaron vinos, aguardientes y licores por casi ciento sesenta y siete mil libras esterlinas; dulces por una suma superior a ocho mil libras; juguetes por unas diez mil; guantes por más de siete mil; flores artificiales por más de cuatro mil; jabones aromáticos perfumería por más de veintiún mil; pianos por una cantidad que excedía las veintiséis mil libras; sedas y terciopelos casi ochenta y siete mil libras; muebles casi treinta y cinco mil; quesos, más de cuatro mil, y artículos para modistas y recortes y tiras bordadas, respectiva y exactamente 55.985 y 16.779 libras esterlinas”¹⁰⁶.

Mantener el buen tono y la vida en este modo de ser oligárquico estribaba más que nada en la fortuna, que si no se tenía se aparentaba. Por cierto que pocas familias vinculadas a la banca, la minería y el comercio poseían riquezas considerables, mientras que la mayor parte fundaba su riqueza en la posesión de tierras o en el ejercicio exitoso de altas profesiones como la de abogado. En esta lógica, la educación y la cultura jugaban un rol importante en la función de consagrar cierto status social, “aunque la cultura de estos viajes se reducía, por lo general, a la adopción de modas europeas y a la imitación del estilo de vida burgués”¹⁰⁷.

En un exhaustivo estudio, Vial Correa nos advierte de las limitaciones de esta preocupación por aparentar el lujo y el status. Cuando se tenían recursos estos grupos sociales llevaban una vida tan inútil como dispendiosa. A través de algunos testimonios retratados en novelas del tiempo bajo estudio, Vial enfatiza el hecho que pocos eran los que sacaban algún fin provechoso en este tipo de viajes, las más de las veces “empleaban sus viajes estudiando algún arte o ciencia; o trajeran a Chile una especie botánica o zoológica para aclimatar; una nueva técnica agrícola o industrial para poner en ejecución; o siquiera absorbiesen el arte y belleza desparramados generosamente a su paso; pocos aun, los que hicieran negocios”¹⁰⁸(...) Lo habitual en estos viajes era empaparse de las pautas culturales de las sociedades más adelantadas de su tiempo, recoger modas, costumbres, estilos de vida, etc. “A contrapelo, la ópera, los teatros, los restaurantes, los salones plásticos, la hípica, las tiendas, los coches, las playas y termas de moda, consumían la mayor parte del tiempo; el resto lo hacían escaso la murmuración y el afanoso conseguirse los tan anhelados vínculos con europeos distinguidos, y ojala nobles.”¹⁰⁹

¹⁰⁵ Gonzalo Vial Correa, Historia de Chile. Tomo VII, Editorial Portada, Santiago, 1981, p. 1142.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 1142.

¹⁰⁷ Mariana Aylwin, Carlos Bascañán, Sofía Correa y Otros, *Op. Cit.*, p. 59.

¹⁰⁸ Gonzalo Vial Correa, *Op. Cit.*, p. 1175.

¹⁰⁹ *Ibíd.*

El resultado de ese “modo de ser oligárquico” fue su rápido alejamiento de las realidades económicas y materiales del resto de las capas sociales, y la posterior polarización de la riqueza y su desigual concentración. Por lo tanto, el poder político, social y económico de la sociedad chilena de comienzos de siglo estaba monopolizado por una elite social relativamente pequeña pero homogénea y con sentido de clase.

La oligarquía se homogeneizaba como clase con la inserción en los patrones culturales y de sociabilidad que recepcionaba de la clase alta europea, esencialmente - como hemos mencionado-, francesa e inglesa, y que sin escatimar en gastos, los palacetes que albergaban a la oligarquía en algunos sectores de Santiago, Valparaíso y Concepción, parecían haber sido sacados de alguna calle residencial de Londres o París. “Ser como ellos”, (ser “los ingleses de América del Sur”) esa era la secreta ambición oligárquica; ser reconocidos por Europa como civilizados, modernos, en fin, como su igual. Fue su anhelo más persistente (...) ¹¹⁰

El profundo desdén oligárquico por el país y los sectores populares se hacía más evidente. Este desprecio también fue expresado hacia la emergente clase media llamándola despectivamente “siúuticos”. La respuesta de los sectores medios a esta visión de la oligarquía fue un sentimiento de odio pues “el desprecio y el resentimiento cavaron entre las clases tal abismo, una diferencia tan honda, que se hizo irrecuperable el quiebre de la unidad nacional” ¹¹¹

Tal estado de cosas se materializó en un distanciamiento profundo de las clases dominantes con respecto a los demás grupos del escalafón social. Al respecto la oligarquía, desde su ascenso al poder, había sido incapaz de dimensionar y dar respuesta a los problemas que aquejaban a las clases populares. Como consecuencia las líneas políticas que se perfilaron desde las diversas ramas del Estado se tornaron extremadamente excluyentes, tendiendo a cristalizarse sin la conjunción de intereses entre la oligarquía y los grupos medios y subalternos, por lo que la práctica política y sus correlativas situaciones se limitaron tempranamente a los campos de acción definidos por aquellos grupos que descansaban en el poder.

Frente a la situación de excepción y de inmovilismo social de parte de los dirigentes oligárquicos hacia las problemáticas nacionales, los intelectuales se esforzaron por traspasar su crítica desde lo privado a lo público, con el fin de abrir los cauces de la opinión pública de la época y colocar sobre la polémica aquellas situaciones desfavorables, que desde fines del siglo XIX y comienzos del XX ,golpeaban con fuerza al desarrollo económico y socio cultural del país apresurando la decadencia y la demolición misma de los elementos constitutivos de la Nación.

¹¹⁰ Luis Corvalán Márquez, Compilador y prologuista, Centenario y Bicentenario, Los textos críticos, Ed. Usach, Santiago, 2012, p. 54.

¹¹¹ Gonzalo Vial, Historia de Chile (1891-1973), tomo II, Ed. Santillana, Santiago, 1981, p. 674-675.

De ahí que “la mera existencia de dificultades, por muy evidentes que ellas sean, no constituye el problema social en su conjunto, sino que son su materia prima”.¹¹² Como postula Alejandro San Francisco, la crisis general del país solo se convierte en materia crucial de discusión, en la medida en que los factores constitutivos de dicha crisis se transformaron en crítica social, pasando a ser parte de una denuncia pública más amplia y duradera.

Ese es el escenario en el cual se adscribirían las diversas críticas sociales nacionalistas que emanaron desde 1900 y que tendrían su ebullición máxima en el marco de la celebración de los cien años de vida independiente. Es aquí donde podemos situar las reflexiones de Tancredo Pinochet Le Brun y de toda la rama de intelectuales provenientes de los sectores populares, mesocráticos y oligárquicos.

2. Los sectores populares a comienzos del siglo XX.

2.1. Las desigualdades abismales entre el oligarca y el obrero. El caso del sector urbano.

En 1909 con el ensayo “La Conquista de Chile en el Siglo XX”, Tancredo Pinochet se integra a los espacios reducidos del debate público para afrontar, de la misma forma que otros intelectuales como Alejandro Venegas o Luis Emilio Recabarren, los preocupantes acontecimientos que envolvían la ansiada víspera de la celebración Republicana del Centenario por parte de la elite. A contrapelo de ello y desde su singularidad como intelectual, Tancredo Pinochet se hace parte de las discusiones del momento y comienza a perfilar, desde esta obra ensayística, un prototipo de crítica social en donde intenta incluir, bajo la óptica nacionalista, la cuestión social y la penetración extranjera del país como problemáticas expresivas del fracaso del proyecto modernizador de la Oligarquía y la gradual desnacionalización del país a comienzos de siglo.

Como hemos visto en páginas anteriores, es desde comienzos del siglo XX cuando algunos problemas sociales y económicos se acentúan y se expresan en su máxima extensión. Uno de ellos es el movimiento demográfico producto de la migración campo –ciudad y el posterior establecimiento de las masas campesinas en los márgenes periféricos de centros urbanos como Santiago o Valparaíso. Las consecuencias, ya conocidas, son el deterioro y la pobreza que rodea estos recintos poblacionales en que se acomodan los sectores populares urbanos, centros carentes de servicios básicos como agua, luz, alcantarillado y de una estructura habitacional acorde al número de moradores que la ocupan. El

¹¹² Alejandro San Francisco, La crítica social nacionalista en la época del Centenario (1900 – 1920), en Nacionalismo e Identidad nacional en Chile siglo XX, Volumen I, Ediciones centro de estudios bicentenarios, Santiago, 2010, p. 8

hacinamiento, la delincuencia, la prostitución, las enfermedades y la mortalidad infantil cobran mayor emergencia en estos espacios reducidos y abandonados del control policial y público. En resumen, es la cuestión social en toda su magnitud la que comienza a cobrar vigencia en la modesta vida de las capas populares urbanas y rurales.

Ahora bien, si nos atenemos al ensayo “La Conquista de Chile en el siglo XX”, esta forma de crítica social que Tancredo comenzará a perfilar en dicha obra tiene matices un tanto distintos a los que se presentaran en los ensayos posteriores. Esta apreciación se entiende por el hecho que el autor no será ajeno a los debates de la época, al contexto internacional y a las corrientes culturales e ideológicas que tienen emergencia en este periodo. Por consiguiente, no es raro que la denuncia social que se construye en el ensayo, y que intenta relevar algunas problemáticas de la cuestión social como las realidades sociales que se construyen en la contradictoria vida urbana - la pobreza y la marginación de las capas populares de los conventillos santiaguinos-, sea estrechamente vinculada al espíritu extranjero que comienzan a adoptar los grupos sociales oligárquicos. En la opinión de Tancredo Pinochet, sería este avance de los intereses extranjeros y la progresiva recepción de pautas culturales y modo de vida proveniente de Europa los que explican en el ámbito económico la total desnacionalización de la economía chilena de los centros capitalistas extranjeros, y en la esfera social, la desatención y falta de proyecciones de la clase dominante para colocar fin a la emergente “cuestión social”.

Por lo tanto, en esta primera etapa de la crítica social, la salvedad del caso es que dicho ensayo fue construido con elementos conceptuales derivados del nacionalismo antiliberal y el proteccionismo económico, por lo que el contenido de la denuncia social más que colocar sobre relieve la situación de pauperización material de los sectores populares, se encarga de demandar la gradual penetración extranjera del país en las distintas dimensiones de la sociedad.

En este punto Tancredo Pinochet señalaba: “al hijo del pueblo chileno lo tratamos con desprecio, lo dejamos morir en los conventillos, o lo desterramos para dar cabida en nuestro suelo al inmigrante europeo para quien reservamos todos nuestros favores¹¹³”. Más adelante el autor siendo consciente de la enorme influencia que adquiriría los elementos extranjeros en el país confesaba que, “no seremos nosotros los chilenos los dueños del comercio ni de las industrias del país, pero nos tocará, sí, a nosotros, los chilenos el triste derecho de explotar nuestras viñas, de fabricar los vinos y el alcohol para llevar a los hogares del pueblo chileno el abatimiento, la discordia i la ignominia, dándole los golpes de muerte en su agonía a nuestras glorias i a nuestra raza¹¹⁴”.

Unos años más tarde, en la misma lógica crítico- social, pero relatada en forma de novela histórica, Tancredo Pinochet en “La Obra” (1911), describe la labor de un obrero que va por primera vez a una obra de construcción “Había sido rudo ése, su primer día de trabajo,

¹¹³ Tancredo Pinochet Le Brun, La Conquista de Chile en el siglo XX. Op. Cit., p. 126

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 142.

desde el alba hasta el pararse del sol, acarreado ladrillos sobre su cabeza, de la planta baja al segundo piso.”¹¹⁵. También explicitaba características de la faena,

“El trabajo se hacía en silencio, con toda la gente emparamada por los andamios i por los sótanos donde se preparaba el material. Cada uno parecía saber bien lo que tenía que hacer. El maestro mayor, el que vigilaba la faena, hombracho con facciones de extranjero i apariencia modesta, parecía no decir nada, parecía dejar crecer sola la casa, como se deja crecer un árbol.”¹¹⁶

También en ésta novela el autor expresaba lo que era la construcción y quien iba a ser su dueño,

“-Es un palacio para una de las familias más ricas de Santiago.

-¿Qué familia? Preguntó Evaristo.

-No sé. Andan ahora en Europa i a su vuelta esperan venirse a vivir aquí. Iniciamos en Agosto este trabajo; yo estoy desde el comienzo, desde que principiemos a demoler la ranchería que había antes. ¿No se acuerda de las casuchas de esta esquina?”¹¹⁷

Demolieron conventillos para poder construir un palacio que acogería a una familia que se había ido, mientras tanto, de viaje a Europa. En un solo párrafo Pinochet Le Brun demuestra la sideral desigualdad que hay en Chile, mientras que se demuele una morada propia del sector popular como lo es un conventillo, se construye un palacio derrochador de lujo para una familia de la oligarquía.

En réplica a los problemas que impedían el progreso de la sociedad en las primeras décadas del siglo XX, nuestro autor edifica un proyecto societario específico para la realidad chilena. Este proyecto lograba identificar las principales causas de la crisis nacional – penetración externa y extranjerización del país- y explorar cómo estas se presentaban en los distintos ámbitos sociales, tales como el atraso material de los sectores populares, la desatención de las necesidades sociales, el control extranjero de la industria y educación inadecuada para alcanzar el progreso económico- .

Los medios por los cuales debían deshacerse dichas situaciones respondían a un factor crucial según Tancredo Pinochet: “hay un desarrollo moral en la sociedad al igual que en el individuo. Cuanto más civilizada sea la sociedad, más ética será su manera de vivir. Más, para ser más civilizados y permitir a los ideales morales filtrarse continuamente hasta llegar a las capas más bajas de la población, necesitamos una base económica que la haga posible. A cada mejora en las condiciones materiales de las grandes masas de la población, corresponderá una mayor facilidad para el más amplio desarrollo de la vida moral”¹¹⁸.

¹¹⁵ Tancredo Pinochet Le Brun, La obra, Ed. “La ilustración”, Santiago, 1911, p. 8

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 15.

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 15.

¹¹⁸ Tancredo Pinochet Le Brun, La Conquista de Chile en el siglo XX. Op. Cit., p. 150-151.

Lentamente vemos en la obra de Pinochet Le Brun la relación intrínseca que puede establecerse entre los intelectuales y los temas socio-políticos en la medida que “el intelectual orgánico es un pensador radical con pretensiones emancipadoras y expertos en la comprensión de las clases populares”.¹¹⁹ Otra característica que puede verificarse en esta obra es la que concierne al intelectual como dueño del saber, obligado a explicar la verdad e incluso a imponerla en las esferas políticas y sociales. Esto último como parte de la conciencia sobre las realidades de los desposeídos y la obligación ético moral de guiar a la sociedad por el camino de la verdad.

Las siguientes frases corroboran lo que planteamos en los puntos anteriores: “Los estudios que se leen a menudo de las clases pobres, casi siempre escritos para buscarse barata popularidad, están destinados a enaltecerlos, a sublimarlos, a reconocer su superioridad física y moral sobre las clases ricas. Pero, en tan delicado problema, a riesgo de ser malinterpretado, hay que dejar establecida la verdad. Declaro, si, que al hacerme divulgador de estas verdades, no me lleva otro propósito que el de trabajar por el adelanto económico de las mismas clases pobres”¹²⁰.

Más adelante el autor reitera las preocupaciones sobre el estado material y moral de las capas populares: “como las causas de esta inferioridad física, intelectual y moral que parece quedan demostradas con los estudios de Nicéforo no son otros que la pobreza misma, las habitaciones anti higiénicas, el exceso de trabajo manual, la alimentación incompleta, etc., es evidente que solo trabajando por el mejoramiento económico de las clases pobres se trabajara por su mejoramiento físico, intelectual y moral”.¹²¹

Para el caso concreto de combatir la penetración extranjera y el atraso material, intelectual y moral de los sectores populares, Tancredo Pinochet propone como medida la instalación de un capitalismo nacional basado en la industrialización del país. Por lo tanto, las medidas de corte proteccionista se condicen con el fomento de una economía más independiente de los capitales extranjeros.

2.2. ¿El campesinado o bestias de carga? El caso del sector rural.

Una de las realidades más adversas de la sociedad chilena durante la primera mitad del siglo XX es la del Inquilino en la Hacienda. Este inquilino trabajaba en la Hacienda del patrón por el cual recibía un salario y regalías. No obstante, como bien lo menciona el historiador Gabriel Salazar, la problemática del campo, no sólo se puede reducir al inquilinaje, puesto que igualmente coexistieron otras relaciones de producción, como “los labradores que no eran inquilinos, las empresas rurales que no eran haciendas, los aspectos empresariales de la hacienda que no consistían en sus relaciones con los

¹¹⁹ Hugo Mansilla, Op. Cit., p. 23.

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 47.

¹²¹ Tancredo Pinochet Le Brun, La Obra, Op. Cit., p. 164.

inquilinos y, sobre todo, el conjunto de la economía campesina”¹²². Igualmente no se puede negar que el inquilinaje fue una expresión palpable de la profunda desigualdad social que existía en el Chile del periodo.

Durante el gobierno de Ramón Barros Luco (1910- 1915) Pinochet escribe la novela histórica “Nieves Eternas”, obra en la que, recurriendo a sus habilidades de periodista, el autor se disfraza de campesino en el valle del Choapa para conocer las realidades locales de los sectores agrarios del norte. En su visita por tierras norteñas Pinochet nos da a conocer parte de sus experiencias como trabajador rural presentándonos algunas similitudes y contrastes entre la vida urbana y campesina,

“En el conventillo de la ciudad falta aire, falta ventilación que remueva las miasmas pesadas de los techos de adobe; en el conventillo del campo sobra aire, las rachas de viento se cuelan por entre las ramas y hacen tiritar las carnes cansadas, que duermen confundidas, como un nudo humano, en payasas de paja. En el conventillo de la ciudad, las camas están sobre catres, en el conventillo del campo sobre cajones o sobre el suelo desnudo; en el conventillo de la ciudad, las chinches; en el conventillo del campo, las chinches y las vinchucas. Sus piezas consisten generalmente de un cuarto que a menudo tiene como puerta un simple hueco en el quincha¹²³”.

Este cuadro social se ve complementado con algunos diálogos con campesinos, que mantiene Pinochet Le Brun, oriundos de las haciendas que va visitando, conversaciones encaminadas a rescatar aquellos relatos silenciosos que se forjan al fragor del trabajo latifundista; “Si alguien le hubiera ido a decir al joven hacendado del caballo alazán que esos inquilinos sufrían, que la vida que llevaban era de tristezas y oprobios, que si algunos emigraban no era porque fueran miserables vagabundos sino porque ansiaban una situación mejor, él se habría sorprendido, habría mirado enseguida las rocas vecinas esperando tal vez que le dijeran que esas grandes piedras también sufrían allí a todo sol, siempre inmóviles, y que también soñaban con emigrar del valle”¹²⁴.

Más adelante Tancredo Pinochet reproduce una conversación sostenida con un hacendado de un fundo en el valle Choapa, en la cual se logra rescatar ese espíritu de preocupación por el atraso cultural de las masas trabajadoras de la zona rural, cuestión que colocaba en duda las supuestas posibilidades materiales de una cobertura educacional que se extendiera a la zona norte con fines de integración al avance y progreso cultural e intelectual de la Nación. El siguiente diálogo contiene a primera vista estas ideas:

Tancredo: en cuanto a la educación, ¿Qué se hace?, casi no hay una escuela en el Valle.

Nicanor: y cuando se establece una, nadie va a ella. Los inquilinos no tienen gusto por aprender, no los hemos de lacear como caballos –contestó el hacendado algo ausente su espíritu en su discusión-.

¹²² Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, Lom ediciones, Santiago, 2000, p. 33.

¹²³ Tancredo Pinochet Le Brun, “Nieves Eternas”, Imprenta la Ilustración, Santiago, 1911, p. 15.

¹²⁴ *Ibíd.*, p. 17

Tancredo: eso no es exacto. Es una acusación injusta hecha mui a menudo al inquilino. En un rancho en que estuve, una pobre viuda paga sesenta centavos al mes a una mujer que vive a una legua de su casa para que le enseñe a leer a su chiquilla, la que va descalza, corriendo gustosa por las piedras afiladas. Pero suponiendo que no tuvieran gusto por el estudio, lo que sería muy natural, dada la vida de animales que lleva al pie de sus montañas, habría que obligarlos porque les conviene a ellos, los inquilinos, y a Uds. los hacendados. Me ha costado encontrar en los ranchos algún inquilino que sepa leer (...)"¹²⁵.

En cuanto a la marginación política de los inquilinos, el hacendado Nicanor, desde una perspectiva poco común para un latifundista, nos hace saber su opinión con respecto a la postergación política de la cual es víctima la masa campesina; "si estos inquilinos vivieran en el centro del Asia o del África, yo no me extrañaría, continuo Nicanor, pero siendo, como son, miembros de una república que se precia de ser democrática, es inconcebible la indolencia de los hombres que nos dirigen para permitir este estado de cosas que es una afrenta, que es una ignominia, que es un grosero desmentido de nuestro progreso"¹²⁶.

Otro foco de crítica a la cual hace alusión en este diálogo el protagonista de la novela, Nicanor, está estrechamente vinculado a los mecanismos oligárquicos de clientelismo político con una fuerte base rural. En este periodo, las luchas partidistas que separaban a los grupos aunados en la oligarquía, impulsaban a la mayoría de los terratenientes a fortalecer su dominio sobre las masas campesinas a través de políticas clientelísticas encauzadas, en su totalidad, a constituir una masa votante considerable para enfrentarse con mayores posibilidades a las coyunturas electorales que se aproximaban. En un apartado de la novela Nicanor sostiene lo siguiente, "¿para qué hablamos de la cultura cívica de los inquilinos del valle? No creo que sea superior en ningún campo de Chile. Usted sabe cómo se hacen las elecciones acá; se encierran en una oficina los señores de la tierra; se ponen de acuerdo en cuanto a sus intereses individuales, i salen con el escrutinio hecho en que votan todos, sin haber llamado a nadie"¹²⁷.

De igual manera se puede evidenciar una denuncia a la paupérrima vida del campesinado en el sector rural del país, pero esta vez, en el ensayo "Inquilinos en la hacienda de su excelencia" (1916), en donde el ensayista se camufla como un peón en la hacienda del recién electo Presidente de la república, Don José Luís Sanfuentes, como es constatado en las primeras páginas del ensayo,

"Y bien, Excelencia, ya sé cuál es ese hombre. La hacienda escogida es Camarico, vuestra hacienda, atravesada por la línea férrea central, con la estación de ferrocarril allí mismo, casi al lado de Talca. El hombre escogido, el propietario de esa hacienda, sois Vos,

¹²⁵ *Ibíd.*, p. 73.

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 75.

¹²⁷ *Ibíd.*

Excelentísimo Señor, el Presidente de La República, el ciudadano eminente que maneja los destinos de la nación.”¹²⁸

A través de sus capacidades de periodista indaga la vida cotidiana del inquilino en Chile, juzgando pesimistamente su situación, pues según su propia investigación, el inquilino chileno es tratado como un individuo productivo, no como un sujeto inserto plenamente en la ciudadanía. “Yo habría juzgado con pesimismo, habría mirado con ojos empañados, que me hicieron llegar a la conclusión desalentadora de que el inquilino chileno es una bestia de carga, un animal, no un ciudadano consciente de una República Democrática.”¹²⁹ .

De este modo, no sólo denuncia la sobreexplotación del inquilino, sino también su analfabetismo político, que sería característica identificable en gran parte de la población chilena. Las responsabilidades el autor las direcciona hacia la clase dirigente, esencialmente, la oligarquía y sus ideales inconexos con la realidad nacional,

“Yo he dicho, Excelencia, cuando se asegura que el ochenta por ciento de Chile es liberal y que sólo veinte por ciento es conservador , que ésta es una impostura; que la verdad es que el noventa por ciento de la población de Chile no es nada, ni demócrata, ni liberal, ni conservadora, ni radical. He dicho que el noventa por ciento de la población de Chile no es nada, Excelencia, o es una recua de animales, a quienes se les tiene deliberadamente en este estado de salvajismo por el torcido criterio de una oligarquía de ideas sociales rancias, que no es capaz de comprender su propia conveniencia.”¹³⁰

Entonces la ciudadanía estaría en manos de un grupo selecto del país, puesto que la gran mayoría de la población se debería declarar como analfabeto político, y que preocupación de la oligarquía estaría focalizada en una mayor producción de la fuerza de trabajo en la Hacienda.

Pinochet Le Brun camuflado con los harapos propios de un inquilino, comienza a denunciar el transporte del campesinado para llegar a las Haciendas, “Chile ha mandado hacer estos carros de tercera, que no se hacen para ningún otro país del mundo; ha tenido que explicar que no son para hombres, ni para caballos sino para una especie animal especial, el sub hombre. Este sub hombre no existe allá donde construyen carros y locomotoras; Chile no mandó ejemplares, y por eso tenemos carros hechos así, de memoria, para algo que allá no entenderán bien qué es. Para transportar salvajes, han de creer.”¹³¹

Aunque impresionado por este primer contacto con la realidad del inquilino, Pinochet en su transportación a la Hacienda, que hace recordar la forma en cómo se transporta a un animal, no sería lo que más asombraría de las condiciones de vida del inquilinato.

¹²⁸ Tancredo Pinochet Le Brun, Inquilinos en la Hacienda de su excelencia, p. 85 Extraído de: Memoriachilena.cl

¹²⁹ *Ibíd.*, p. 83.

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 83-84.

¹³¹ *Ibíd.*, p.92

En un diálogo con un propio inquilino puede percibir la vida denigrante que tenían estos, en donde éste le deja en claro que no se podía alcanzar, en la Hacienda del Presidente de la República, óptimamente algunas necesidades vitales tales como el comer y el dormir,

“Deben de ser muy interesantes, Excelencia, las entrevistas que tenéis con vuestros Ministros, con eminencias como don Cornelio Saavedra. Convenido. Pero no carece de interés una conversación en el corazón de vuestra hacienda, mantenida por inquilinos humildes que trabajan para Vos. Yo me junté a uno de ellos. Todos sabían hablar, Excelencia, y daba lo mismo juntarse a cualquiera.

- ¿Habrá trabajo aquí?

- No, están despidiendo afuerinos.

- ¿Cuánto ganan?

- Nos pagaban unos treinta.

- ¿Qué dan de comer?

- Una galleta en la mañana, un plato de poroto a medio día, y otra galleta en la tarde.

- ¿Dónde duermen?

- Allá

- Y mostró el montón de paja al lado de la trilladora

- ¿Cuántos duermen allí?

- Como veinte

- Así, ¿a pleno campo?

- Claro.”¹³²

De esta manera, podemos constatar que la crítica social expuesta por Tancredo Pinochet Le Brun deja entrever el atraso existente en el sector rural, sujetos que son “ciudadanos” a la luz de la ley pero que en la práctica no saben que el dueño en la Hacienda que trabajan es el mismo Presidente de la República.

Así también, Pinochet Le Brun denunciaba las condiciones sociales que eran propia del sector rural del país, y que coincidirían con las del sector popular en la ciudad, especialmente el sector obrero, y que se diferenciarían sideralmente con las de la clase dirigente, razón por la cual debería ser reemplazada por otro sector de la sociedad en la dirección del país.

¹³² *Ibíd.*, p. 98

3. “Oligarquía y Democracia”. Una crítica estructural.

En 1917 Pinochet esbozó una de sus obras ensayísticas más relevantes; “Oligarquía y Democracia”, que ejemplifica en mayor grado la crítica bosquejada por el ensayista hacia la conducción de la sociedad política que estaba llevando a cabo la Oligarquía. En palabras Luis Vitale, es un ensayo caracterizado por ser un “análisis crítico de la sociedad chilena, centrando las responsabilidades de la clase dominante chilena en el atraso material y cultural; que posterga los intereses del pueblo para favorecer “las mezquindades de su círculo”.¹³³

En “Oligarquía y Democracia”, Tancredo Pinochet vuelve nuevamente a la problemática que concierne a la cuestión social, la pobreza y marginación de los sectores populares del desarrollo económico-social de la nación. No obstante, en consonancia con los postulados contenidos en su obra de 1909 - encaminados a defender la instalación de un capitalismo nacional-, en “Oligarquía y Democracia”, Pinochet Le Brun propone una desestructuración total del proyecto modernizador de la Oligarquía. Esto último se llevaría a cabo a través de la construcción de un proyecto alternativo, ahora tendiente a reemplazar la estructura Oligárquica en los ámbitos políticos, económicos y socio-culturales.

Pinochet Le Brun era consciente que desde 1909 hasta 1917 la cobertura de los servicios sociales para los grupos populares seguía siendo casi nulo. Así pues, en mencionado ensayo, se explicita la necesidad de integrar a aquéllos sectores marginados en un nuevo modelo societario que permitiera la entrega de mayores condiciones económicas, educacionales y cívicas, a los más desposeídos de la sociedad chilena.

Había una actitud de reivindicación por el grupo social poco considerado, postergado de la esfera del poder político y económico: “con aparente razón condenamos a menudo a nuestra raza como una raza inferior, incapaz de cerca el avance de la civilización (...) Hay que dejar bien sentada esta premisa, bien comprobada esta verdad, porque necesitamos de ella para las conclusiones a que debemos llegar: la raza chilena, el pueblo de Chile, en su conjunto, son una raza y un pueblo capaces¹³⁴”. Dicha actitud era necesaria a fin de revertir la postración e imponer los cambios urgentes que se necesitaban imponer en el país, pero era imprescindible hacer los balances, los estudios y exámenes para ver en que habíamos progresado, en que habíamos fallado, cuál era la situación actual. En palabras del autor, “debemos hacer un ligero balance de nuestra situación actual. Si nos encontramos con que no hemos avanzado en armonía con los medios de progreso de que disponemos, habrá que estudiar las causas y buscar los remedios.”¹³⁵

¹³³ Luis Vitale, Interpretación Marxista de la Historia de Chile Tomo V, Editorial Lom, Santiago de Chile, 2012, p. 106.

¹³⁴ Tancredo Pinochet Le Brun, Oligarquía y Democracia, Casa editora Tancredo Pinochet, Santiago, 1917., p. 43.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 53

Tanto en esta obra de 1917, como en el ensayo “Como construir una gran Civilización Chilena e Hispanoamericana” de 1941, Tancredo Pinochet Le Brun evidencia que el progreso económico y social en un país como Chile es factible, puesto que contaba con los recursos naturales susceptibles de ser explotados e integrados a la economía nacional, pero que estos no eran utilizados de la mejor manera por parte de una oligarquía preocupada por su enriquecimiento y propensión a entregar las riquezas al capitalismo extranjero.

Los efectos de esto en la realidad cotidiana de los sectores populares dice el autor, “la primera característica de Chile es la mugre; que parece ser esta, en realidad, el escudo nacional. No es necesario que describamos el estado inmundo en que se mantienen las ciudades chilenas, sus acequias pestilentes, sus conventillos oprobiosos, sus calles cenagosas” (...) Más adelante Pinochet declara, “tenemos una organización nacional de una eficiencia estupenda para aniquilar la raza y matar sus hombres. Todo Chile es un matadero infantil. El conventillo, la taberna, la ruca del inquilinato, el campamento de la salitrera, todos estos son bacterias más perfectas que la más moderna maquinaria bélica de los países en guerra, para concluir con la población chilena y cercenar la pujanza física de los pocos que quedan con vida”¹³⁶

Tancredo Pinochet tenía claro que el Estado, los partidos políticos y los grupos oligárquicos distaban mucho de dar soluciones a los sectores populares, aumentando en vez de ir aminorando la desigualdad social del país. En su afán de periodista revela la situación de vida de las capas populares,

“no es posible describir las escenas horripilantes que han desfilado ante mis ojos como una película macabra a medida que he avanzado por el país en mi jira de estudio... Como es natural, estas víctimas no las reclama la Oligarquía entre los de su propia clase, ya que no mueren las criaturas recién nacidas en los palacios abrigados del opulento, sino en los conventillos desamparados de la miseria. La oligarquía con su incuria, ha conseguido chilenzar la viruela, el dengue, la fiebre amarilla, la bubónica aun. La detención criminal del código sanitario es la carta de ciudadanía que les ha concedido a estos nuevos chilenos, compatriotas nuestros, a quienes les ha dado para que se hospeden, no los palacios de nuestros hermanos ricos, sino los conventillos de nuestros hermanos pobres”¹³⁷

En sus viajes de estudio - como oficio de periodista-, Pinochet tuvo la oportunidad de visitar y conocer de primera fuente los contrastes que emanaban de las diversas formas vida del país. No es extraño verlo en el Sur vistiendo de inquilino en la hacienda del ex presidente Sanfuentes, disfrazado de obrero en las construcciones de la capital o ejerciendo de minero en las zonas salitreras; dice: “en la jira de estudio que he hecho por la Republica, que duró más de un año, he escudriñado todos los pliegues de la sociabilidad chilena. No he

¹³⁶ *Ibíd.*, p. 55-56.

¹³⁷ *Ibíd.*, p. 62.

rehusado el champagne de los opulentos, ni el mate de los humildes; he alojado en palacios y en conventillos”¹³⁸.

Nos explica más adelante con un aire de decepción el cuadro social que ha logrado consignar en sus visitas; “no solo he visitado los conventillos de nuestras ciudades y los campamentos de nuestras salitreras, donde viven nuestros obreros como trogloditas bajo tierra, sino también las rucas de nuestras haciendas... Con algunas diferencias, con algunas raras excepciones, y con cierta tendencia a la mejoría, a medida que se avanza hacia el Sur, la verdad es que la condición de vida del inquilino chileno es la de la bestia, no la del hombre. El inquilino, el medio millón de inquilinos chilenos, no están más incorporados a la vida nacional que el millón y medio de nuestras vacas”¹³⁹.

En efecto, el pobre desempeño del gobierno de Juan Luis Sanfuentes (1915-1920) en lo que concierne a la situación del movimiento obrero y la legislación social, hacía prever un futuro desalentador para las aspiraciones de reivindicación política y económica de las masas populares. Por lo cual nuestro autor constataba: “en lo que se refiere a la legislación social, a las leyes que regularizan el trabajo, relaciones entre el patrón y obrero, leyes de accidentes del trabajo, de seguro contra la enfermedad, la vejez, el paro forzoso, de trabajo de la niñez, no se ha hecho nada; lo que se ha hecho ha sido premeditadamente estudiado contra los intereses del obrero, contra los intereses de la sociedad”¹⁴⁰.

Por otro lado, en esta obra ensayística nuestro autor también deja un espacio para criticar el modelo educativo nacional y la falta de perspectivas del Estado al no brindar cobertura y apoyo financiero a uno de los ejes fundamentales de una sociedad democrática como es la expansión instrucción pública hacia las capas marginales de la sociedad.

Al respecto Tancredo centraba sus dardos en las políticas Oligárquicas para explicar el atraso cultural del país; “si pasamos a ver lo que ha hecho nuestra oligarquía en el terreno educacional, en la preparación del hombre para la vida, tendremos también que constatar un fracaso lamentable, por no decir una indolencia criminal... El número de los que realmente leen en Chile no es ni el 10% de la población. Nuestra escuela no enseña a trabajar, no forma hábitos superiores, no forma ciudadanos, nuestra escuela no tiene capacidad transformadora. Debe considerarse que en este caso, problema de la cultura, como en el caso anterior, problemas de la vida, la ignorancia se ha dejado subsistir entre las clases pobres, y la cultura se ha repartido entre las clases ricas”¹⁴¹.

De lo expuesto en líneas anteriores podemos deducir momentáneamente que el fracaso del proyecto modernizador de la Oligarquía era una realidad tangible, una verdad corroborada e incontrarrestable a partir de las imágenes de miseria de los sectores populares, apartados estos últimos trágicamente de los beneficios de la civilización económica, moral e intelectual

¹³⁸ *Ibíd.*, p. 80.

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 83-84.

¹⁴⁰ *Ibíd.*, p. 96.

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 67-68.

que encerraba para sí misma las clases dominantes. También el autor logra ratificar el inmovilismo y falta de proyecciones radicales de los partidos políticos de izquierda, quienes de manera anacrónica se enfrascaban en luchas partidistas que distaban de los cambios que la sociedad chilena requería.

En efecto, el avance económico derivado de los vínculos estrechos de nuestro mercado al capitalismo mundial no se condecía con la situación de las clases pobres, quienes estaban desprovistas de una base material que les significará mayores goces de vida; la política nacional se escabullía de su orientación y praxis transformadora para limitarse a las luchas partidarias y las diferencias ideológicas entre los distintos grupos aunados en la oligarquía, mientras que la unidad nacional se tornaban insalvables frente a las diferencias entre las elites, capas medias y sectores populares. Incluso se puede llegar a sostener la coexistencia de dos países en Chile, dos realidades sociales, materiales, económicas y culturales.

Coincidentemente el autor llega a plantear la fragmentación de la sociedad en la existencia de dos castas, “separación de castas en Chile bien definida y el gobierno se empeña por mantenerla y fomentarla. Estamos acostumbrados a no contar como chilenos a las clases pobres... Cuando se dice la raza chilena es valiente, se incluye al roto entre los elementos de nuestra raza porque instintivamente se piensa que él está para defender el país. Pero muy a menudo lo excluimos como ciudadano chileno cuando hacemos consideraciones generales”¹⁴².

La estratificación social del país llegaba a tal extremo que la sociedad chilena estaba ordenada piramidalmente, de manera fragmentada, con pocas posibilidades de ascenso para los sectores populares y nulas opciones de descenso para los grupos oligárquicos. En este sentido, la estabilidad de las castas- como suele referirse Pinochet Le Brun- es fomentada por la oligarquía por medio de la acción de los bancos, depreciando la moneda nacional y acaparando la riqueza. También a través de la opinión pública mediante una prensa que tiende a separar y enaltecer la sociedad por sobre el pueblo. Y por último, a través de un código penal que favorece a los grupos dominantes y que tiende a sancionar reiteradamente las faltas de los sectores populares.

En este último punto Pinochet Le Brun apuntaba que: “es natural, nuestra oligarquía ha legislado para favorecer la estabilidad de castas, y no podía, ni aun al dictar un código penal para la nación, poner al mismo nivel a la sociedad y al pueblo... Ha ordenado las cosas de manera que garantice en la mejor forma posible la estabilidad de castas, haciendo que converjan a este fin nuestra política económica, nuestra política educacional, nuestra legislación penal, en una palabra, todo el mecanismo de nuestra organización nacional”¹⁴³.

Como era de esperarse, nuestro autor, con una clara actitud anti oligárquica, sitúa las responsabilidades del atraso del país en el fracaso total de la oligarquía como clase

¹⁴² *Ibíd.*, p. 77.

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 120.

dirigente y la crisis de su proyecto. El Régimen Oligárquico –nos dice-, en lo político se ha concentrado en favorecer las prerrogativas elitistas y la presencia de los grupos dominantes en los puestos del Estado, situación que es correlativa con la naturaleza misma de la oligarquía, entendida como categoría política que invoca una forma específica de dominación y que, al ser un ejercicio coercitivo de dominación, impulsa la instauración de un tipo específico de Régimen o Estado.

Para el Historiador Waldo Ansaldi, el término mismo de Oligarquía más que responder a una clase social específica, designa una situación particular de ejercicio de dominación, “caracterizada por su concentración y la angosta base social, es decir, por la exclusión de la mayoría de la sociedad de los mecanismo de decisión política; es fundamentalmente coercitiva y cuando existe consenso de las clases subalternas, este es pasivo”¹⁴⁴.

En “Oligarquía y Democracia”, Tancredo postula un concepto particular para definir este término; “y cuando en vez de gobernar un solo hombre gobierna un grupo de hombres, que entregan las riendas del país a sus descendientes directos, entonces este gobierno se llama Oligarquía(...) Desde el principio de nuestra vida nacional, ha sido manejado nuestro país por un grupo de hombres muy reducido(...) Hemos mostrado que esta oligarquía gobierna a un pueblo inteligente, en un medio geográfico rico, y que mantiene, sin embargo, al país en un atraso vergonzoso”¹⁴⁵.

3.1 Una Democracia Meritocrática como alternativa al régimen oligárquico.

La solución más acorde a las condiciones y realidades del país hace apostar a Tancredo Pinochet por un programa político global destinado a reemplazar el dominio del régimen oligárquico por un nuevo proyecto societario basado en la estructura de un orden democrático. Sin embargo, el concepto de Democracia que entiende este intelectual, propende a ser polisémico y sobrepasar las acepciones más vinculadas a los límites de las esferas políticas, entendiéndolo en este caso como un modelo de organización política, económica y social.

Siguiendo esta línea, Luis Corvalán sostiene que la crítica que subyace a las reflexiones de Tancredo Pinochet tiene como fin el cambio de la estructura oligárquica por una estructura democrática, entendiendo que el Régimen Oligárquico “constituye un sistema integral de sociedad que frena el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, condicionando el atraso general de la sociedad chilena y su situación de debilidad en el contexto mundial”¹⁴⁶.

¹⁴⁴ Waldo Ansaldi. ¿clase social o categoría política? Una propuesta para conceptualizar el termino Oligarquía en América Latina. Artículo publicado en la Revista Socialismo y Participación, N° 56, Lima, 1991, p. 159.

¹⁴⁵ Tancredo Pinochet, Oligarquía y Democracia, Op. Cit., p. 110.

¹⁴⁶ Luis Corvalán Márquez, Nacionalismo y Autoritarismo. Los Orígenes: 1903-1930, Op. Cit., p. 209

En la perspectiva de Tancredo Pinochet la Democracia, “en cambio (a diferencia de la Oligarquía), es el gobierno del pueblo, hecho por el mismo pueblo. En ambos gobiernan unos pocos, solo que en el primero, estos pocos no son elegidos por el pueblo, aun cuando se haga un simulacro de elecciones, como ocurre en Chile; y el segundo caso, los elegidos para gobernar son los que la voluntad soberana del pueblo consciente quieren que gobiernen”¹⁴⁷.

En este modelo democrático, de carácter acentuadamente Meritocrático, nuestro autor deja establecido que la democracia y la riqueza no son antagónicas, puesto que la democracia se ocupa de dar las mayores oportunidades y condiciones a los hombres para su mejoramiento material, moral e intelectual a fin de aportar al progreso de la nación, o en otras palabras, “la democracia no ataca al rico para enaltecer al pobre; pero si, pretende lograr que todo hombre pobre que sea honesto, inteligente y laborioso, tenga el máximo de facilidades y oportunidades para que deje de ser pobre; y trabaja también para lograr que el hombre rico que no es honrado, ni es inteligente ni laborioso, no esté protegido contra la ley natural que lo empuja, hacia abajo, que lo obliga a ceder su lugar artificialmente conservado por leyes injustas o al amparo de prejuicios antisociales”¹⁴⁸.

Para el ámbito económico, Pinochet Le Brun se distancia de los mecanismos oligárquicos acaparadores de riquezas, para favorecer un modelo de organización económica que garantice un mayor resguardo y protección del trabajo en vistas a promover el ascenso social de los sectores populares. La riqueza en poder de los grupos oligárquicos es dañina para la sociedad, “porque esa riqueza, protegida por leyes injustas, perpetúa la pobreza de las clases bajas de la sociedad, a las que les impone la miseria y la inmoralidad obligatorias”¹⁴⁹.

Entonces, la destrucción de la línea que dividía la sociedad chilena en castas opuestas requería, a juicio del crítico del centenario, un nuevo orden en el plano de la economía y la distribución de la riqueza. En este apartado Pinochet deja entrever su ideal de organización económica, una nueva economía orientada a la conveniencia colectiva mediante la resolución de los conflictos entre el capital y el trabajo: “En una palabra, (la oligarquía) mantiene una situación de privilegio para la riqueza; perpetúa la miseria y hace obligatoria la inmoralidad... En cambio, en una Democracia, la riqueza al alcance de cada uno, de acuerdo con su capacidad, es una garantía de felicidad social. Una Democracia facilita la adquisición de riquezas, a cada uno en el grado máximo de su máxima capacidad”¹⁵⁰.

Este tipo de “economía democrática” según Tancredo Pinochet sería el modelo ideal para responder a los intereses sociales en su conjunto “ya que la Democracia no es una cuestión de caridad, no es una cuestión de justicia; es una mera cuestión de conveniencia social, de egoísmo colectivo”¹⁵¹. Esta es la razón por la cual la Democracia sería el mejor modelo de

¹⁴⁷ Tancredo Pinochet, *Oligarquía y Democracia*, Op. Cit., p. 131.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, p. 132.

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 139.

¹⁵⁰ *Ibíd.*

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 141.

organización y distribución equitativa de la economía pues tiende naturalmente a impedir la formación de riquezas fabulosas por medios expoliadores para la comunidad.

De manera similar, la estructura democrática que busca implantar Pinochet Le Brun, tiene como fin el impedir la formación de una verdadera sociedad estamental separada en la existencia de castas. En la perspectiva del autor, la democracia es el modelo que permite la organización social equitativa, con posibilidades de ascenso social en función de las capacidades de cada uno.

Entonces Tancredo Pinochet Le Brun apuesta por el cambio del Régimen Oligárquico por un Régimen Democrático, que debiese ser operado ya no por entidades ligadas a los grupos oligárquicos, cuestión inherente a la sustitución del proyecto modernizador de la Oligarquía. Los nuevos ejecutores del cambio debían derivar del desenvolvimiento mismo del modelo de Democracia Meritocrática que se quería instalar, procedentes de las políticas estatales orientadas a dar las mayores oportunidades y facilidades (educación, legislación social, salud) de acuerdo a las capacidades de cada uno; “hombres nuevos, hombres que trabajan, que luchan, que se esfuerzan, que en el fragor de la batalla cotidiana están templando sus caracteres y su virtud, hombres que entre dificultades se abren su camino”¹⁵².

Así nuestro autor coloca todas las esperanzas de renovación política en los sectores sociales de la Mesocracia, el segmento social más apto para desenvolverse como clase dirigente y ejecutar los cambios de fondo que el país necesita, los únicos capaces de dar un mayor dinamismo a la implantación de la Democracia en los distintos ámbitos de la sociedad chilena. Para el caso de los sectores populares, Tancredo era consciente que el atraso intelectual y la falta de cultura cívica en las masas populares era un obstáculo que les impedía convertirse y desplegarse como ciudadanos activos de un orden democrático.

En la óptica de Pinochet, el vehículo de integración de estas capas sociales sería nada menos que la Educación Primaria Obligatoria, ya que “la Democracia es el gobierno del pueblo, es decir, el gobierno que el pueblo ha elegido para que dirija al país. ¿Cómo puede elegir representantes un pueblo no educado, un pueblo ignorante? Estos venderían su derecho a votar, y si no lo venderían sería su actuación política tan grave o peor para la comunidad”¹⁵³. La idea de todo esto dice Pinochet es “repartir ampliamente la cultura es poner en iguales oportunidades al alcance de cada ciudadano. No repartir ampliamente la cultura es repartir privilegios entre los adinerados para quienes se abren de par en par las puertas de la educación”¹⁵⁴.

La escuela sería el pilar primordial del modelo democrático, cuya labor no se limita solo a educar sino a integrar al ciudadano en los debates sociales y discusiones políticas del país; “en una palabra (la escuela) ya no se concreta a educar a los niños, sino que su labro se ensancha y va a convertirse en el centro de todo avance social y en el medio de ofrecer

¹⁵² *Ibíd.*, p. 157.

¹⁵³ *Ibíd.*, p. 170.

¹⁵⁴ *Ibíd.*

sanos recreos y diversiones a la comunidad. En síntesis, la escuela chilena debiera ser la formadora de la democracia chilena”¹⁵⁵.

En conclusión, es oportuno señalar que hacia 1917 Tancredo Pinochet postuló en su ensayo “Oligarquía y Democracia” un proyecto societario de transformación de la realidad nacional consistente en remplazar el régimen oligárquico por la instalación de un orden democrático que traspasara todos los ámbitos de la sociedad chilena. En este proyecto, la crítica social que mantiene el autor jugara un rol primordial a la hora de ir dilucidando los contrastes sociales y la situación de desgobierno que se verifica de parte de la Oligarquía.

En última instancia, el análisis profundo del atraso de los sectores populares y su marginación del progreso material, moral e intelectual de la nación le dará consistencia a una denuncia social que se convierte a su vez en uno de los argumentos cruciales que permiten al autor sostener la tesis de imposición estructural del modelo democrático en la sociedad chilena, cuestión que no sería viable sin la integración de las masas populares a las diversas esferas de la democracia meritocrática que se intenta establecer.

4. En El Debate Político.

4.1. “Pedro Aguirre Cerda un hombre pequeño para un gran país”

Tancredo Pinochet Le Brun estuvo en constante relación con el quehacer político de su época, evidenciándose en una transversalidad de las temáticas políticas en la obra ensayística producida por este intelectual. Es el caso de sus primeros ensayos ya analizados, como también aquéllos publicados en el extranjero, puesto que estuvo largos años radicado en EE. UU, donde “emigrará en 1917 para regresar sólo en 1938”¹⁵⁶. Es por esto que durante este periodo se ve estancada su producción intelectual en Chile, no así en el extranjero donde seguirá cuestionando el orden establecido, pero esta vez no tanto respecto a lo netamente nacional, sino más bien a lo relacionado con la situación continental, cuestión que veremos en su respectivo momento.

Sin perjuicio de lo anterior, Pinochet Le Brun dejó espacio en su vasta producción ensayística para dar a conocer sus puntos de vista sobre la política y su visión acerca del desenvolvimiento de los gobiernos y los partidos políticos de la época. Es más, en la coyuntura electoral de 1938 un grupo no menor de intelectuales, que se desconoce su identificación, solicitan su candidatura a la presidencia de la república, hecho que si bien

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 174.

¹⁵⁶ Luis Corvalán Márquez, *Op. Cit.*, p. 204.

no logró el apoyo necesario, deja un programa político que nos revela el modelo de país ideado por Tancredo Pinochet Le Brun.

Lo anterior expuesto se puede corroborar con el programa presidencial titulado “Si yo fuera presidente”, obra que escribió en 1931 a causa de la segunda presidencia de Arturo Alessandri, pero que es rescatado por el mismo Pinochet Le Brun para que permitiera la circulación de sus ideas en el país durante la campaña presidencial de 1938. En una carta enviada por el autor al comité central de su campaña señala, “fiel a mi doctrina de no eludir responsabilidades cuando se trata de servir a mi país, me sentiría muy honrado con la designación que ustedes desean procurar de mí. Difícil me parece, sin embargo, que puedan lograr su objetivo, pues, a pesar de mi avanzada edad, mi política sería grandemente renovadora...”¹⁵⁷

Más tarde, en septiembre de 1938 Pinochet Le Brun, una vez que ha renunciado a su candidatura, escribe el ensayo “Pedro Aguirre Cerda: un hombre pequeño para un país grande” con el objetivo de cuestionar las políticas del frente popular y enjuiciar la decisión de dicha organización para colocar a Pedro Aguirre Cerda como candidato representativo de la izquierda, acusaciones que traen consigo una serie de datos y hechos que sustentan los juicios antes destacados.

En este sentido, será a través de la articulación de estas dos obras donde podremos destacar las ideas políticas del autor y su relación con la política práctica, evidenciada en la coyuntura electoral de 1938. En “Si yo fuera presidente”, debemos recalcar que el autor profundiza las ideas políticas contenidos en el ensayo de 1917, “Oligarquía y Democracia” acerca de la preferencia de establecer una democracia Meritocrática como solución a los distintos problemas que arrastraba el país.

Además de dejar constancia de su visión acerca de las características del suelo, pueblo y la historia chilena, también expresa su proyecto educacional, el cómo debería organizarse el trabajo y las políticas militares. Si bien hay una continuidad lógica en su ideas acerca de la democracia meritocrática en todo orden, en el presente ensayo esta idea alcanza mayor profundización y expresión, aunque en ambos textos esa actitud de cambio estructural se mantiene incólume, “el contrato social por el cual ha de gobernarse la colectividad tiene que sufrir reformas sustanciales; pero siempre se respetará y se recompensará debidamente el triunfo de los individuos más capaces”¹⁵⁸.

Tancredo Pinochet no niega que el modelo democrático moderno -según el cual “el poder soberano descansa en el pueblo, el cual, al no poder gobernar el país en masa delega dicha facultad en representantes para ejerzan tal derecho”-, sea una posibilidad real para Chile y los demás países latinoamericanos. Inclusive el autor en varios pasajes del programa rescata este concepto de democracia como el modelo ideal para organizar el país. En su opinión, y coincidiendo con la definición moderna, “democracia quiere decir que el pueblo,

¹⁵⁷ Tancredo Pinochet Le Brun, Si yo fuera presidente, Programa presidencial editado por el comité central de la pro –candidatura presidencia de Tancredo Pinochet, Santiago,1938, p. 4

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p 41.

de acuerdo con su libre voluntad, debe elegir a sus gobernantes. En su fase avanzada proclama la libertad del pueblo para elegir no solo a los poderes ejecutivos y legislativos sino también al judicial. No solo el pueblo puede elegir a sus gobernantes sino destituirlos también antes de que terminen el periodo de su mandato, si su actuación no es del agrado de los electores... En suma: el pueblo es el poder soberano en una democracia perfecta. Democracia no hay ninguna en nuestra América. Ni nada que se le parezca. Es esta solo un ideal tras del cual luchamos.¹⁵⁹ Más adelante postula ideas similares al decir que, “en teoría, la forma ideal es el gobierno democrático, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.”¹⁶⁰.

Las limitaciones para el funcionamiento real de un gobierno democrático en el caso chileno y latinoamericano, de acuerdo a Tancredo Pinochet, estriban más que nada en la naturaleza de la ciudadanía latinoamericana. El autor mencionado era consciente que un gobierno democrático legítimo era aquel que, elegido por la mayoría de la población, representaba los intereses reales de una ciudadanía nacional activa. No obstante, a partir de los contrastes entre una minoría ciudadana selecta y una mayoría ciudadana atrasada política y culturalmente, Pinochet sostenía que el país no contaba con una ciudadanía masiva y consciente de sus derechos y deberes para sostener la democracia como orden político.

Teniendo en consideración los lineamientos propuestos por Pinochet Le Brun, la falta de cultura, formación política y educación cívica de la mayoría de la población conducía por un lado, a la ignorancia de los sectores populares en cuanto a los debates públicos y los procesos políticos del país, y por otro, a la acción clientelista de los sectores dominantes siempre en dirección a cooptar la mayoría de votos. De esto último se entiende la peligrosa existencia de vicios políticos como el cohecho, compra de votos y fraude, cuestión que permitía –a juicio de Tancredo Pinochet- la elección constante de representantes de la elite y los grupos económicos en desmedro de las mayorías y los intereses nacionales. Lo anterior significa implícitamente dice Pinochet, “que yo negaría el derecho de voto a la masa inadecuada de la población. Esto se prestaría a objeciones que muchos me harían. Pero es que al restringir el derecho de voto, reservándolo solo para los que tienen amplia cultura, ¿se suprimiría la democracia?... Si digo que para votar se necesita cultura, no le doy un golpe alguno a la democracia; al contrario, le doy auge a los principios democráticos, pues todos los hombres pueden adquirir cultura, y la necesitan para votar inteligentemente”¹⁶¹. Esta formación intelectual y cultural en las masas populares para convertirlos en ciudadanos responsables era una necesidad imperante a la hora de apoyar gobiernos con fines de cambio estructural. Desde otro ángulo y en forma resumida, el problema se presentaba para el autor de la siguiente manera, “en nuestros países de América tenemos un índice de analfabetismo que va del 50 al 70%. Este analfabetismo perdura precisamente porque esos analfabetos eligen a sus representantes, quienes les compran sus votos. Estos

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p. 52-53.

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 54.

¹⁶¹ *Ibíd.*, p. 18-19.

representantes no tienen ningún interés porque desaparezca este electorado inculto al que es tan fácil engañar o comprar el voto”¹⁶².

En función de los problemas antes reseñados, Tancredo Pinochet reafirma la necesidad de implantar como modelo de organización política, económica y social la democracia Meritocrática. Para el ámbito político, que es el que nos ocupa, la solución práctica de estos problemas estaba en poder del Estado, el cual debía preocuparse de brindar todas las condiciones necesarias para que la democracia meritocrática se implantara en forma correcta mediante la formación política, intelectual y cultural de las grandes masas populares en aras a su conversión en ciudadanos virtuosos, morales y conscientes de una república democrática. En un apartado titulado “las tres lámparas de la democracia”, nuestro autor se ocupa de estas temáticas y propone, como vehículo para la vida y funcionamiento de la democracia en el país la instalación de tres elementos, “tres lámparas para iluminar el espíritu del ciudadano”: la escuela pública gratuita y obligatoria, la biblioteca pública y la expansión de una prensa libre; “tres lámparas tienen que estar permanentemente encendidas para que exista la vida democrática de un país”¹⁶³.

En cuanto a la Educación, Pinochet Le Brun opinaba que “no es de rigor que todos los niños vayan a la escuela pública gratuita. Puede el que quiera ir a una escuela privada o tener un tutor particular. Pero educación tiene que recibir todo niño en una democracia, quiera o no quiera, como tiene que vacunarse contra las epidemias que amenacen a la comunidad... esta tiene que desarrollar la mentalidad del niño, para que su espíritu se empape en el ansia necesaria que lo impulso a su cultivo progresivo”¹⁶⁴. Para el caso de la biblioteca, el Estado debía procurarse por todos los medios posibles el ubicar, en cada ciudad, bibliotecas tendientes a difundir las distintas ideologías y corrientes de pensamiento con el fin de formar culturalmente al ciudadano que el modelo democrático requería en la sociedad civil; “esta debe existir en cada ciudad, en cada pueblo, en cada aldea, debe ser el conservatorio, de todo lo que el hombre ha pensado en todos los siglos y todos los países... Esta es revolucionaria y Liberal... Allí deben estar la biblia y Kropotkine, San Agustín y Darwin, Lutero y Confucio. Allí está el libre juego de todas las ideas de todas las doctrinas, de todas las filosofías”¹⁶⁵. La tercera de las lámparas de una democracia, a juicio de Tancredo Pinochet, era el desenvolvimiento de una prensa libre, crítica, democrática, que permite el libre flujo de ideas y posturas así como el conocimiento de las diversas situaciones y problemas que afectan a la sociedad chilena y que permiten tener un ciudadano informado de los hechos de su comunidad. En otras palabras, “esta debe ser una prensa libre, no libre para insultar, difamar, sino para publicar todas las noticias que interesan al país, para informar al ciudadano de cómo actúan los que gobiernan, es una necesidad en una

¹⁶² *Ibíd.*, p. 27.

¹⁶³ *Ibíd.*, p. 58.

¹⁶⁴ *Ibíd.*

¹⁶⁵ *Ibíd.*, 59.

democracia. La prensa libre para dilucidar los problemas de interés público es una antorcha que si se apaga, deja a oscuras la democracia”¹⁶⁶.

Una cuarta lámpara que si bien Tancredo Pinochet no incluye como tal al postular la importancia de la escuela, la biblioteca y la prensa, se puede añadir la igualdad de oportunidades. Coherente con su modelo de democracia meritocrática, el Estado, como responsable de establecer las condiciones necesarias para el libre desenvolvimiento de los ciudadanos, debe procurar ofrecer todas las facilidades y oportunidades, en igual medida, para que los hombres puedan llegar a lo más alto de la escala social y política de acuerdo a su capacidad y esfuerzo, y puedan, por consiguiente, convertirse en ciudadanos aptos para el desenvolvimiento de la vida democrática. En este sentido, Tancredo Pinochet nos dice al respecto que “la fórmula de una genuina democracia, debe ser esta: a todos igualdad de oportunidades para que cada uno se pueda colocar, social y económicamente, en el lugar que le corresponda su capacidad y esfuerzo”¹⁶⁷.

En resumen, Tancredo Pinochet en su ensayo “Si yo Fuera Presidente”, que se utilizará como programa de pre-candidato a la presidencia, postula la organización política del país a partir del funcionamiento de una democracia meritocrática, cuyo pilar primordial es la existencia de una ciudadanía política y culturalmente preparada para desenvolverse en la sociedad civil. Debido al atraso cultural y moral de la mayoría del país, nuestro autor coloca como actor principal en esta situación al Estado, quien debe entregar las mayores facilidades y oportunidades con vistas a que cada cual pueda ascender cultural, social y políticamente como ciudadano responsable de sus derechos y deberes en la vida democrática.

Tales principios estaban en crisis cuando la convención del Frente Popular, había determinado elegir, como representante de todas las izquierdas, a un candidato del ala derecha del Partido Radical, el latifundista Pedro Aguirre Cerda.

En el ensayo de 1938 titulado “Pedro Aguirre Cerda, Un hombre pequeño para un país grande”, Tancredo Pinochet expresa una acérrima crítica contra la candidatura de Aguirre Cerda, considerada, desde su punto de vista, como inadecuada para lograr las reivindicaciones de la izquierda y del pueblo chileno en el ámbito político, económico y social. De ahí la producción de este libro, pues tiene la intención de dar cuenta de los cruciales hechos que impiden al candidato Aguirre Cerda llegar a la presidencia. En este punto Tancredo Pinochet señalaba que “esa elección -como se explica en el curso de este libro- era fraudulenta, que burlaba las aspiraciones de las izquierdas y las aspiraciones de todos los delegados a la convención”¹⁶⁸. El análisis del programa presidencial de Aguirre Cerda, luego de haber revisado todos los puntos en materia social, económica, educacional y política, el autor concluye de manera categórica que “la bandera de reivindicación social del candidato a la presidencia, señor Aguirre Cerda, es solo la expresión mínima de las

¹⁶⁶ *Ibíd.*, p. 59 -60.

¹⁶⁷ *Ibíd.*, p. 62.

¹⁶⁸ Tancredo Pinochet Le Brun, Pedro Aguirre Cerda: Un hombre pequeño para un país grande. Editorial Así es, Santiago, 1938, p. 4

necesidades animales... O significa algo muy político, muy candidato presidencial: un programa que es como un pasajero requiebro de seducción amorosa para las clases populares, pero que deje el camino abierto para el matrimonio con la oligarquía¹⁶⁹”.

Esta acusación de Pinochet Le Brun contra las pretensiones oligárquicas del programa en menoscabo de las clases populares la ve confirmada en el terreno práctico, precisamente a través de una vuelta al oficio del periodista social que busca las respuestas en el terreno de los hechos. Desde tal premisa, el autor — así como en los años anteriores, vuelve a visitar la hacienda, ahora del candidato a la presidencia de la república con el fin de consignar la situación de los sectores populares.

La importancia de esta visita, a juicio de Pinochet Le Brun, era reveladora del nivel de transformaciones que la izquierda del frente popular y su candidato estaban dispuestas a impulsar en función del progreso de los sectores populares urbanos y rurales. El fruto de su viaje a tierras rurales nos muestra un cuadro desolador para el peonaje: “económicamente no hay esperanzas para el hombre de la gleba. Su destino está fijado: su curva es de descenso, de inflexible descenso. Han sufrido esas bestias humanas, han tenido hambre; han dormido y comida tiradas en el suelo, sin esperanzas de que junten dinero en caja para que los nietos puedan comprar pañuelos de narices o peinetas”¹⁷⁰. En la visión de Pinochet, esta visita al fundo del presidente tenía por fin práctico confirmar el nivel de cambios propugnados por el candidato a la presidencia, o sea, ver “cómo viven los inquilinos de un candidato a la presidencia, escogido por un partido de izquierda, un candidato que ha mostrado la situación de miseria del pueblo chileno en su discurso — programa y que ha increpado a los gobernantes por esta miseria, preguntándoles si acaso ellos no tienen esposas y no tienen hijos”¹⁷¹.

En segundo término, Pinochet Le Brun cuestiona de la candidatura de Aguirre Cerda, su falta de proyecciones políticas, su nulo carisma y apoyo popular, — así también enjuicia el giro derechista que ha tomado el frente popular al colocarlo a la cabeza de su agrupación. En este sentido, hacen eco las palabras de Pinochet Le Brun para definir en pocas líneas la naturaleza contradictoria del candidato del Frente Popular: “si Aguirre Cerda supiera, en forma que no admitiera dudas, que podría gobernar con el apoyo de toda la masa proletaria, sus lenguajes y gestos serían otros, y su gobierno sería inmensamente renovador. No obstante, nacido y crecido él, como político, en la incubadora de un partido que no está formado por el pueblo mismo, cree que Chile lo puede gobernar la oligarquía, y de ahí su campaña gris y tibia”¹⁷².

Como bien resalta Tancredo Pinochet, no hay una política de cambio clara que fuese promovida por el frente popular, pues al habitar en su interior fuerzas reformistas con entidades conservadoras se expresa de manera sustancial que “la Convención de Izquierda

¹⁶⁹ *Ibíd.*, p. 15.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 22.

¹⁷¹ *Ibíd.*, p. 23.

¹⁷² *Ibíd.*, p. 43.

si probó algo, fue la desunión de los partidos de izquierda¹⁷³. Dicha cuestión deja claro el giro derechista de los partidos políticos más extremistas del sistema, lo que predice a futuro, a juicio de Pinochet Le Brun, la lentitud de los cambios y las reformas que requiere el país así como la esperanzada transformación de las entidades y partidos de izquierda; “ya que ni la Democracia Unificada, ni el Partido Comunista votaron una sola vez por el candidato del partido socialista (Groove) (sic). Y prefirieron plegar sus fuerzas al candidato del grupo oligarca del Partido Radical... Tendrá que llegar el día en que los partidos genuinamente de izquierda –entre los cuales puede contarse una parte del partido radical- habrán de comprender que, unidos, no necesitarán hacer un sacrificio tan grande como el que hicieron el domingo pasado”¹⁷⁴

Un tercer punto en la argumentación de Pinochet Le Brun sobre la peligrosidad de Aguirre Cerda para los destinos del país, se encuentran en las acusaciones vertidas sobre este candidato en una serie de escándalos que dejan entrever su vínculo estrecho con la derecha, los grupos oligárquicos y el imperialismo. Una de las denuncias dice relación con el complot junto a Ross en el llamado “robo de las divisas”. En la opinión de Tancredo Pinochet, “ambos han sido ensuciados con lo que el diario de Aguirre Cerda, La Hora, llamó el escándalo de las divisas, que defraudó al fisco chileno en la suma de sesenta y ocho millones y medio de pesos”¹⁷⁵. En el escándalo Aguirre Cerda estaría comprometido también. Esta denuncia, dice Pinochet Le Brun, nos permite entender una cosa: la existencia aún de intereses políticos oligárquicos que si bien se separan por cosas ideológicas y partidistas, la mayoría de las ocasiones obran en beneficio de su interés común. Señala al respecto “que lo natural es que los dos protagonistas, que son adversarios en el proscenio, y amigos tras los bastidores, se laven mutuamente la cara, y así, pueden aparecer limpiecitos cuando, tras esta escena bufonesca, aparezcan de nuevo en el proscenio, con sus discursos en que prometen la felicidad a la patria”¹⁷⁶. Para el caso de la demanda por el tema de las divisas, Pinochet Le Brun vuelve sobre la idea, destacando el hecho que Aguirre Cerda al ser beneficiado con dinero en este fraude junto a Ross “muestra su magnanimidad, que reparte favores no sólo entre sus partidarios, sino también entre sus adversarios políticos”¹⁷⁷.

Otra situación que rescata Pinochet Le Brun en este juicio moral es la estrechez de intereses entre Aguirre cerda y grupos oligárquicos para destruir el frente popular. Siguiendo esta línea, el autor recupera una carta enviada por Juan Antonio Ríos a Octavio Señoret en 1937 en la que hace alusión expresa de Aguirre Cerda en un supuesto pacto secreto; “¿no recuerdas que cuando tú, Álamos Barros y Pedro Aguirre Cerda – representante del partido ante el Comité Ejecutivo del Frente Popular- se encerraron a media noche con don Gustavo Ross, en casa de don Eulogio Sánchez Errázuriz –jefe de la milicia republicana, y contrajeron el compromiso secreto de romper el frente popular, fui yo

¹⁷³ *Ibíd.*, p. 38

¹⁷⁴ *Ibíd.*

¹⁷⁵ *Ibíd.*, p. 54.

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 55.

¹⁷⁷ *Ibíd.*, p. 56

el que más fuerte y violentamente los combatió por esta deslealtad sin nombre que Uds. cometían?”¹⁷⁸. Las críticas se ampliaban en contra del candidato cuando Tancredo Pinochet lo acusa reiteradamente en su libro de tener intereses compartidos no sólo con la oligarquía, sino con los consorcios imperialistas extranjeros. En el plano económico, Aguirre Cerda era responsable de entregar el salitre y el yodo a las grandes empresas monopolistas extranjeras inglesas, alemanas y estadounidenses. En este escenario, Pedro Aguirre Cerda no tendría las virtudes que todo Presidente de la República debería tener.

Junto a los tres lineamientos esgrimidos por Pinochet Le Brun para desenmascarar la candidatura de Aguirre Cerda se suma un cuarto problema, que tiene especial atención para el autor al constituir una de las luces fundamentales que permiten la existencia del ciudadano y el funcionamiento de la democracia, la libertad de prensa. En función de las ideas contenidas en su obra, Tancredo Pinochet se preocupa por los alcances que han producido las medidas para promover la campaña presidencial de Aguirre Cerda, cuyas acciones están dirigidas a proteger la figura del candidato frente a las acusaciones y denuncias que se han levantado en contra de su persona. En este sentido, lo que está en juego a juicio de Pinochet Le Brun es el funcionamiento de la prensa libre tras los intentos del comité central de monopolizar los medios de comunicación, y por consiguiente, uniformar la opinión pública a favor de Aguirre Cerda.

Las ideas anteriores toman forma en un hecho específico que se deriva del fallo de las altas autoridades del frente popular para boicotear una revista de circulación nacional llamada, Topaze. Este medio de propaganda estaba en la mira del comité central al desplegar una importante campaña de enjuiciamiento a la candidatura de Pedro Aguirre a partir de los hechos antes evocados. Tancredo Pinochet cita, desde los órganos de prensa del frente, la declaración de tales posturas; “El comité Nacional de la campaña presidencial del Frente Popular (...) acordó, por unanimidad, decretar en todo el país, el boicot a la revista Topaze, y enviar circulares del caso, recomendando a los militantes y simpatizantes frentistas se abstengan de comprar ese órgano de publicidad”¹⁷⁹. El tema en sí conlleva las preocupaciones del caso, en la perspectiva del autor, sobre todo teniendo en cuenta que los procesos de inclusión y democratización social y política estaban desarrollándose en forma gradual, y por lo mismo, un gobierno del frente popular con políticas restrictivas a la libertad de pensamiento constituiría un retroceso a la hora de integrar los sectores populares como parte de una ciudadanía consciente e informada.

Ante el proceder del comité central, la actitud de Pinochet es de extrañamiento ante los eventos en curso, cosa que nos obliga a reproducir la siguiente columna emitida desde su diario Asies;

“¿Mentira?, ¿calumnia?, ¿es imposible que los dirigentes de los partidos democráticos, antifascistas, hayan convertido su comité en un cuerpo de censura de la prensa y hayan hecho excomulgar a una revista que no piensa como ese comité... Es un proceder

¹⁷⁸ *Ibíd.*, p. 89.

¹⁷⁹ *Ibíd.*, p. 203.

fascista, y está ejecutado por delegados de los partidos democráticos y antifascistas de Chile. Pero es la verdad, publicada oficialmente en la Hora y Claridad, sin que a nadie se la haya caído la cara de vergüenza en el Frente Popular (...) La torpeza, la falta de criterio del comité que se convirtió en inquisición no tiene límites. ¿No es, por excelencia, política fascista el prohibir leer un órgano de publicidad? (...) ¿De qué se trata? De dictar una ley de seguridad interior del Partido Radical. De no tolerar un desacato al Sr. Pedro Aguirre Cerda. Si así principian los sostenedores de su campaña, ¿Cómo habrían de concluir si Pedro Aguirre Cerda llegara a ser elegido presidente?”¹⁸⁰.

Más adelante, nuestro autor, teniendo en consideración todos los elementos que se han sacado a revisión, sentencia su juicio con la siguiente frase: “la recia argumentación que se presenta en contra de él es incuestionable, irrefutable, no le queda otro recurso a la santa inquisición de las directivas que protegen a Aguirre, que pedir a los adeptos del gran embaucador que no lean los ataques, porque no hay defensa en contra de ellos”¹⁸¹.

En síntesis podríamos sostener, a partir de los dos textos de índole política, que en primer término Tancredo Pinochet perfiló una visión política enmarcada en los fundamentos de una democracia meritocrática que, adecuada a las realidades nacionales y las demandas de cambio estructural provenientes de los movimientos reivindicativos de los sectores populares, se erigía como la solución más a fin a la integración y democratización del aparato político estatal. El Estado y sus aparatos burocráticos debían propender en ese sentido, proporcionando todas las facilidades y oportunidades para que todos, sin excepción, tengan las herramientas para ascender social y económicamente de acuerdo a su capacidad y esfuerzo. Coherente con esos lineamientos la difusión de un régimen de tolerancia así como el establecimiento de escuelas, bibliotecas y una prensa pluralista debía ir en dirección a formar culturalmente al ciudadano que la democracia meritocrática requería, cuestión que no negaba la posibilidad de los sectores populares de ocupar cargos políticos.

En segundo término, la crítica de Tancredo Pinochet a la candidatura de Aguirre Cerda tendrá como base la reafirmación de estos principios. A juicio de Pinochet, Pedro Aguirre carecía de capacidad política y liderazgo, por lo que no representaba las aspiraciones de cambio nacional, y por lo tanto, un gobierno a su cabeza significaría un retroceso para las transformaciones estructurales que se requerían en la esfera política, social y económica. En coherencia con lo anterior, la sociedad chilena, dice Pinochet Le Brun, requiere de ciudadanos virtuosos y conscientes para manejar los destinos de la nación, y ante ello, las denuncias hacia Aguirre -por estar involucrado en el robo de divisas, en un pacto junto a la oligarquía para destruir el frente popular, y en la entrega de las industria del salitre y el yodo al imperialismo extranjero-, dejaban a un Pedro Aguirre sin sustento moral y político para manejar las riendas del país. Junto a este punto, el autor perfila la idea que un gobierno de Pedro Aguirre no permitiría la consumación de la democracia meritocrática, ya que la misma

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 204-205

¹⁸¹ *Ibíd.*, p. 217.

situación de explotación de las masas populares de su fundo viñero hacían prever la inexistencia de igualdad de oportunidades para su ascenso social y económico. Así mismo, la existencia de una prensa libre y diversa se ve puesta en tela de juicio por las políticas de censura provenientes del comité central de la campaña de Aguirre para con la prensa opositora.

En su conjunto, su indiferencia por la situación de las masas populares, su incapacidad política y falta de proyecciones, las demandas que dejan entrever sus lazos estrechos con la derecha, la oligarquía y el imperialismo así como sus políticas restrictivas hacia la prensa opositora eran los argumentos defendidos por Tancredo Pinochet en su tarea de confirmar la incapacidad de Aguirre Cerda para gobernar la sociedad chilena y articular el pleno funcionamiento de la democracia.

4.2 La situación de los inquilinos hacia 1938. La hacienda del Presidente Pedro Aguirre Cerda.

En los albores de 1938, cuando el país se aprestaba a elegir a su próximo gobernante, la sociedad chilena había experimentado una serie de cambios en su estructura económica social. La presencia cada vez más amplia de la mesocracia en los principales puestos de la burocracia, los servicios públicos y los partidos, junto al protagonismo gravitante del movimiento popular obrero y las acciones de los principales núcleos de la izquierda advertían una mayor democratización política y un avance en materia de legislación social. No obstante, de manera paralela al incipiente capitalismo chileno, la persistencia del latifundio, las relaciones premodernas y la condición de los sectores populares en el campo, aun requerían de especial atención por parte de las autoridades.

Tancredo Pinochet, luego de su estadía en el extranjero, vuelve al país y se presenta como pre candidato a las elecciones presidenciales del 38 pero, al no tener el apoyo suficiente, retira su candidatura y se dedica a examinar la situación nacional a través de su diario *Asies*, desde donde se ocupa de los problemas políticos que convergen en relación a la coyuntura electoral y la lucha partidista. Influenciado por los aires de reivindicación social que se hacían sentir en el resto de las naciones del orbe, Tancredo deposita sus anhelos de transformación en el programa del Frente popular, que se erigía en ese entonces como la fuerza política de izquierda más avanzada y apropiada en razón de alentar los cambios que Chile requiere en los distintos órdenes de la sociedad. El único problema en la organización del frente popular era su candidato, don Pedro Aguirre Cerda quien, a juicio de Tancredo, no representaba las aspiraciones de la izquierda, y por lo tanto, no reunía las condiciones para embarcar a Chile en el camino del progreso económico y social.

Mediante una denuncia –plasmada en su ensayo “Pedro Aguirre Cerda; un hombre pequeño para un gran país”-, hacia la persona de Aguirre Cerda y sus pergaminos como político – en la que lo acusa de apoyar la entrega de las salitreras al capital extranjero,

y de estar coludido a Gustavo Ross, en un escándalo de divisas, y posteriormente, en un pacto secreto con su futuro contendiente Ross para aniquilar el frente popular -, le encara sus contradictorios lineamientos en materia social, particularmente aquellos referidas al ámbito de la tierra y la situación de los sectores populares rurales. El basamento de esta crítica, de indudable carácter social, se constituye –en forma similar a los ensayos escritos en años anteriores-, a raíz de su visita a las viñas del candidato a la presidencia don Pedro Aguirre Cerda. En un tono polémico, y a semanas del evento electoral que definirá el destino del país, para Tancredo era necesario hacer esta visita a uno de los cabecillas principales del movimiento izquierdista amparado bajo el frente popular, personaje al cual los partidos de izquierda habían depositado todas sus aspiraciones de democratización y cambio social. En su opinión, era necesario “ver cómo viven los inquilinos de un candidato a la presidencia, escogido por un partido de izquierda, un candidato que ha mostrado la situación de miseria del pueblo chileno en su discurso programa, y que ha increpado a los gobernantes por esta miseria, preguntándoles si acaso ellos no tienen esposa y no tienen hijos”¹⁸².

Una vez instalado en Conchalí, Tancredo nos describe paso a paso su breve pero significativa visita en campos viñeros de Aguirre Cerda. En una primera experiencia nos relata, con pesimismo, las condiciones en que vive un empleado arboricultor del candidato. Al llegar a la casa de este empleado Tancredo dice “lo vemos a la puerta con sus cinco pequeñuelos, cuatro de ellos varones, descalzos. La niñita tiene sandalias. ¿No usan nunca zapatos os pequeñuelos? No ¿Por qué? Porque lo que se gana no alcanza... No alcanza el salario. Simplemente no alcanza, ni para vivir en la forma más humilde. ¿Y la madre? ¿Dónde está? Trabaja en Santiago, para enviar desde la capital con que suplir medianamente la escuálida olla de la familia”¹⁸³.

Una vez que deja el lugar visitado, Pinochet sigue su incursión que lo lleva hasta el corazón de la viña, donde se encuentran establecidas las chozas de los inquilinos. En este caso, a diferencia del empleado anterior, Tancredo nos narra la situación de miseria que engloba la vida del campesino chileno. Señala, “seguimos caminando por la viña de este candidato a la presidencia de la república. Y llegamos a la casa de un inquilino. Dos mujeres, con sus niños, viven allí. Decimos mal, existen allí. Porque eso no es vivir. El candidato (...) en su discurso programa en el teatro municipal, describió la forma en que viven nuestros obreros en los conventillos de las ciudades. Esa casa es un conventillo del campo. Allí hay un hacinamiento de personas. En una pieza, de suelo desnudo, de tierra, duerme toda la familia. Hacinados como una ruma de sacos de papas. Más adelante Tancredo Pinochet sentencia con lo siguiente, “visitar el interior de esta casa -¿casa?- invita a llorar. Estamos seguros de que el señor Aguirre Cerda no ha entrado nunca en esta pocilga, porque habría puesto remedio a este oprobio”¹⁸⁴.

¹⁸² Tancredo Pinochet Le Brun. Pedro Aguirre Cerda; Un hombre pequeño para un gran país, Editorial Asésis, Santiago, 1938, p. 23.

¹⁸³ *Ibíd.*, p. 27.

¹⁸⁴ *Ibíd.*

El episodio en el interior de la choza prosigue con un diálogo en que concurren Tancredo y la esposa del inquilino. En el cruce de palabras entre ambas personas se desprende las dificultades de sobrevivir en un medio hostil como el campo chileno. Opinando sobre los alcances del salario campesino en estas tierras, Tancredo le pregunta a la señora, ¿Qué compra esta familia para comer?

- Para el desayuno, te.
- Está bien –decimos-, una buena taza de té con leche y...
- No señor, leche no.
- ¿nunca?
- No, pues señor; ¿Cómo vamos a tomar leche? La mujer sabe que la leche es blanca y nada más.
- Al almuerzo, un día sí y otro no, un pedazo de carne con papas.
- ¿no le gusta la carne todos los días? Fue cruel la pregunta. La mujer creo que nos estábamos riendo de ella.
- No alcanza para nada más, señor.
- ¿y después?
- Las onces. Una taza de té, sin leche, se entiende, señor.
- ¿y la comida?
- Otra taza de té, sin leche, claro está, señor (...) Toda esta conversación en la casucha misérrima, de piso de tierra desnuda, se mantiene en forma solemne y silenciosa, como se conversa en una sala mortuoria, entre las velas que hacen guardia al difunto (...) ¹⁸⁵.

Una vez finalizada la visita de Tancredo por tierras campesinas se puede inducir, a través de los testimonios y relatos recogidos en este episodio, dos conclusiones importantes: en forma general, la persistencia en la sociedad chilena de estructuras agrarias premodernas paralelas al desarrollo del dependiente capitalismo chileno, y segundo, el atraso en las formas de vida de los sectores populares rurales hacia la década de los 40. Expresión de lo anterior son las palabras de Tancredo una vez terminado su recorrido por la viña, “no se crea que yo pretenda acusar de despiadado al candidato del partido radical para la presidencia de la Republica. Yo sé que hay otras haciendas, otras viñas de hombres del partido opuesto, de conservadores, donde los inquilinos viven una vida más humana. Pero sé que, con ligeras variantes, el peón de los campos chilenos sigue viviendo la misma subvida que vivía hace medio siglo... Estos hombres, estos inquilinos, han sido considerados como animales, como pájaros, como plantas –de vida animal o vegetal- y

¹⁸⁵ *Ibíd.*

parece que no hubiera que extrañarse de que su vida haya cambiado”.¹⁸⁶ En particular –y basándonos en los lineamientos esbozados por el autor- las experiencias vividas por Tancredo colocan en tela de juicio la persona de Aguirre Cerda como idónea para estar a la cabeza del frente popular e impulsar las transformaciones que el país requería en estas materias ante su eventual ascenso a la presidencia.

Ante los hechos antes expuestos, en Tancredo no quedaba más que el sentimiento de incertidumbre por el futuro de la nación, ahora alterado por el complejo panorama que se cernía en el campo chileno y la condición de atraso de los sectores populares. Junto a ello rondaba en la misma magnitud la duda de si este estado de cosas se resolvería con Aguirre Cerda y el amplio conglomerado de izquierda que lo respaldaba de cara a las elecciones presidenciales. De ahí que Tancredo concluyera este apartado sobre la situación rural reiterando su juicio, “hay que preguntarle, como político, como estadista, como posible futuro presidente, cuál es su programa para remediar esta situación”¹⁸⁷.

5. En El Debate Público. La educación el otro motor de las soluciones a la desigualdad de Chile.

El discurso de crítica social en Tancredo Pinochet volverá sobre viejas discusiones políticas en 1944 con el ensayo “Bases Para Una Política Educacional”, obra escrita como respuesta a las políticas educacionales provenientes del oficialismo estatal, cuya figura máxima en estas materias fuera la profesora Amanda Labarca Hubertson. La problemática que nos trae a colación el autor se centra en enjuiciar varios tópicos contenidos en el libro citado, como la peligrosa relación que Amanda Labarca intenta materializar entre el ámbito educativo y social para explicar el atraso de la sociedad chilena. Para ello la autora vuelve a las discusiones aparejadas con la constitución de los Estados Nacionales Modernos y la necesidad de imponer pautas culturales uniformes a toda la población del territorio chileno.

Otro factor sometido a crítica es el programa autoritario de organización del sistema educacional que pretende reinstalar el gobierno de Juan Antonio Ríos (1942-1946), cuyo modelo predilecto se encuentra propiciado por Amanda Labarca en sus obras de corte educacional. La preocupación de Pinochet por los alcances de este tipo de obras era evidente, ya que en su opinión “la señora Amanda Labarca se ha colocado en la posición de ser la mentora de la educación nacional chilena, inspiradora de programas, trazadora de directrices”¹⁸⁸.

Volviendo sobre el texto “Bases para una política educacional”, una de las aristas que Tancredo intenta rebatir está relacionada con la aseveración de que la sociedad chilena es el resultado de una “Hibridación Inconclusa”, un mestizaje a medias, una homogeneidad cultural pendiente que, en opinión de Labarca es uno de los factores cruciales que explican

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 28

¹⁸⁷ *Ibíd.*

¹⁸⁸ Tancredo Pinochet Le Brun, *Bases Para Una Política Educacional*. Al frente del Libro de Amanda Labarca, Biblioteca de Alta Cultura, Santiago, 1944, p. 37

el atraso del país y las dificultades de la sociedad para asimilar la cultura europea. A propósito de este eje de discusión Tancredo sostiene que “a pesar de que se trata de bases para una política educacional, (Amanda Labarca) no se conforma con dictar la manera de educar a nuestro pueblo, a nuestra población, sino que nos dice que hay que cambiarla, en parte, blanquearla, injertarla. Nos declara inferiores para asimilar la civilización europea”¹⁸⁹.

Profundizando este tema, el análisis social de Tancredo Pinochet difiere del que defiende la autora en el libro. En relación a la problemática de la homogeneidad cultural, nuestro autor presenta una actitud de defensa por los pueblos indígenas y sus diferencias culturales, actores claves –en su opinión- en este proceso de consumación de la llamada “Hibridación Inconclusa”.

Tancredo, como intelectual crítico de la realidad nacional y continental, había propuesto en su ensayo “Como construir la civilización chilena a plazo corto” la posibilidad de construir –con un claro acento americanista y antiimperialista-, una civilización chilena e hispanoamericana reivindicando los elementos culturales autóctonos de estas regiones.

En el libro “Bases para una política educacional”, Pinochet le objetaba a Labarca su perspectiva eurocentrista y anti indigenista al plantear que para alcanzar el progreso cultural y material había primero que mejorar la raza chilena “Blanqueándola” -suprimiendo las diferencias étnicas y chilenizándola con pautas culturales elitistas-, y “Mejorándola” por medio de la Inmigración europea, único elemento que permitiría la asimilación cultural de los países del viejo mundo. Además, Tancredo rechazaba la idea de la autora según la cual esta Hibridación Inconclusa sería la causa primera de la rivalidad entre las diversas clases sociales al no compartir referentes comunes, o sea, “nos dice que el mestizaje étnico y social inconcluso es causa, entre otros fenómenos, de la heterogeneidad de clases acentuada por matices raciales, la desintegración familiar y el ausentismo material y espiritual”¹⁹⁰.

En relación al ámbito práctico, Tancredo reprocha que el plan de política educacional de Amanda Labarca, que no contenga medidas económicas tendientes a financiar los nuevos proyectos del sistema educacional. Incluso el autor presenta una posición crítica al gobierno por la falta de financiamiento y cobertura del sistema educacional chileno, cuestión que se ve retratada –con cierto aire de decepción-, en las siguientes líneas: “educacionalmente el país está en la indigencia. No solo se trata de duplicar, a lo menos el estipendio de los maestros actuales, sino, además, de duplicar a lo menos, el número de maestros. Y de construir escuelas que no sean un insulto a la educación. De montarlas con el equipo que necesitan. Se requiere multiplicar por diez el presupuesto de educación nacional... no puede haber real fomento de la producción nacional, sin un real fomento de la educación nacional”¹⁹¹.

¹⁸⁹ *Ibíd.*

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 43

¹⁹¹ *Ibíd.*, p. 58

Para Tancredo Pinochet el principal afectado en estas cuestiones era el profesorado chileno, cuyos salarios de subsistencia no se condecían con las enormes tareas que debía realizar. Además era, inexplicablemente, uno de los principales actores apartados en la confección de las políticas educacionales del Estado. Al respecto de esta situación, Pinochet era claro al decir que “la vida del maestro es una tragedia de silenciosa miseria. Cuando levanta la voz para reclamar su pan de cada día, se le dice que la nación no tiene recursos para pagarle mejor. Cualquier obrero, de cualquier fábrica, gana más que un maestro de escuela. El maestro debe enseñar cómo deben trabajar y producir los demás, para continuar el en su legendaria miseria”¹⁹².

El problema del maestro se entendía en el atraso material del sistema educacional en su conjunto, en donde el Estado no respondía de manera eficiente a una modernización del sistema educacional en base a aportes financieros. A contrapelo de las políticas educacional esgrimidas por Amanda Labarca, Pinochet esbozaba como medida tendiente a sostener económicamente el sistema educacional la implantación de un impuesto educacional pagado por todos los chilenos, cuestión que era conveniente para los intereses generales de la Nación.

En su opinión Chile necesita un impuesto especial de educación, “que debe ser tan alto como se requiera para dar educación integral a todos nuestros niños, no solo para la enseñanza primaria sino aun para la secundaria, con facilidades para que los más capaces continúen con su educación especializada o universitaria”¹⁹³.

De manera subterránea, implícitamente Tancredo Pinochet enjuicia a Amanda Labarca el que sus “bases para una política educacional” sean un proyecto educacional anti democrático, construido y alejado de las realidades sociales del país y separado de los intereses y las demandas de clases sociales en ascenso como las capas populares y sectores de la mesocracia. Esta objeción de Pinochet respondía al modelo Autoritario que proponía la autora para organizar el sistema de educación nacional, en que la autora apostaba por la instalación de una entidad centralizada en el sistema educacional, “un Estado mayor de tipo militar”, como lo definiera Labarca.

Desde este Estado mayor educativo se debían supeditarse todas las estructuras que conformaban el sistema educacional en su conjunto. Este centralismo autoritario era el encargado de manejar el aparataje educativo y confeccionar las políticas administrativas, los programas y las directrices que las instituciones educativas debían seguir.

En contraposición, Pinochet atacaba este modelo de organización por su mencionado perfil anti democrático, que en su gestación y desenvolvimiento no incluía a todos los actores del proceso educativo como lo eran los maestros, estudiantes y el pueblo. Como habíamos adelantado, en este ideal de organización educacional el maestro era –para Tancredo- un mero receptor e instrumento de ejecución de las políticas educativas, es decir, “eran

¹⁹² *Ibíd.*

¹⁹³ *Ibíd.*, p. 63

soldados del magisterio, los maestros todos, a quienes el estado mayor debe enseñarles que deben hacer para que la escuela produzca la clase de sociedad y de patria que anhelamos”¹⁹⁴.

Incluso si el profesor no era tomado en cuenta para la elaboración y manejo del sistema educativo, los estudiantes y el pueblo en general estaban marginados de facto de algún tipo de participación en los ejes articuladores de dicho sistema. Pinochet sentenciaba esta exclusión de la siguiente manera; (Amanda Labarca) “desconoce ahora la capacidad organizativa y constructiva de los maestros a quienes considera como soldados... La señora Amanda no reconoce el valor creador de la masa de la población, del pueblo, ni siquiera el de sus maestros, a quienes desea tratar como soldados sometidos a un Estado Mayor Militar”¹⁹⁵.

La experiencia derivada de sus viajes por países europeos o norteamericanos le proporcionaba a Pinochet los elementos necesarios para proponer modelos políticos o educativos que pudieran adaptarse a las realidades chilenas. En su estadía por tierras estadounidenses, Pinochet logro conocer las realidades sociales del país y las formas en que se organizaba el sistema educacional en consonancia con los intereses del pueblo norteamericano. En su perspectiva, “las fuerzas que dirigen el movimiento educacional son los maestros mismos y el pueblo, que tiene que vetar en cuanto a los impuestos que han de cobrarse para cubrir los gastos de educación”¹⁹⁶. Para la realidad chilena, Pinochet apostaba por dar más influencia al profesorado y al pueblo chileno en la organización de la educación nacional.

Frente a la falta de cobertura estatal y a la existencia de un programa educativo construido de manera unilateral, Tancredo reconocía fehacientemente que las principales iniciativas tendientes a regenerar la educación nacional venían de las mismas clases obreras, los sindicatos y la acción de los partidos políticos de corte popular. Pero a diferencia de la situación norteamericana, la realidad chilena distaba mucho de consumir un proceso inclusivo y democrático en la construcción de las bases de una política educacional a nivel nacional.

Como contra respuesta al proyecto Autoritario y Centralista de Amanda Labarca, Pinochet conforma un programa de organización de un sistema educativo nacional descentralizado, con un alto nivel de independencia de las entidades locales, cuyas directrices políticas y planes y programas de estudio debían ser generados de manera democrática, con amplia participación de los profesores y el pueblo.

Frente a los lineamientos esgrimidos por Labarca, Pinochet cree también que debe haber una alta entidad dirigente, pero este debe ser generado democráticamente, “con los mismos profesores, con los mismos maestros, como las bases del conjunto de nuestro sistema educacional. Y el pueblo mismo –toda la población, la obrera inclusive, naturalmente- debe

¹⁹⁴ *Ibíd.*, p. 71.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, p. 72.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 78

ser el que determine en cada localidad, el monto de los impuestos educacionales que deben pagarse para sostener el plan educativo, cuyo programa básico debe ser generado también en forma democrática”¹⁹⁷.

Como habíamos apuntado en líneas anteriores, la base material y económica de este nuevo proyecto de educación nacional derivaba de la promoción de un impuesto educacional que rigiera a escala nacional. El sostén primordial para que dicho impuesto operara en todo el país era, a ojos de Tancredo Pinochet, la acción de los Municipios. A este organismo había que entregarle las facultades necesarias para crear sus propios fondos en razón de fomentar la educación popular en cada comuna.

No obstante, Tancredo declaraba que este impuesto educacional no debiera dictarlo el Municipio sin previo plebiscito popular, de manera que “el pueblo, el pueblo todo, tendría oportunidad de votar su ley de impuestos educacionales, tal como tiene el derecho de elegir a sus regidores”¹⁹⁸. Mediante los mismos mecanismos de elección el pueblo, en cada comuna, debía elegir un consejo de educación municipal, el cual debía encargarse de organizar las políticas económicas, administrativas y burocráticas concernientes a la educación en dicho distrito.

A su vez, debía haber además un consejo de educación provincial que, elegido a través de votación comunal, debía emprender la tarea de coordinar la acción de los consejos municipales de cada provincia. A través de este sistema estructurado participativamente, Pinochet está convencido de que “poco a poco habrá de llegarse a establecer que el maestro de escuela debe ser uno de los ciudadanos más importantes de la comuna. No se le debe dar un rancho para escuela, si es posible, se le debe dar un palacio... Demos en cada ciudad, en cada pueblo, la oportunidad de crear las escuelas primarias y de segunda enseñanza que se necesitan, y se verá como el pueblo cooperaría gozoso a su sostenimiento y permanente mejoramiento”¹⁹⁹.

En el enfoque de organización educacional que propone Tancredo Pinochet, la escuela debía dejar de ser el lugar predilecto de reproducción ideológica de la oligarquía y en una organización política dispuesta a defender los intereses de la clase dirigente, transformándose en una institución moderna, renovada, defensora de las mayorías, que se encamine a preservar los intereses de los sectores populares en su conjunto.

Para el caso de un proyecto de educación puesto en práctica, Tancredo hace un examen de los modelos educacionales más avanzados hasta el momento, y como era de esperar – en un ambiente de bipolaridad global producto de las guerras-, escoge aquellos que se han desarrollado en el seno de los países capitalistas y comunistas. Si bien ambos son eficientes, las diferencias que separan a ambos –dice Pinochet- tienen que ver con los fines que persiguen. La educación en los regímenes capitalistas está financiada principalmente con el dinero del pueblo, pero organizada y dirigida por la clase dominante para la defensa

¹⁹⁷ *Ibíd.*, p. 90.

¹⁹⁸ *Ibíd.*, p. 113.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, p. 115.

de sus intereses. En cambio, en la Unión Soviética, la educación –señala Pinochet- también esta sostenida con el dinero del pueblo, pero para la defensa de los intereses del pueblo

Tomando como referencia al modelo educacional soviético, el autor propone que haya un cambio radical en la orientación de la educación, “que se imparta de acuerdo con los deseos de la mayoría, y para defender los intereses de la mayoría, y no de las clases dominantes”²⁰⁰.

²⁰⁰ *Ibíd.*, p. 139.

EL PENSAMIENTO ANTIIMPERIALISTA Y AMERICANISTA A COMIENZOS DEL SIGLO XX EN EL ENSAYO DE TANCREDO PINOCHET LE BRUN

En los apartados anteriores hemos argumentado, mediante una revisión de los ensayos que constituyen la base intelectual de Tancredo Pinochet, la existencia de un pensamiento social crítico de la oligarquía y de la situación de atraso que concierne a los sectores populares urbanos y rurales. Dichas obras, todas de carácter crítico al sistema, son escritas durante un periodo clave en que los problemas sociales y políticos comenzaban a ocupar un lugar relevante en la opinión pública, las esferas intelectuales y los debates partidistas. Junto a ello, señalamos que el autor mantuvo una actividad intelectual comprometida con el quehacer político a lo largo de su vida, cuestión que nos permite comprender, por un lado, su visión acerca de la manera ideal de organizar políticamente al país de acuerdo a las realidades nacionales, y por otro, su preocupación constante por el desenvolvimiento de los distintos gobiernos, sus decisiones y reformas así como las políticas partidistas.

El presente capítulo tiene como objetivo demostrar que durante el curso de toda la obra ensayística de Tancredo Pinochet Le Brun, estuvo presente una ideología nacional antiimperialista. Esto se podrá constatar a través de la revisión de algunos de sus ensayos que aunque abarcan un marco temporal distinto, como la “Conquista de Chile” (1909), El diálogo de las Dos Américas” (1920) y “Cómo construir la civilización chilena e hispanoamericana a plazo corto” (1941), todas se revisten de una visión negativa sobre el imperialismo. En estos textos se manifiesta una postura que va en contra del imperialismo, y en especial, al más cercano de la realidad chilena y latinoamericana durante el transcurso del siglo XX, como lo es el de Estados Unidos. No agotando ahí los méritos de las obras señaladas, se podrá extraer planteamientos del intelectual en cuestión relacionados a una posible respuesta americanista a los afanes del Imperio. Esto es, que todos los países estrechen sus vínculos para oponerse como bloque al avance imperialista norteamericano.

Ahora bien, las preocupaciones intelectuales de Pinochet Le Brun, siempre circunscritas al ámbito local del país, adquieren una nueva perspectiva ante los eventos acaecidos en el continente americano y su relación estrecha con la acción ascendente del imperialismo norteamericano en las repúblicas latinoamericanas. Por esta razón es que los ensayos seleccionados para este punto, junto con examinar la situación nacional en relación a la penetración imperialista norteamericana, se ocupan de analizar y proyectar el problema del avance norteamericano a escala continental, denunciando las funestas consecuencias de la presencia imperialista en la sociedad latinoamericana y entregando lineamientos políticos y económicos orientados a revertir y solucionar estos problemas en bloque. Como veremos, esta actitud crítica de Tancredo Pinochet al avance imperialista norteamericano

no fue ajena a las expresiones culturales e intelectuales latinoamericanas que surgieron en este periodo histórico, en razón de reivindicar lo étnico, lo nacional y lo americano en contraposición a la cultura estadounidense.

De esta manera, el análisis de la posición Antiimperialista y Americanista adoptada por Tancredo Pinochet desde 1909 requiere revisar, en primer lugar, examinar las corrientes del pensamiento latinoamericano existente a nivel continental en las primeras décadas del siglo XX.

1. El Pensamiento Latinoamericano a Comienzos del Siglo XX.

Como hemos visto en líneas anteriores, el recorrido histórico del imperialismo norteamericano en América latina y Chile determinó algunos fenómenos de trascendencia para los destinos de estas naciones. Estos se pueden sintetizar en la gradual pérdida de soberanía del conjunto de países del continente, la paulatina desnacionalización de las economías latinoamericanas, las dificultades a la hora de impulsar el desarrollo económico social en forma autónoma a los capitales extranjeros y los crecientes obstáculos al proceso integral de independencia nacional de estos países. En la mayoría de estos países, en que la acción del imperialismo se estableció en forma contraria a los intereses nacionales, ciertos grupos minoritarios y correspondientes a las esferas intelectuales más avanzadas de la sociedad, denunciaron el dañino desenvolvimiento del imperialismo norteamericano y sentaron las bases para la construcción, desarrollo y difusión de la corriente intelectual antiimperialista que, como forma de pensamiento cultural, democrático, sus ideales, de marcada matriz nacionalista, se opusieron férreamente al avance de los imperialismos mundiales en el continente y las negativas consecuencias de su gravitación en los distintos órdenes de la sociedad nacional y latinoamericana.

En forma general, el Pensamiento latinoamericano, a juicio de Eduardo Deves, “desde comienzos del siglo XIX ha oscilado entre la búsqueda de modernización o el reforzamiento de la identidad²⁰¹. La corriente nacional antiimperialista, como parte del pensamiento latinoamericano de principios de siglo, se puede incluir en lo que Eduardo Deves denomina como los movimientos reivindicativos de la identidad latinoamericana. Ante el intervencionismo de los imperialismos globales y la pérdida de la identidad, soberanía e independencia latinoamericana frente a la penetración económica, cultural y política extranjera, este movimiento y sus distintas vertientes -como el americanismo, iberismo, arielismo, indigenismo, y el mismo nacionalismo antiimperialista-, guiados con fines de justicia, igualdad, independencia y liberación continental, se orientan en reivindicar y

²⁰¹ Eduardo Deves Valdés, El pensamiento latinoamericano a principios del siglo XX: “la reivindicación de la identidad. Artículo extraído del Anuario de Filosofía Argentina y Americana, Numero 14, 1997.

defender lo americano, lo latino y lo indígena como expresión político cultural contraria al individualismo, materialismo e imperialismo norteamericano.

Las tendencias antes mencionadas, si bien lograron una emergencia inusitada con las acciones políticas y económicas del imperialismo norteamericano, tienen en su origen y recorrido, una larga data. Para el caso que nos ocupa, dos son las corrientes reivindicativas más relevantes en el escenario latinoamericano: el antiimperialismo y el americanismo. Centrándonos en el significado y el desenvolvimiento histórico del americanismo, adherimos a la tesis de Luis Tejeda para quien el americanismo debe ser entendido “bajo la forma de un tipo de Nacionalismo pero de dimensiones y referentes continentales, un sentimiento de pertenencia a una comunidad cuyos límites no son los marcados por los Estados que en ellas existen, sino por la Historia compartida y las semejanzas sociales y culturales de su pueblos... sentimiento que se asienta en el pasado compartido, el mismo que proyecta a sus miembros hacia el futuro por el tácito o expreso deseo de vivir juntos”²⁰².

En la visión de Rafael Cuevas, un breve repaso a los orígenes históricos de la tendencia identitaria del Americanismo nos permite comprender que sus raíces se localizan ya desde la Colonia, “cuando se expresaron posiciones que tenían como referente identitario unificador a toda Hispanoamérica y no a Estados Nación separados”²⁰³. Una segunda ola de efervescencia del americanismo toma fuerza en el periodo de la Independencia con las ideas de liberación y unidad continental propuestas por Bolívar ante la peligrosa escalada de los países colonialistas europeos.

Posteriormente, un tercer nivel de desarrollo del americanismo, que coincide temporalmente con el desenvolvimiento del antiimperialismo, se ubica desde fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, cuando se encuadra a partir de los procesos de cambio político y social operados en algunas naciones del hemisferio, y en la reacción de los países del continente ante el ascenso del imperialismo norteamericano y sus políticas expansionistas en Centroamérica y el Caribe. El pensamiento latinoamericano en general y el americanismo y antiimperialismo en particular, se caracteriza, como habíamos adelantado, por reivindicar lo Nacional, lo Americano y la unidad latinoamericana –en el caso del americanismo-, ante el avance estadounidense. Esta cuestión planteó en algunos casos, reformular y redireccionar el problema de la Nación y el Nacionalismo –en cuanto al antiimperialismo-, a los términos del fenómeno imperialista, es decir, “las ideas nacionalistas cobraron una nueva dimensión en respuesta a los nuevos tiempos del capital Monopólico”²⁰⁴, problemática demandada y cuestionada por Tancredo Pinochet en su primer ensayo “La Conquista de Chile en el Siglo XX” de 1909, y que seguirá latente en sus posteriores obras.

²⁰² Luis Tejeda Ripalda, El Americanismo, consideraciones sobre el Nacionalismo Continental latinoamericano. Este trabajo corresponde a un artículo publicado en la revista “cuadernos americanos”, N° 82, Universidad Autónoma de México, Agosto, 2000.

²⁰³ Rafael Cuevas Molina, Nacionalismo, Nación y Continentalismo en América Latina. Cuadernos de trabajo Número 23 del Instituto de investigaciones Histórico Sociales de la universidad Veracruzana, México, 2005.

²⁰⁴ Luis Vítale, La Interpretación Marxista de la Historia de Chile, Op. Cit., p. 11

Algunos antecedentes y eventos que son necesario resaltar como detonantes de la reafirmación del sentimiento americanista en este periodo son: en primer término las sucesivas invasiones e intervenciones armadas desplegadas por EE.UU en México, Centroamérica y el Caribe y la política conocida como el Gran Garrote. Un segundo hecho es el movimiento independentista de Cuba en 1868 donde sobresale la figura revolucionaria de José Martí y las iniciativas de solidaridad continental impulsadas por Colombia, Guatemala y Perú en aras a apoyar el proceso. Un tercer punto dice relación con la aparición y la influencia continental de la llamada “generación del 900” que, constituida por intelectuales de renombre como Rubén Darío, Enrique Rodó, Manuel Ugarte, José Ingenieros y José Vasconcelos, entre otros, se encargó de perfilar de manera más sutil las expresiones americanistas mediante el rescate de la tradición e historia latinoamericana así como la divulgación de los ideales de solidaridad continental en el hemisferio.

Por último, dos sucesos rupturistas, uno con la dominación imperialista y el otro con el orden social tradicional argentino respectivamente, se presentan en la historia latinoamericana como ejemplos novedosos de inspiración revolucionaria y americanista para el resto de las repúblicas del continente: la revolución mexicana (1910) y la reforma universitaria de Córdoba, Argentina (1918). A juicio de Luis Tejeda, “por la gravedad e irradiación continental que tuvieron, estos acontecimientos serán obligados puntos de referencia ideológica y política de las futuras generaciones americanistas²⁰⁵”. En la revolución mexicana, el tema de la propiedad y la situación del indio impulsaron la emergencia del nacionalismo que devino rápidamente en antiimperialista por los obstáculos que trajo aparejado la reforma agraria y la consiguiente oposición de latifundistas y empresas norteamericanas. Finalmente, el movimiento estudiantil de Córdoba tiene una importancia particular debido a los bríos americanistas que fueron imponiendo los jóvenes estudiantes en sus lineamientos políticos frente al tradicional sistema educacional argentino y al orden social argentino en su conjunto.

El desarrollo del pensamiento latinoamericano ante los eventos mundiales y latinoamericanos antes descritos impulso en forma preponderante la emergencia de obras de marcado corte Antiimperialista y Americanista con figuras como José Martí, José María Vargas Vila, Manuel Ugarte, José Ingenieros, Enrique Rodó y el Arielismo y Haya de la Torre y el Aprismo, entre otros. Lo relevante para el caso que nos ocupa es que algunas de estas corrientes identitarias como las nombradas eran capaces de conciliar las directrices locales y continentales –sobrepasando los márgenes estrechos de las doctrinas e ideologías nacionalistas-. Buscaban, primero, denunciar las consecuencias funestas de la acción imperialista en tierras latinoamericanas para buscar una respuesta ante su avance, y segundo, soluciones de manera continental ante el aislamiento y debilitamiento de las naciones americanas. Expresión de lo anterior es la obra misma de Tancredo Pinochet, donde no es raro detectar en sus escritos la superación de las limitaciones inherentes a los nacionalismos particulares en favor de rescatar aquellos referentes de pertenencia

²⁰⁵ Luis Tejeda Ripalda, Op. Cit., p. 194.

continental que conscientemente buscan la unidad de los países latinoamericanos, ideal adaptado y reposicionado por este ensayista en su obra cumbre “Como construir la civilización Chilena a plazo corto”, de 1941. Una vez expuesta las corrientes con mayor peso en el ambiente intelectual latinoamericano, lo que nos queda es preguntarnos una cosa, ¿realmente el pensamiento de Tancredo Pinochet puede ser vinculado a las tradiciones de reivindicación identitarias como las perfiladas en el Nacional Antiimperialismo o Americanismo o expresa la conjugación de ambas perspectivas?

Para los fines de nuestra investigación, nos centraremos en el nacional antiimperialismo, puesto que de todas las vertientes culturales latinoamericana de la segunda década del siglo XX, ésta logró constituirse en un objeto teórico y político en oposición al avances norteamericano, como así lo señala Patricia Funes, “consideramos que en la década de 1920 el antiimperialismo cruzó el pensamiento político y social latinoamericano instalando uno de los rasgos más significativos y fundacionales de la reflexión regional en el siglo XX. Si bien pueden rastrearse antecedentes, en esta década el antiimperialismo se construyó como un objeto teórico y político, a la luz de la expansión norteamericana en la región”²⁰⁶

2. El Movimiento Antiimperialista en Chile a Comienzos del siglo XX.

Frente a la hegemonía del imperialismo Inglés en Chile, y el avance evidente del imperialismo norteamericano durante los primeros años del siglo XX, hubo ciertos parlamentarios, intelectuales, y organizaciones políticas que se alzaron en favor de apoyar las posibilidades de implantación de medidas antiimperialistas tendientes a sacar al país de la tutela extranjera. Al contrario, la documentación facilitada por Hernán Ramírez nos permite entender la estreches de intereses entre los distintos gobiernos –algunos en mayor medida que otros y en forma más directa o en acciones más discretas-, y hombres políticos chilenos –específicamente provenientes de la clase social tradicional amparada en los partidos Conservador y Liberal-, con las empresas y consorcios imperialistas de británicos y de Estados Unidos. De ahí que el movimiento antiimperialista en Chile, a diferencia de otras naciones del continente, se presentara fragmentario, limitado, escueto, cuyas acciones no lograron decantar en una acción política tendiente a poner freno al avance imperialista en el país. La poca efervescencia y contagio de los ideales antiimperialista en el país se explica también por la misma estructura de clases de la sociedad chilena a principios de siglo. El sector terrateniente y conservador aun contaba con gravitación en los esquemas políticos y económicos del país, y sus representantes, en el parlamento, se encargaban de apoyar u obstruir cualquier iniciativa que atentara a sus intereses políticos, sociales y económicos. En este sentido, algunos proyectos de ley referentes a dar facilidades al capital extranjero eran ampliamente apoyados por representantes de los

²⁰⁶ Patricia Funes, *Salvar la nación: Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Ed. Prometeo, Buenos Aires, 2006, p. 205.

grupos económicos terratenientes y comerciantes, mientras que algunas disposiciones rupturistas, por ejemplo, aquellas vinculadas a establecer cambios a la realidad del campesinado en los latifundios chilenos, eran rechazadas con recelo por estos sectores.

De esta contradictoria situación se entienden las restringidas manifestaciones de espíritu antiimperialista en la historia nacional del país. Los antecedentes de esta perspectiva se remontan a los trabajos de Francisco Bilbao y Benjamín Vicuña, las acciones políticas y económicas del gobierno encabezado por José Manuel Balmaceda, el programa y los lineamientos políticos del partido Nacionalista o Unión Nacionalista.

Ramírez Necochea al tratar el antiimperialismo en Chile destaca obras de intelectuales de origen oligárquico, tales como:

“Desde nuestro observatorio. Estudio de actualidad (1893), “Indicaciones sobre la balanza comercial” (1893) y “Algunas Rectificaciones necesarias (1894) escritos por Luis Aldunate de la Carrera; “La situación económica y financiera de Chile” (1894) y “Problemas económicos de Chile” (1913) por Francisco Valdés Vergara; “Nuestra inferioridad económica. Sus causas, sus consecuencias” (1912) de Francisco Antonio Encina; y “Política nacional” (1913) de Francisco Rivas Vicuña.”²⁰⁷

Aquellas obras en su conjunto revelarían formulaciones en donde se “expresa una conciencia sanamente nacionalista que involucra decidida postura antiimperialista.”²⁰⁸ Pues, como veremos más adelante, en este movimiento nacional antiimperialista chileno se podrá incorporar a Tancredo Pinochet Le Brun.

Este sentimiento antiimperialista no se queda sólo en la producción de los ensayos reseñados, pues existió una divulgación en el diario el Mercurio –como logra constatar Luis Vítale-, de una serie de artículos reproduciendo extractos de la obra de Martí y algunos escritores latinoamericanos ante las invasiones de Norteamérica, junto a las fugaces acciones y directrices de algunos políticos de izquierda y de la clase política más avanzada. En este conjunto de expresiones, algunos tópicos más recurrentes eran “la reflexión teórica en torno a la cuestión nacional, el cuestionamiento a una soberanía solo formal, el planteamiento de una independencia económica, y la búsqueda de una mayor integración a escala continental, recuperando el ideal bolivariano”²⁰⁹.

Resumiendo algunos puntos expuestos podemos señalar que hacia las primeras décadas del siglo XX, Chile se mantiene en una condición de sujeción en todo orden de la vida económica con respecto al imperialismo Británico, pero que, a su vez, emerge una potencia que quiere disputarle la hegemonía a Inglaterra, que es Norteamérica y sus empresas monopolistas. Como contraparte, surge en Chile las bases de un pensamiento antimperialista que, en el plano de la política y la actividad intelectual, no logró alimentar y

²⁰⁷ Hernán Ramírez Necochea, Historia del Imperialismo en Chile, Ed. Austral Ltda., Santiago, 1960, p. 250.

²⁰⁸ *Ibíd.*, p. 251.

²⁰⁹ Luis Vítale. Interpretación Marxista de la Historia de Chile, Op. Cit., p. 104.

dar rumbo a una acción política direccionada a contener las funestas acciones del capital norteamericano en la sociedad chilena.

3. Tancredo Pinochet Le Brun y el Nacionalismo Antiimperialista

A pesar de las limitaciones y el acotado ámbito de acción del movimiento nacional antiimperialista durante las primeras décadas del siglo XX, algunos intelectuales de diversas esferas sociales, especialmente de la mesocracia, se abocaron estrictamente al estudio de la situación nacional y su relación con el avasallante imperialismo norteamericano. Uno de esos intelectuales es Tancredo Pinochet Le Brun, quien, a lo largo de su vida intelectual y trabajo ensayístico, integró a sus intereses el estudiar la relación de Chile con los países latinoamericanos y el imperialismo. Tancredo Pinochet, como intelectual preocupado por los problemas de la sociedad en su conjunto, es consciente de las adversidades que presenta el avance del imperialismo extranjero en el país y, junto con desarrollar un pensamiento social crítico de la oligarquía y de la situación de atraso del país y de pobreza de los sectores populares, da forma y perfila una perspectiva antiimperialista que, desde 1909 hasta 1941, se sitúa en la opinión pública a fin de denunciar la peligrosa trayectoria del imperialismo norteamericano para los intereses de progreso y desarrollo autónomo del país.

Por lo tanto, de acuerdo a los lineamientos planteados anteriormente, este apartado tiene como objetivo examinar las obras ensayísticas en que esa actitud antiimperialista se concretó. Para ello pasaremos revista a tres de sus ensayos que, escritos en diferentes épocas y obedeciendo a desiguales contextos e intereses, juntos nos permiten comprender los lineamientos, directrices y contenidos de esta actitud antiimperialista durante una parte de la vida de Tancredo, desde 1909 a 1941.

3.1. “La conquista de Chile en el siglo XX”. La penetración del capital extranjero.

Hacia 1909, en vísperas de la celebración del centenario, Tancredo Pinochet prendió las voces de alarma con la publicación de este ensayo al denunciar las nefastas consecuencias de la penetración económica, política y cultural del imperialismo norteamericano en Chile, y la consiguiente desnacionalización, pérdida de soberanía e independencia nacional del pueblo chileno. A su juicio, la oligarquía como clase dirigente y su proyecto modernizador habían fracasado al no ofrecer cuotas necesarias de bienestar a la población, y de brindar, por consiguiente, una serie de facilidades para la penetración extranjera en distintos órdenes de la sociedad chilena. Un dato importante a resaltar es que el contenido teórico de esta obra, enmarcada en un nacionalismo antiimperialista, tendrá una difusión mayor cuando Tancredo y otros intelectuales funden el partido Unión Nacionalista, cuyas

directrices principales se dirigían a promover un capitalismo nacional para sacar al país de la dependencia económica en que estaba inmerso a fines del siglo XIX.

Por otro lado, y teniendo en cuenta las limitaciones culturales que caracterizan este periodo, de manera análoga a los escritos de otros intelectuales provenientes de la mesocracia como Palacios o Venegas, el ensayo de Pinochet vino a profundizar gradualmente aquella apertura provocada por la acción político cultural de los sectores intelectuales de la mesocracia emergente. Esta operación, como hemos advertido en la primera parte de este estudio, estaba direccionada a confrontar y disolver aquellas barreras excluyentes de la opinión pública en la difusión de un relato alternativo y contrario al inmovilismo Oligárquico, encargado más que nada de analizar y denunciar las realidades nacionales y los problemas sociales. En este sentido, por su estructura y contenido, hacia las primeras décadas del siglo XX estos tipos de ensayos vendrían a convertirse en el punto de referencia de aquellas voces eclipsadas por la memoria y la cultura oficial.

3.1.1. “El individualismo nacional en nuestros días”

Para comprender los alcances y el trasfondo histórico de la obra “La conquista de Chile” se hace imperativo revisar algunos factores de carácter externo que determinaron de manera acentuada la aparición del libro y todo el aparataje teórico e ideológico en el cual se adscribe. Es el periodo de confrontación y disputas inter-imperialistas de las grandes potencias mundiales y de los grandes presupuestos armamentistas e inversión tecnológica, época de auge de los países capitalistas industriales y sus ideologías políticas de corte nacionalista. Este es el ambiente de disputa que rodea y empapa la producción intelectual y ensayística de Tancredo Pinochet a propósito del presente libro bajo estudio.

Dicho sea de paso, el primer capítulo reviste de vital importancia al constatar la posición del autor frente a los conflictos mundiales y su particular percepción de cómo debían proceder las naciones en disputa. En este sentido, problemas como la vulnerabilidad de Chile en el concierto mundial y sus posibilidades de convertirse en una poderosa potencia en la lucha moderna se convirtieron en las preocupaciones centrales a las que trataría de darle respuesta en el libro “La conquista de Chile...” , postura que respaldaría con las ideologías propias de las naciones industriales de Europa.

Para resolver esta prueba y sustentar teóricamente la transformación de Chile en una poderosa nación que entrara a competir con el resto de las naciones, Tancredo incorpora a su discurso intelectual aquellos elementos propios de la tradición ideológica a la que Luis Corvalán Márquez ha llamado pensamiento conservador anti liberal chileno en su variante nacionalista. Así, el autor estructura ideológicamente “La conquista de Chile” bajo los supuestos derivados del Darwinismo Social, el Biologicismo, el Racismo – en menor medida- y los postulados del Nacionalismo. Por consiguiente la realidad interna de Chile y su relación con los conflictos imperialistas fue interpretada desde estos marcos de

referencia conceptual, a los que pensó con los conceptos de la lucha darwiniana y de egoísmo nacional²¹⁰

Dicha línea de pensamiento se puede confirmar a través del examen de algunas opiniones vertidas a lo largo de este capítulo, como su particular descripción del periodo en el cual se desenvuelve, "al entrar en el siglo XX –dice, contra lo que han esperado muchos soñadores, pacifistas e ilusos, lo que vemos por todas partes es el más estrecho individualismo en que se encierran las naciones, seguras de que esa es la única manera como pueden triunfar en esta lucha moderna que se hace cada día más violenta"²¹¹. Esta lucha moderna como sostiene Pinochet se libraría con las armas de la economía, siendo este ámbito el que requeriría especial atención por parte de los distintos gobiernos si su horizonte de lucha era el sometimiento de unas naciones sobre otras a través del control de sus capitales y recursos.

Es, pues, dentro de tal descripción del mundo que Tancredo Pinochet emprende una reflexión sobre el país y sobre el futuro de la nacionalidad. El resultado de dicha meditación llevo a pensar a Chile entre aquellas naciones que habían abdicado de la lucha mundial, derrota que se explicaría por la entrega de Chile a los capitales económicos del capitalismo extranjero. La existencia misma de la nación chilena se vería agudizada ante la corrupción y el modo de vida oligárquico y sus políticas conducentes a acoger la cultura europea en desmedro de lo chileno; extranjerización que sería correlativa a la decadencia del espíritu cívico, el desmoronamiento mismo de la nacionalidad.

A partir del diagnóstico anterior, Tancredo Pinochet se interroga sobre cuál sería el curso que debía seguir el país y que tipo de estrategias serían las más acordes a fin de revertir los procesos en marcha. Estas cuestiones son las que aborda a lo largo del libro, específicamente en los capítulos tercero y cuarto.

3.1.2. “La entrega de Chile.”

Contrario a las lógicas del oficialismo estatal, Pinochet Le Brun sostuvo que la parafernalia y la fiesta acerca del Centenario no se condecían con el mapa de extrema decadencia social que atravesaba al país. En respuesta al doctrinarismo y que empapaba la sensibilidad oligárquica, Pinochet diagnóstico de entrada las causantes de tal crisis en la entrega económica del país y sus recursos a los principales monopolios extranjeros, y la adopción de parte de la oligarquía de una vida ostentosa encaminada a asimilar y hacer suya las pautas culturales y el modo de vida europeo que peligrosamente se expandía a las capas

²¹⁰ Luis Corvalán Márquez. Nacionalismo y autoritarismo, Op. Cit., p. 206

²¹¹ Tancredo Pinochet Le Brun, La conquista de Chile en el siglo XX, Op. Cit., p. 63

medias, cuestión que las distanciaba de los problemas sociales y económicos del resto de las clases.

Los resultados que emanaron de esta crisis fueron la peligrosa extranjerización del país con el consiguiente debilitamiento del patriotismo y de las bases espirituales que sustentan el sentimiento nacional. De acuerdo a Pinochet, esta actitud favorable por lo extranjero era asumida lentamente por la sociedad al punto de provocar el desapego de la tradición, sus costumbres, el patriotismo y todo vinculado a la cultura e identidad nacional.

Ya en capítulo II Tancredo expone una sentencia lapidaria – y que será junto a otras ideas la tesis principal de este apartado-, en contra de lo que hasta la fecha significaba las políticas erigidas por el Estado Oligárquico a propósito del proyecto integral de modernización impuesto desde 1891: “nuestro gobierno, nuestras instituciones educativas y casi en general nuestra clase alta parecen manifestar hondo empeño en el decaimiento y ruina de los intereses nacionales y de los ideales nacionales para ser plantados por intereses e ideales extranjeros”.²¹² El autor señala que esta preferencia hacia los intereses foráneos supone no solo la carencia del egoísmo nacional y del sentido de conservación inherente a todas las naciones bien constituidas sino que, contrariamente a las políticas estatales, la presencia de un desprecio por la raza nacional a tal punto que su reemplazo en todos los ámbitos de la vida social ha provocado el sentir chileno de encontrarse viviendo fuera de su propia patria y recibidos por favor en su suelo”

Más adelante Tancredo Pinochet constata que la peligrosa extranjerización del país ha alcanzado niveles impensados como la desestructuración misma del territorio nacional, configurado en su mayor parte durante todo el siglo XIX por las políticas expansivas en el establecimiento del Estado – Nación chileno. A pesar de las posibilidades de Chile como potencia –señala Pinochet- este sentimiento por lo extranjero ha incitado el abandono por parte de la Oligarquía del amor por el suelo y la patria, actitud patente en la entrega desmesurada del suelo nacional: “la frecuencia con que vemos dar a extranjeros pedazos nuestro territorio en las condiciones más vergonzosas para el sentimiento nacional y más fatales para su porvenir, no se explica buscando argumentos en nuestra escasa población, sino en la presencia constante de extranjeros”²¹³ Así como con la riqueza del salitre, Chile posee una enorme cantidad de territorios llamados a sustentar la riqueza nacional –el caso de las explotaciones mineras de cobre, plata y carbón o aquellas del sector agropecuario-, pero los gobiernos, señala Pinochet, han preferido una distribución desigual de ellos en beneficio del extranjero, repartición que muchas veces termina expropiando al ocupante nacional de su tierra y sustento. Implícitamente es en este tipo de problemáticas adyacentes al ámbito de la propiedad colectiva donde se hace más latente el acendrado nacionalismo de Pinochet:

“para que las riquezas sean un verdadero factor de progreso entre nosotros es indispensable que estén en manos de chilenos que amen a su patria, que respeten sus tradiciones, que veneren sus glorias, que trabajen por su progreso, y no en

²¹² *Ibíd.*, P. 65.

²¹³ *Ibíd.*, p. 68.

manos de mercenarios que no aman nuestro país, que en nuestro suelo no ven sino una granja que explotar”²¹⁴

Junto a las controversias apuntadas anteriormente, nuestro autor dejó cierto margen para deslegitimar el sistema educacional chileno, el que -encuadrado en la inoperancia conjunta del proyecto modernizador oligárquico-, mostraba ser, primero, desactualizado y desadaptado a los requerimientos económico - sociales de una nación moderna, y segundo, insuficiente ante la tarea de fortalecer el sentimiento de nacionalidad y detener la introducción del capitalismo extranjero en el país. De manera análoga a los principios de Francisco Encina y Nicolás Palacios, Pinochet Le Brun ponderaba el establecimiento de una educación práctica que velara por la formación técnica y profesional orientada al cultivo del sentido de emprendimiento y productividad económica de la juventud chilena. En simples términos, propugnó una educación utilitaria y técnica que -a diferencia del sentido teórico y abstracto de la formación humanista que perseguía la educación hasta la fecha-, preparará a los chilenos para disputarle a los extranjeros la supremacía económica.

Sumado a lo anterior esta la preponderancia de profesores extranjeros en la mayoría de los establecimientos educacionales del país. A juicio de Tancredo Pinochet, el gobierno en este caso no debía dejar la tarea de formar el sentimiento y el espíritu nacional en estas personas ya que: “esos sabios de la Germania que hemos traído para que formen el alma de Chile, preparando el profesorado nacional, nos miran con desprecio, destruyendo nuestras virtudes cívicas y haciendo en consecuencia una labor contraproducente”²¹⁵. La enseñanza sería para Tancredo Pinochet otra de las variables que hacen comprensible el actual estado de decadencia nacional al estar en manos de intelectuales y docentes extranjeros, “siendo casi exclusivamente extranjeros quienes forman el profesorado nacional es fácil explicarse que nuestro civismo tenga que seguir en constante decadencia”²¹⁶.

El autor, apoyándose en el modelo educativo norteamericano, preconizaba que los países que entienden mejor el problema de la educación “que comprenden como debe formarse el alma nacional, basan toda su enseñanza en un acendrado amor a la patria, a sus grandezas pasadas, a su capacidad presente i a su misión futura.”²¹⁷ A partir de tales supuestos dicho sea de paso, la enseñanza de los idiomas, de la Historia y la Geografía debían enmarcarse en esa dirección y abandonar los modelos de estudio eurocéntricos. En concordancia con las tesis del nacionalismo económico – nociones compartidas por el Partido Unión Nacionalista al cual pertenecía-, Tancredo Pinochet veía con urgencia el afianzamiento de este tipo de educación como base para la instalación de un capitalismo nacional basado en la industria. En función de tal proyecto,

²¹⁴ *Ibíd.*, p. 180.

²¹⁵ *Ibíd.*, p. 76

²¹⁶ *Ibíd.*, p. 81

²¹⁷ *Ibíd.*, p. 81

era incuestionable el despojo de toda esa tradición educativa que despreciaba el trabajo productivo.

En el plano estrictamente económico, los proyectos del Estado concernientes a la industrialización y el progreso nacional – que constituían, como veremos, la columna vertebral del programa capitalista nacional de Tancredo Pinochet-, habían sido postergados en favor de dar mayores posibilidades al comercio y la industria extranjera. Ante la irrupción del capitalismo extranjero en los sectores claves de la economía nacional, era el Estado –según Pinochet- el llamado a impulsar el cambio estructural de las matrices económicas del país, es el gobierno el llamado a proteger los esfuerzos nacionales “por medio de altas tarifas aduaneras i es el aun el llamado a dar primas a la industria nacional, en manos de nacionales, para que libremos nuestras primeras batallas con los experimentados industriales i opulentos capitalistas europeos”²¹⁸.

Para el autor no era raro que los extranjeros triunfaran con más facilidad que los chilenos en el país si estaban protegidos decididamente por la Oligarquía, que asentada en los distintos estratos del Estado desde 1891, promovía mediante reformas la apertura de Chile al Capitalismo Mundial. Incluso aquellas entidades dispuestas para velar por el progreso de las industrias nacionales como la Sociedad de Fomento Fabril habrían adquirido esta actitud por preferir y apoyar la iniciativa extranjera, hecho que consigna Pinochet de la siguiente manera: “en el último boletín de la Sociedad, el que me ha llegado mientras corrijo las pruebas del presente trabajo, podemos ver que recomienda, para la implantación de nuevas industrias entre nosotros, el que traigamos de Europa a los industriales, los operarios y sus familias”²¹⁹

Empero, esta lucha no se limitaba solo a recuperar el dominio y los derechos sobre las riquezas naturales. En el plano financiero y comercial los grupos económicos oligárquicos, desde el Parlamento, desmantelaron el Estado retirando de este el rol de interventor en la organización y regulación de la economía, y delegando estas funciones a entidades como bancos, casas comerciales y firmas extranjeras. Para el caso de las finanzas, dice Pinochet, los bancos extranjeros establecidos en el país gozan de ventajas que no se conceden a los bancos nacionales, incluso más, al no poseer base legal en nuestro país suelen regirse por leyes provenientes de su patria y no pagar contribuciones e impuestos. Pinochet tenía claro el panorama : “aquellos que se rigen por leyes extranjeras, aquellos sobre los cuales no tiene nuestro gobierno vigilancia, aquellos que en caso de fracaso harán sus liquidaciones a 5 o a 6 mil millas de la residencia de sus depositantes chilenos, nada pagan o pagan 400 o 500 pesos de cualquier agente de negocios”²²⁰

Coherente con el contexto de rivalidad interimperialista y la necesidad de convertir Chile en una gran nación, apta para entablar la lucha por la supervivencia, Tancredo Pinochet

²¹⁸ *Ibíd.*, p. 108

²¹⁹ *Ibíd.*, p. 117

²²⁰ *Ibíd.*, p. 128

sostiene lo siguiente “Después de haber visto como se entabla la lucha entre las naciones modernas y como procede cada país en la defensa de sus intereses y sus ideales nacionales, nos toca la triste misión de mostrar como nuestro país no solo abdica en esta lucha sino que entrega sus armas, su campamento y su bandera”.²²¹

Cada estructura de la sociedad, cada ámbito de la vida cotidiana se convertía en presa fácil ante el avance desenfrenado del extranjerismo. En las postrimerías del centenario de la independencia de nuestra patria, Tancredo Pinochet y “su Conquista de Chile” marcaban un punto de inflexión con respecto a los esquemas interpretativos propios de la época del 1900. El estudio acerca de la influencia del imperialismo en los distintos órdenes de la sociedad le permiten señalar que:

“una mirada de conjunto que nos demuestre que, sistemáticamente, en todos los órdenes de la actividad , vamos cada día perdiendo más de la estima que antes teníamos por la Patria, vamos cada día perdiendo el respeto i el cariño por todo lo nacional, así sean hombres , costumbres, tradiciones , idioma, suelo o bandera.”²²²

Como resultado, la crisis de la nación, la expoliación de la economía nacional en favor del capitalismo extranjero, la pérdida de la identidad y del sentimiento nacional, el amor a la patria, a las tradiciones, a ese egoísmo colectivo inherente a la sobrevivencia de las naciones modernas, etc., todo indicaba la gradual desnacionalización de Chile en el siglo XX, la virtual satelización –coherente con las conceptualizaciones de los teóricos de la Dependencia para la situación de América Latina-, del país dentro de los esquemas de la economía mundial. En relación a lo último, Pinochet era claro con respecto a la coincidencia de intereses entre la clase dirigente y el imperialismo: “otras naciones, como hemos visto, se esfuerzan por conservar en manos de nacionales las riquezas que encierran las entrañas del suelo nacional; aquí nos esmeramos por entregar el salitre de nuestras pampas, el cobre y fierro de nuestras cordilleras i el oro de nuestros lavaderos”²²³

3.1.3. “La defensa.” Contra el capital extranjero.

“Hemos de contemplar pacientes y fríos la derrota del país, renunciar a nuestra existencia nacional, a nuestras tradiciones, a nuestra bandera para buscar la felicidad en un cosmopolitismo bullicioso donde se nos permita vivir pero donde se pierda nuestra lengua, nuestra religión y nuestra historia”²²⁴

“La defensa” es el título con el cual Tancredo Pinochet designa el último capítulo de su obra. En los albores de la celebración del Centenario de la independencia los balances

²²¹ *Ibíd.*, p. 130

²²² Pinochet Le Brun, Tancredo. *La conquista de Chile*, Óp. Cit., p. 66.

²²³ *Ibíd.*, p. 119.

²²⁴ *Ibíd.*, p. 184.

del pasado, los análisis del presente y los proyectos a futuro eran ineludibles para aquellos sectores comprometidos con la lucha política y los problemas sociales. El autor hace suyo este ambiente y propone de manera explícita en este apartado algunas soluciones encauzadas a extirpar el avance del extranjerismo en el país y cultivar las bases para la conquista de Chile en el siglo XX, ósea, la instalación de un capitalismo nacional para la supervivencia y el porvenir de la nación chilena. Desde su óptica, mientras las demás naciones habían colocado los intereses y el egoísmo nacional como política de Estado, Chile había perdido la fe y la esperanza en el futuro al renunciar a la lucha mundial de los países y patrocinar en cambio una actitud de desprecio hacia la cultura, las tradiciones y lo propiamente chileno en favor de los ideales, las costumbres y los fines de explotación económica auspiciado por los extranjeros.

Esta reivindicación de los derechos y del futuro de Chile como una nación poderosa en el concierto mundial se unía además a la superación de la crisis y decadencia nacional producto de la corrupción oligárquica y la cuestión social. Particularmente se desprende de la posición de Pinochet esa necesidad imperante de ordenar al país de manera interna como condición previa para lanzar a Chile a la lucha entre las potencias mundiales.

Ambas empresas sostenía Pinochet solo se llevarían a la práctica sobre la base de una política económica sustentada en la industrialización del país y la admisión de medidas de corte proteccionista. Era la producción de riqueza nacional la que permitiría emprender los proyectos destinados a regenerar el cuerpo nacional como el mejorar las condiciones materiales de las clases más desfavorecidas; renovar la educación y fomentar el espíritu de producción, de los negocios, del emprendimiento; fortalecer el comercio y el emprendimiento de los empresarios chilenos mediante préstamos y concesiones; dar facilidades a la inmigración nacional en el territorio; erigir reformas sociales para regenerar la salud, la higiene, y derrotar la pobreza, el alcoholismo, etc.

A ojos de Tancredo, la defensa de Chile se presentaba con posibilidades y había que tener fe en ella. El país contaba con grandes extensiones de riquezas mineras aun inexploradas como era el caso del carbón y fierro, capitales que de ser explotados por empresarios nacionales constituirían rápidamente un factor de progreso industrial y enriquecimiento nacional. Esa debía ser la conquista de Chile en el siglo XX, estimular y conseguir -a través de un capitalismo nacional-, todos los medios posibles para que la organización y la producción de la riqueza nacional quedara en manos de chilenos, "i velar porque esas riquezas sean patrimonio de los chilenos para que signifiquen verdadero factor de progreso moral e intelectual de la raza chilena"²²⁵. A estos fines les serían consustanciales el impulsar programas de emprendimiento empresarial, protección al capital y trabajo nacional y estimular políticas de chilenización de las grandes industrias y del comercio a gran escala; ese debía ser la postura de Chile, "que

²²⁵ *Ibíd.*, p. 242

sea ese nuestro programa para el siglo XX, convertirnos en una poderosa nación industrial en la factoría de hispano américa”²²⁶

3.2. “El dialogo de las dos Américas”. Crítica al Imperialismo Norteamericano.

Un segundo momento en el desarrollo de la orientación antiimperialista de Tancredo Pinochet Le Brun es en 1918, cuando el autor abandona el país y se traslada a la Habana, Cuba, desde donde lleva a cabo una serie de viajes recorriendo el continente y estudiando la situación nacional de los países latinoamericanos, tanto su organización económica, sus principios políticos y su estructuración social. En uno de estos viajes fue a Estados Unidos, desde donde Tancredo Pinochet Le Brun, manda cartas a su esposa informándole sobre cómo era la sociedad estadounidense. Esta correspondencia fue revisada por la Oficina de censura de Nueva York, que en tiempos de la Primera Guerra Mundial, drenaba todas las cartas que iban desde Estados Unidos a América Latina y viceversa. Y “en su departamento español, Miss Mabel Jones era una de las encargadas de revisar las cartas en castellano”²²⁷, con quien tendrá esta conversación escrita, convirtiéndose el texto “El diálogo de las Dos Américas” en la síntesis de este intercambio de correspondencia, que en palabras del autor, es “el análisis del choque entre la América hispana y la América anglosajona. El hombre y la mujer que hablan en él son símbolos. (...) Este libro es el diálogo de dos continentes, el diálogo de las dos Américas. Es el ruido producido por el choque moral de dos mundos”²²⁸

De este modo, no dejando de lado sus intereses de colaboración con las naciones hermanas, desde 1918, el autor mantiene una actitud intelectual tendiente a rescatar las tradiciones culturales latinoamericanas y denunciar el avance imperialista en las repúblicas de Centro América y el Caribe.

Expresión de esos anhelos es su posicionamiento como periodista en la Habana, donde llega a ser editor de la revista de circulación continental “Toda América”, oficio que suponemos le permitió vincularse más estrechamente con la realidad semicolonial y de dependencia de los países latinoamericanos y las posiciones antiimperialistas esbozadas por los escritores de la tradición “Americanista” en la época del ascenso del imperialismo norteamericano. Expresión de ello es una frase del autor, contenida en un libro posterior, en donde retrata las proyecciones continentales que tuvo su revista; “como director de mi revista Todamerica he tenido que sufrir las prohibiciones del Estado y de la Iglesia. En Venezuela fue prohibida porque atacaba a Gómez, el tirano; en Nicaragua porque defendía

²²⁶ *Ibíd.*

²²⁷ Tancredo Pinochet Le Brun, *El diálogo de las Dos Américas*, Ed. Todamerica, La Habana, 1918, p. 6.

²²⁸ *Ibíd.*, p.5

a Sandino, el libertador. En Antioquia, Colombia, fue excomulgada por un arzobispo, porque enseñaba a pensar con la cabeza propia”²²⁹.

Tan relevante parece haber sido su trabajo en tierras caribeñas y centro americanas que Eduardo Deves lo incluye - junto con autores chilenos como Gabriela Mistral, Joaquín Edwards Bello, Amanda Labarca, y escritores latinoamericanos de la talla de Mariátegui, Haya de la Torre, Manuel Ugarte y José Vasconcelos, entre otros-, dentro de lo que denomina “la red de los pensadores latinoamericanos de los años 1920”, que viene a ser una especie de circuito intelectual de colaboración e intercambio de ideas y reflexiones antiimperialistas en torno a una revista costarricense llamada “Repertorio americano”. De acuerdo a Deves, los tópicos que se discutían constituyen en gran medida el corpus teórico del pensamiento latinoamericano de ese entonces. Destacan allí una serie de temas (de encuentro y desencuentro) “que revelan las ideas que se manejaban así como la sensibilidad que unificaba a este universo intelectual”²³⁰. Temas como el mestizaje, la posibilidad de una creación intelectual propia, el anti intervencionismo o antiimperialismo, el indigenismo, son algunos en los cuales se opina y polemiza. Si bien Eduardo Deves no adjunta ninguna imagen o cita de lo que escribía Tancredo Pinochet para esa revista, señala, sin embargo, que él junto a los demás escritores chilenos nombrados, tuvo una amplia actividad en el repertorio americano aportando reflexiones y algunos artículos personales sobre los temas de corte anti imperialista insertos en la revista.

En esa misma época, hacia 1918 es publicado en Ingles el ensayo denominado “The gulf of misunderstanding or north and south America as seen by each other”, traducido como “El dialogo de dos Américas” antes reseñado. En dicha obra es posible detectar en Tancredo Pinochet Le Brun la adopción de una actitud férreamente antiimperialista en relación a las políticas expansionistas norteamericanas.

3.2.1 “Imperialismo”. Una crítica al avance estadounidense.

Uno de los capítulos que cobija el libro El Diálogo de las Dos Américas, tiene como título Imperialismo, en el cual vierte todos los lineamientos que demuestran su postura fervientemente antiimperialista.

Algunos extractos son reveladores al actuar de Estados Unidos y su política del “Gran garrote” en Centro América y el Caribe, (...) Los Estados Unidos se jactan de ser una democracia, y han hecho guerra contra México para arrebatarles sus provincias del norte, han hecho guerra contra España para arrebatarles Puerto Rico y Filipinas; han hecho guerra con Colombia para arrebatarles Panamá. En menos de un siglo han anexado, por derecho de Conquista, un millón de millas cuadradas de lo que antes era territorio latinoamericano.

²²⁹ Tancredo Pinochet Le Brun, Pedro Aguirre Cerda; un hombre pequeño para un gran país. Editorial Asies, Santiago, 1938, p. 222

²³⁰ Eduardo Deves Valdés, La red de los pensadores latinoamericanos de los años 1920: (relaciones y polémicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, El Repertorio latinoamericano). Artículo extraído de internet, p. 13

Entre estas conquistas son la toma de Texas y de seis otros Estados que eran posesiones mexicanas antes de la invasión estadounidense, que fue empujado hasta la antigua capital azteca (...) Los Estados Unidos son, incuestionablemente, el país más imperialista del mundo (...)"²³¹

Más adelante Pinochet es más categórico en su posición Antiimperialista (...) "Roosevelt ha hecho defensa de esta política intervencionista de parte de su país con respecto a las pequeñas republicas Hispanoamericanas con la argumentación de que del hombre que tiene un garrote grueso en sus manos (...)"²³², Siguiendo unas líneas después, "Los Estados Unidos han sido imperialistas en el pasado, son imperialistas hoy y serán más imperialistas mañana"²³³(...)

En el mismo ensayo Pinochet Le Brun comprendía que la política del gran garrote se aplicaba para extender el dominio económico sobre nuestra America; (...) "Particularmente grave es para nosotros el hecho de que este migrando el capital norteamericano en escala tan subida a nuestro país. En pertenencias mineras ya han invertido en nuestro suelo más de quinientos millones de dólares y están solo en el principio del acaparamiento de nuestras riquezas naturales (...) si más tarde hay alguna huelga de obreros, ¿nos pedirán los hombres del garrote grueso reparaciones o indemnizaciones, y no se aventuraran a intervenir en nuestra vida política interna? Seremos cada vez un imán más poderoso para el capital y la actividad norteamericana. Aunque estamos lejos nuestro peligro para el futuro es enorme (...) La venta a los yanquis de nuestros yacimientos de cobre agrava los peligros de nuestra patria para el futuro (...) Hay un verdadero peligro yanqui para la America Española"²³⁴. Estados Unidos es percibido como un peligro latente para la independencia política y económica de las repúblicas América Latina.

3.2.2. "Panamericanismo". La Unión de dos Américas radicalmente distintas.

Estados Unidos emerge como potencia imperialista a fines del siglo XIX y sus primeras medidas estaban direccionadas a las repúblicas de América Latina. Durante el periodo

²³¹ "The United States boasts of being a democracy, and has, nevertheless, waged war against Mexico for the purpose of seizing her north provinces; it has made war against Spain to get possession of Puerto Rico and the Philippines, and upon Colombia to seize Panama. In less than a century they have annexed, by right of conquest, a million square miles of what was formerly Latin American territory. Among these conquests are the taking of Texas and of six more States that were Mexican Possessions before the American invasion, which was pushed even to the ancient Aztec capital (...) The United States is unquestionably the most imperialistic country in the world", Tancredo Pinochet Le Brun, *The gulf of misunderstanding or north and south America as seen by cash other*", Ed. Boni y Live right, New York, 1920, p. 57. (traducción propia)

²³² "They have desired and have obtained colonies in distant seas. Roosevelt has defended this policy of intervention on the part of his country in the small South American republics by use of the personal argument of a man who holds a big stick in his hands, Ibid. p. 58. (traducción propia)

²³³ "The United States has been imperialistic in the past; it is so to-day and will be more imperialistic to-morrow, Ibid. p. 59. (traducción propia)

²³⁴ Ibid., p. 59.

aludido, el secretario de Estado norteamericano, James G. Blaine, integrante importante del Partido Republicano y defensor de influyentes capitalistas, “inaugura oficialmente el “panamericanismo”, y proyecta una serie de actividades- incluso la transformación del Perú en una especie de protectorado-”,²³⁵ que buscaba abrir nuevos horizontes para el avance imperialista del país del norte. Es bajo esta lógica que propone en 1888 el aludido secretario, una conferencia de naciones americanas en Washington con un objetivo claro: “Mientras las grandes potencias de Europa- decía- están ocupadas en extender su dominación colonial en Asia y África, es la especial obligación de este país mejorar y expandir su comercio con las naciones de América.”²³⁶ Al año siguiente se realiza la mencionada conferencia, en donde se tratan temáticas de índole económica como “medidas para la formación de una unión aduanera americana, adopción de una moneda común y de un sistema uniforme de pesos, medidas y tarifas postales etc.”²³⁷. Bajo estas conferencias es donde se expresa los fines políticos que tiene el panamericanismo, que en palabras de Ramirez Necochea es, “fuera de toda discusión, tanto por su origen como por su contenido, y desarrollo, un movimiento inspirado e impulsado por el imperialismo americano con vista a lograr absoluta supremacía económica y política en el hemisferio occidental”, y seguiría la misma línea de la “Doctrina Monroe” y el “Destino manifiesto”, como también nos recuerda el mismo autor.

La estrategia política del Panamericanismo es la temática de un capítulo que constituye el Diálogo de las Dos Américas de Tancredo Pinochet Le Brun, en donde persistentemente sigue con la óptica antiimperialista. Denuncia que ideológica y culturalmente no existe conexión entre Estados Unidos y América Latina, “este pueblo es totalmente diferente a nosotros en los ideales, la educación, el carácter y las costumbres, hasta el extremo de ser antagónicos, uno no puede evitar sentirse sorprendido de que los pueblos de América Latina deberían sentirse complacidos con esta nueva doctrina tan en boga hoy en día en el nuevo continente; Quiero decir, el panamericanismo.”²³⁸.

Posteriormente de mostrar su postura en contra de una unión entre Estados Unidos y América Latina mediante la adopción de las medidas esbozadas en el ideal del panamericanismo, sigue insistiendo en la inexistencia de encuentros entre los dos continentes, “¿Qué es el panamericanismo? La unión de dos Américas, el latino y anglosajón. ¿Para qué es esta unión? No tenemos nada en común: ni los intereses ni los ideales. ¿Es porque estamos cerca unos de otros? Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil están más cerca de Europa que a Estados Unidos. Europa nos vende sus productos más baratos, lo cual es muy natural ya que los obreros aquí están pidiendo salarios dobles cada

²³⁵ Hernán Ramirez Necochea, Historia del Imperialismo en Chile, Op. Cit., p. 189.

²³⁶ *Ibíd.*

²³⁷ *Ibíd.* p. 190.

²³⁸ “This people is entirely different to us in ideals, education, character and manners, to the extreme of being antagonistic, one cannot help feeling surprised that the peoples of Latin America should regard with pleasure this new doctrine so much in vogue nowadays in the new continent; I mean, Pan Americanism. “Tancredo Pinochet, *The gulf of misunderstanding or north and south America as seen by cash other*”, *Ibíd.* p. 230. (traducción propia)

mes”²³⁹ . En efecto, tendríamos más cosas en común con Europa que con Estados Unidos, dado que a juicio del autor, “Europa nos da sus ideales, su literatura; Europa es la fuente de toda la cultura, y debemos formar la fuente original, no donde el río desemboca en el mar con toda la basura que ha traído consigo en su camino.”²⁴⁰

Dejando sentado que si fuese por la influencia cultural o la cercanía geográfica, América Latina tendría mayores consonancias con Europa, realiza una crítica a la unión de la economía norteamericana con la latinoamericana, porque según Tancredo Pinochet, “El contacto comercial de las dos Américas es perjudicial para América Latina, porque es una ley social establecido que cuando dos civilizaciones, una más desarrollada en un aspecto esencial que el otro, entre en contacto, el pueblo más desarrollados tiranizan sobre el pueblo menos desarrollados, y el segundo se convierten en satélites del imperio.”²⁴¹

Siendo más sagaz aún, deja en claro que una política económica de rebaja de impuestos aduaneros, sólo le beneficiaría a Estados Unidos, “Estados Unidos por hacernos esta oferta sabiendo que no somos países fabricantes, mientras le enviamos nuestra materia prima, como el carbón, el hierro, el cobre, la madera y el algodón, cosechan el beneficio por devolverlos a nosotros en la forma de productos manufacturados”²⁴²

Recapitulando hacia la interrogante expuesta en líneas anteriores tendríamos que reconocer en la obra de Tancredo Pinochet una serie de tópicos que indefectiblemente lo hacen ser parte de las corrientes de reivindicación identitarias que menciona en su ensayo Eduardo Deves como es el caso del Nacional Antiimperialismo. En este sentido, estas tendencias, en contraposición a las políticas imperialistas de EE.UU en el continente, comparten generalmente temáticas comunes como “la reivindicación y defensa de los Americano, de lo latino, de lo propio; el no intervencionismo de los países más desarrollados en América Latina, la reivindicación de la independencia y de la liberación; acentuación de la justicia, de la igualdad, de la libertad; la reivindicación de una manera peculiar de ser, distinta de los países desarrollados; énfasis en el encuentro consigo mismo, con el país, con el continente, etc.” ²⁴³

²³⁹ “What is Pan Americanism? The union of two Americas, the Latin and the Anglo-Saxon. What is this union for? We have nothing in common: neither interests nor ideals. Is it because we are near each other? Argentina, Uruguay, Paraguay and Brazil are nearer to Europa than to the United Estates. Europe sells us her goods cheaper, which is quite natural since the workmen here are asking double wages every month, *Ibid*, p. 230. (traducción propia)

²⁴⁰ “Europe buys more from us than does the United States; Europe gives us her ideals, her literature; Europe is the source of all culture, and we should drink form the original source, not where the river flows into the sea with all the refuse it has brought with it on its way.”, *Ibid.*, p. 231. (traducción propia)

²⁴¹ “The commercial contact of the two Americas “is harmful for Latin America, for it is an established social law that when two civilizations, one more developed in a material way than the other, come into contact, the more developed people tyrannize over the less developed people, and the latter become satellites of the empire”, *Ibid.*, p. 231. (traducción propia)

²⁴² “The United States for making us this offer knowing this we are not manufacturing countries, while in sending them our raw material, such as coal, iron, copper, wood and cotton, they reap the benefit by returning them to us in the form of manufactured goods.”, *Ibid.*, p. 231. (traducción propia)

²⁴³ Eduardo Deves, *Op. Cit.*, p. 14.

3.3. “Como construir la civilización chilena e hispanoamericana a plazo corto”

Esa línea de pensamiento antiimperialista de Tancredo Pinochet Le Brun se puede rastrear en otra obra titulada “Como construir la civilización chilena a plazo corto” (1941), ensayo que coloca de relieve el desapego por parte del autor de un pensamiento localista en favor de un pensamiento continental antiimperialista contrario al avance económico de las grandes potencias globales. A modo de introducción podemos señalar que la opción de parte del autor por defender la unión económica de los pueblos latinoamericanos bajo la construcción de una civilización hispanoamericana en contraposición a la civilización anglosajona se entiende por los contextos en los cuales se despliega este ensayo. En este sentido, durante la segunda guerra mundial y a causa del peligroso avance de los imperialismos alemán e italiano, el imperialismo norteamericano, mediante su sistema interamericano y a través de las presiones políticas y económicas –contradictoriamente amparadas bajo la política del buen vecino-, trazo lineamientos tendientes a resguardar las posiciones detentadas en el continente americano. Estas líneas de acción imperialista para el continente americano estuvieron encaminadas a defender la hegemonía norteamericana sobre los principales puntos de producción económica, junto al monopolio del comercio exterior y la subordinación financiera al préstamo norteamericano.

Como veremos, la revitalización y oposición futura de la civilización hispanoamericana frente a la civilización anglosajona es, a juicio de Pinochet, el único camino posible de independencia económica de los pueblos latinoamericanos.

3.3.1 “La civilización Hispanoamericana v/s La civilización Anglosajona”.

La anterior descripción relativa al escenario latinoamericano y su relación estrecha con el ascenso del predominio norteamericano en el continente reviste de vital importancia al permitir constatar un elemento clave en la ideología y el pensamiento de Tancredo Pinochet que derivan del análisis del presente ensayo. En este sentido, se constata un desplazamiento desde la matriz conceptual inherente al Nacionalismo –muy presente en sus primeras obras ensayísticas como “La Conquista de Chile en el siglo XX- hacia tendencias cercanas a lo que podría denominarse como corriente continental antiimperialista, heredera de la tradición decimonónica de Bolívar y Francisco Bilbao, quienes en su momento plantearon la unión continental de las naciones latinoamericanas. Es sobre la base del análisis de las realidades nacionales donde cobra especial relevancia el pensamiento continental de Tancredo Pinochet al momento de esbozar su proyecto de construcción de la civilización hispanoamericana como salida ante la eventual crisis y desnacionalización de los países al sur de E.E U.U.

Para ir ampliando estas ideas empezaremos a dilucidar las novedades que trae aparejado el giro ideológico del pensamiento de Tancredo Pinochet. Al respecto, sería pertinente señalar que el autor no era ajeno a las problemáticas económico –sociales que se circunscribían en el resto de los países americanos. Incluso más, hay en su discurso una actitud crítica frente al expansionismo imperialista norteamericano, al que no en pocas ocasiones vincula con la situación de pobreza de sus vecinos del Sur. En función de comprender históricamente la actual condición de ambas Américas –Norteamérica y Latinoamérica, era necesario a juicio de Pinochet hacer en un primer momento un examen del recorrido histórico de las dos grandes civilizaciones instaladas en el continente americano; “en este nuevo mundo, en esta América donde vivimos, que era desconocida para los europeos hace quinientos años, se han desarrollado dos civilizaciones, la civilización anglosajona y la civilización hispanoamericana... y como somos dos grandes empresas civilizadoras las que nos hemos establecido en esta América, conveniente será que veamos si ambas empresas lo han hecho hasta ahora igualmente bien o igualmente mal”²⁴⁴. Más adelante Tancredo señala otro de los fines adyacentes a la concreción del ensayo, esa interrogante de deducir cuál de las dos grandes civilizaciones ha prosperado en su trayectoria, “ha sido en el mismo tiempo, en igual territorio, mucho más extenso y más rico el nuestro, con la misma variedad de climas, con casi la misma población, igualmente inteligente, dos civilizaciones distintas se han estado construyendo en el Nuevo Mundo. ¿Cuál es superior?”²⁴⁵

Una señal a la hora de determinar la superioridad e inferioridad de ambas Américas es el concepto mismo que Tancredo utiliza para definir civilización, “diremos que una civilización es superior a otra cuando da una cuota mayor de bienestar a un mayor número de sus individuos, o cuando aporta a la humanidad, en su conjunto, para el presente o futuro mayores oportunidades de bienestar, más hondas fuentes de felicidad”²⁴⁶. Dicho bienestar era a ojos de Pinochet fruto de una considerable base material, cuya riqueza debía ser sinónimo de prosperidad e independencia económica, plataforma principal sobre la cual toda civilización debía edificarse. El problema que surgía de esta constatación residía en que Hispanoamérica trágicamente había quedado varios pasos atrás de la prosperidad y el progreso material norteamericano e irremediablemente sus posibilidades como civilización hacían agua al no poder brindar opciones de vida, felicidad y bienestar a su población. En su perspectiva, “es cierto que para que haya prosperidad económica debe haber independencia económica, pero esta independencia es resultado de la prosperidad... nuestra pobreza, nuestro atraso nos han impedido adquirir nuestra independencia económica... y sin independencia económica no se puede desarrollar una civilización”²⁴⁷

El tema de la independencia económica era crucial en la óptica de Pinochet a propósito de revertir el atraso material y la dependencia crónica de la inversión y del mercado

²⁴⁴ Tancredo Pinochet Le Brun, Como construir la civilización chilena a plazo corto, Ed. Así es, Santiago, 1940, p. 7.

²⁴⁵ *Ibíd.*, p. 8

²⁴⁶ *Ibíd.*

²⁴⁷ *Ibíd.*, p. 18

norteamericano. El autor reconocía que desde la inserción de América latina en el mercado mundial las economías nacionales eran proclives a las fluctuaciones y demandas de la economía mundial, lo cual estableció con el tiempo su carácter primario exportador con nulas posibilidades de desarrollo industrial y mercados internos. Como consecuencia los países latinoamericanos habían estado lejos de crear riqueza nacional como base económica de su prosperidad al preferir el librecambismo y desatender la adopción de medidas tendientes a promover el capitalismo industrial y la existencia de mercados internos. Al respecto, la única manera viable y legítima de crear riqueza –dice Pinochet- era promoviendo la industria y fortaleciendo el mercado interno nacional a través de la mejora de los salarios y el poder adquisitivo de los sectores populares.

La siguiente frase es elocuente de lo reseñado más arriba: “todo esto nos lleva a la conclusión de que solo habiendo grandes masas consumidoras, con salarios que permitan pagar por el consumo, puede haber riqueza... es decir, creando consumidores educamos y creamos riqueza y creando riqueza creamos civilización entendiendo por ella una condición de vida humana que ofrezca el máximo de bienestar y felicidad para el mayor número de individuos.”²⁴⁸ Esa fórmula de independencia económica constituía la clave del éxito de la civilización norteamericana que, a diferencia de Hispanoamérica, había creado riqueza en el mismo territorio a partir del fortalecimiento de las capacidades de producción y consumo a gran escala mediante el fomento del poder adquisitivo de la población.

El camino hacia la independencia económica respecto al mercado externo constituía el fin último al que debía aspirar la civilización Hispanoamericana. Había llegado la hora de reivindicar el progreso económico – material de los países aunados en la humilde nación latinoamericana. Pero Tancredo era consciente que esa añoranza por el futuro de la civilización hispanoamericana no podía concretarse de manera parcelada de país en país ya que las condiciones económicas de sus respectivas naciones no lo permitían. ¿Podrá alguno de nuestros países hispanoamericanos desarrollar una gran industria pesada, cada uno con su restringido mercado propio? ¿No tendrá que permanecer para siempre dependiente de la gran industria extranjera, si permanece dividida, con barreras aduaneras entre sí? ²⁴⁹ Es aquí donde toma forma el pensamiento continental antiimperialista de Pinochet Le Brun, el cual se hará cargo de afrontar el tema de la sujeción política y dependencia económica de los países latinoamericanos respecto al capital extranjero. Pinochet argumentaba que “puede decirse, con propiedad, que el que ahora os habla fue el primero que toco en Chile la campana de alarma contra el peligro imperialista extranjero. Publique hace más de un cuarto de siglo mi libro “La Conquista de Chile en el Siglo XX”, en el que mostré que así como los españoles nos conquistaron en el siglo XVI, los europeos y los norteamericanos nos estaban conquistando al principiar el siglo XX”²⁵⁰. Más adelante Tancredo explicitaba la relación estrecha entre el atraso de los países americanos y el ascenso del imperialismo extranjero, dice: “Pero, ¿no tenemos también ahora este complejo

²⁴⁸ *Ibíd.*, p. 71

²⁴⁹ *Ibíd.*, p. 103

²⁵⁰ *Ibíd.*, p. 99

de inferioridad? ¿Es cierto que no pretendemos traer príncipes extranjeros para que dirijan nuestros destinos? Pero, ¿no ocurre que a instancias nuestras, como la de San Martín, se dirige con frecuencia desde el extranjero nuestra política?”²⁵¹ Su compromiso político por el cambio radical en las políticas económico-sociales a escala continental lo hacían percibir con mayor relieve las realidades adversas que golpeaban a las sociedades latinoamericanas, “esta realidad económica no la ven con claridad ni el pueblo norteamericano, ni los pueblos hispanoamericanos a los cuales los Estados Unidos tienen sometidos como colonias, porque los que se benefician con esta situación son los que manejan los destinos de estos pueblos y controlan su banca y su prensa, tanto allá, en el norte del Nuevo Mundo, como aquí, en el sur. Ellos están encargados de seguir manteniendo el mito de nuestra inferioridad”.²⁵²

El panorama estaba más que claro. Lo que seguía era ver soluciones para transformar la civilización hispanoamericana de cara a su independencia del tutelaje político y económico extranjero. De entrada había que tener fe en los destinos de la unión latinoamericana, había pues “que darle primero forma y vigor a nuestro restringido anhelo de independencia y prosperidad económicas”²⁵³. Después había que ampliar limitadas las fronteras del sentimiento nacionalista hacia un pensamiento continental latinoamericano, “pensar y sentir pues, no ya nacionalmente sino continentalmente... del orgullo de sentirnos chilenos, sin matar ese orgullo, ni aminorarlo, debemos pasar al orgullo de sentirnos hispanoamericanos”²⁵⁴. Posteriormente había que comprender que los países latinoamericanos, unidos, crecerían económica y espiritualmente al sentirse ciudadanos de toda la América nuestra, “desde las fronteras de los Estados Unidos, hasta las nieves de la Patagonia”²⁵⁵, la convicción inapelable e irrefutable que Hispanoamérica era capaz de luchar sin tutela deprimente, “tenemos que comprender –dice- que para vivir no necesitamos ser provincias de ningún imperio extraño, que tenemos todo lo que se necesita para hacer una civilización propia”²⁵⁶

En forma resumida, el futuro de la civilización Hispanoamericana, su existencia y su razón de ser giraban alrededor de una base económica sustentable y duradera capaz de brindar el mayor bienestar al mayor número de personas. Concretamente, el pensamiento continental antiimperialista de Tancredo Pinochet buscaba más que nada la unión continental de los países para revitalizar la civilización hispanoamericana, acción integracionista que alcanzaría su máxima expresión en la alianza de las economías latinoamericanas como punto de entrada al freno de la explotación del capitalismo extranjero. En palabras de Tancredo, de lo que se trataba era: “cuando hablo de la unión de América latina, no pretendo que se forme una gran nación de todos nuestros países. Pretendo que se forme una confederación económica de naciones, primordialmente una

²⁵¹ *Ibíd.*

²⁵² *Ibíd.*, p. 101

²⁵³ *Ibíd.*

²⁵⁴ *Ibíd.*, p. 103

²⁵⁵ *Ibíd.*, p. 104

²⁵⁶ *Ibíd.*

unión aduanera”²⁵⁷ Se desprende de sus palabras la certeza de que esa unión continental solo se concretaría desde la abolición de las barreras proteccionistas nacionales y la instalación de un reformismo económico continental acorde con tales supuestos integracionistas. Complementando este marco de referencia, Tancredo reconoce que la unión aduanera no bastaba a la hora de conseguir la prosperidad económica de la civilización hispanoamericana. Para que haya progreso económico en la civilización hispanoamericana se necesitaba de un mercado interno que fuera capaz de consumir los productos de las industrias latinoamericanas, “ósea, un mercado propio, mercado interior, de capacidad adquisitiva, de compradores, pues ya hemos demostrado que la riqueza es producción más consumo.”²⁵⁸ Este mercado de consumidores solo se constituiría mediante un aumento en el salario de los obreros y trabajadores para que tuvieran el poder adquisitivo necesario a la hora de consumir los productos manufacturados de la industria latinoamericana.

A través de la lectura de tres de las obras de Tancredo Pinochet como lo son “La Conquista de Chile en el Siglo XX” (1909), “El Dialogo de las Dos Américas” (1920) y “Como Construir la Civilización Chilena a plazo corto” (1941) nos es posible confirmar la existencia de un pensamiento nacional antiimperialista que, con el pasar del tiempo, se amplía en su marco espacial ya no limitándose al análisis de la situación nacional como era lo común en los ensayistas de la crisis del Centenario. Siguiendo esta línea de análisis, ya en el primer ensayo “La conquista de Chile en el siglo XX”, Pinochet viene a inaugurar los rudimentos de un sentimiento Nacional Antiimperialista al vincular el atraso del país con la penetración extranjera y su imposición en todos los ámbitos de la vida social. Más tarde, la corriente Nacional Antiimperialista será retomada con mayor precisión en las otras dos obras escogidas, pero es en el ensayo “Como Construir la Civilización Chilena a plazo corto” donde adquiere nuevos matices al tomar, como base de argumentación, la retórica unionista y continentalista del Americanismo en su objetivo último de postular –como solución al atraso económico de los países y su dependencia de los intereses imperialistas norteamericanos-, la integración económica de las naciones latinoamericanas.

²⁵⁷ *Ibíd.*, p. 109

²⁵⁸ *Ibíd.*, p. 131

Conclusión

La obra ensayística de Tancredo Pinochet Le Brun entre los años 1909 y 1944, presenta decididamente un pensamiento político, caracterizado por presentar matices crítico social y lineamientos de carácter nacional antiimperialista.

La pertenencia de la obra ensayística de Tancredo Pinochet al pensamiento social chileno, como también a la corriente antiimperialista de Chile y de Latinoamérica a comienzos del siglo XX, se engloban en temáticas de interés local y continental respectivamente. En ese sentido, las preocupaciones intelectuales del autor distaron de focalizarse solo al ámbito nacional, sino que las reflexiones tienden a ampliarse a fenómenos político-social de significación continental. Un vistazo a la primera obra de Tancredo Pinochet "La conquista de Chile en el siglo XX" (1909) y su penúltimo trabajo analizado "Como construir la civilización chilena e Hispanoamericana" (1941), revela este cambio en el foco de análisis, desde una actitud localista a una visión continental.

El pensamiento social de Tancredo Pinochet Le Brun, a partir de su obra ensayística, se constituyó en oposición a la ineficacia del sistema político parlamentario chileno, y a la efervescencia de la "Cuestión Social" en el sector urbano y rural, a comienzos del siglo XX. Los ensayos escogidos para el análisis de esta arista social en la actividad intelectual de Tancredo Pinochet, poseen los lineamientos necesarios para vincularlos al movimiento crítico social chileno que se despliega como respuesta a las problemáticas nacionales y que, - mediante un conjunto de ideas concretas como la democratización política o el mejoramiento material, intelectual y moral de la sociedad- presenta cuestionamientos a las desiguales condiciones de vida de las sociedad chilena. Conceptos similares a los defendidos por el movimiento social chileno fueron esbozados por Tancredo Pinochet en forma de novela histórica en "La obra" (1911), "Nieves eternas" (1911), y en forma de ensayo "Los Inquilinos en la Hacienda de su Excelencia" (1916), "Oligarquía y Democracia" (1917), "Si yo fuera presidente" (1931), "Pedro Aguirre Cerda: Un hombre pequeño para un gran país." (1938) y "Bases para un política Educacional. Al frente del libro de Amanda Labarca" (1944). Entre 1911 y 1938 el pensamiento social del autor, se caracteriza por una sistematizada crítica a la realidad del sector urbano y el sector rural, focalizándose en la falta de intervencionismo estatal, así como la existencia de estructuras premodernas en el campo y la exclusión de los sectores populares del régimen político y educacional.

En respuesta a las problemáticas antes señaladas, la obra ensayística del autor se inclinó por entregar soluciones de corte liberal, como por ejemplo, la implantación de una democracia Meritocrática no sólo a nivel político, sino también social, cultural y económico. Esto última postura vertida con mayor precisión en la obra "Oligarquía y Democracia", también nos muestra la adhesión - que por lo demás se desplegará a lo largo de toda su obra-, a una postura eminentemente estatista, donde las posibles soluciones debían emanarse siempre con un rol fundamental del Estado. Otro ejemplo de soluciones a las

problemáticas sociales desnudadas por el autor, es la construcción de un modelo educativo a escala nacional, en donde cada comuna debía tener injerencia en la elaboración de los programas educativos a impartirse en cada institución escolar. Es decir, el pensamiento social de Tancredo Pinochet Le Brun se caracteriza no sólo por la denuncia realizada, sino también por presentar soluciones viables a tales problemáticas.

Por su parte, el pensamiento nacional antiimperialista en la obra ensayística de Tancredo Pinochet Le Brun, se constituyó en un objeto teórico- político como respuesta al avance del imperialismo en las economías de América Latina a comienzos del siglo XX. Relacionado a lo anterior expuesto –y en función de los documentos tratados en la investigación-, Tancredo Pinochet Le Brun formó parte de los círculos de intelectuales latinoamericanos de las primeras década del siglo XX, quienes construyeron proyectos políticos a escala continental para detener el camino imperialista norteamericano comenzado en Centroamérica y el Caribe.

Las obras escogidas para el análisis del tópico nacional- antiimperialista, pueden ser incluidas en el cuerpo teórico producido a comienzos del siglo veinte por autores como Luis Aldunate de la Carrera, Francisco Valdés Vergara, Francisco Antonio Encina y Francisco Rivas Vicuña, que forman parte de lo que el historiador Hernán Ramírez Necochea ha denominado el movimiento antiimperialista chileno. Centrándonos en el ámbito local el ensayo la “Conquista de Chile en el siglo XX” (1909), se construye teóricamente con la finalidad de denunciar la penetración cultural y económica del imperialismo en la sociedad Chilena. A juicio de Pinochet Le Brun, el medio para solucionar la inserción de capitales extranjeros en Chile, era la instauración de un capitalismo nacional basado en la industria.

Hacia 1920 la postura nacional antiimperialista en torno a la relación Imperio- Chile, se trasladó a la dinámica Imperio Norteamericano- América Latina, dando luces de una crítica decidida en contra, no sólo de los afanes económicos de Estados Unidos, sino también a su misma cultura. Estas posturas son una transición en el pensamiento nacional antiimperialista del autor, que se desarrollan con mayor holgura en la obra de “Diálogo de las Dos Américas”. El nacional antiimperialismo de 1909 si bien se ceñía al avance de los imperialismos globales, hacia 1920 la crítica se dirige hacia el avance del imperialismo norteamericano.

Esta mutación en el plano de las ideas responde a la evolución de las perspectivas nacionalistas a las cuales adhiere el autor. En el primer ensayo, el nacionalismo contiene ciertos lineamientos conceptuales de la tradición conservadora antiliberal como las procedentes del racismo, darwinismo social y biologicismo - matrices teóricas en efervescencia durante el periodo de las rivalidades interimperialistas -. En este caso, la postura nacionalista que el autor defiende, no busca la instauración de un régimen autoritario -como es de Alberto Edwards, Nicolás Palacios o Francisco Encina-, sino más bien se ciñe a denunciar la penetración imperialista en la sociedad chilena.

En una obra posterior, el discurso nacional antiimperialista del autor adquiere nuevos matices, pues las problemáticas contra el imperialismo no se definen en el ámbito nacional,

sino que requiere soluciones a escala continental. Lo anterior mencionado se presenta en el ensayo “Como construir la civilización chilena e Hispanoamericana a plazo corto. (1941)”, donde se desarrolla en su máxima expresión el antiimperialismo de Tancredo Pinochet Le Brun. En este sentido, las soluciones para detener el avance imperialista y la dependencia económica de los países latinoamericanos, reside en la instauración de un modelo económico continental, a través de la unión aduanera de los países.

En cuanto a las continuidades del discurso de Tancredo Pinochet Le Brun presenta dos grandes lineamientos políticos y económicos que perdurarán entre 1909 y 1944. En primer término, la adhesión persistente a ideales liberales que cruza toda su producción ensayística, que se manifiesta en la defensa de un modelo de democracia Meritocrática en la estructura social, la visión del Estado como garante de los derechos fundamentales de la ciudadanía, la libertad del individuo y el libre pensamiento. Un elemento que deriva de esta primera continuidad es la persistencia del concepto de democracia Meritocrática como forma de organización político-social en base al esfuerzo individual y colectivo del ciudadano. En segundo término, ahora situada en la esfera económica, la aceptación del capitalismo nacional como uno de los medios económicos más eficaces para resolver los problemas sociales locales y detener la penetración del imperialismo extranjero en los puntos clave de la vida económica

Por otro lado, detectamos un cambio en el pensamiento de Pinochet Le Brun, que se presenta en la formación de la perspectiva antiimperialista. Existe una transformación en la actitud del autor sobre Norteamérica como modelo de desarrollo. Debido al avance del imperialismo yanqui en las economías latinoamericanas, la idea de EE.UU como modelo de progreso verificada en los primeros ensayos como “La Conquista de Chile en el siglo XX” y “Oligarquía y Democracia” tiende a desaparecer en favor de un sentimiento de repudio por el accionar imperialista de este país en las economías latinoamericanas.

Por último, hemos podido constatar la posibilidad del ensayo como fuente historiográfica, que en el campo de la historia de la ideas, el investigador utiliza como huellas del pasado para detectar las ideologías y las corrientes de pensamiento.

Bibliografía

Aylwin, Mariana - Bascuñán, Carlos - Correa, Sofía - Gazmuri, Cristian - Serrano, Sol - Tagle, Matías, Chile En El Siglo XX, Editorial Planeta, 1990.

Corvalán Márquez, Luis. Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile, los orígenes 1903 – 1931. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago. 2009.

Corvalán Márquez, Luis. Centenario y Bicentenario, los textos críticos, Editorial Usach, Santiago de Chile, 2012.

Correa, Sofía – Figueroa, Consuelo - Jocelyn-Holt, Alfredo, Historia del siglo XX chileno, Ed. Sudamericana chilena, Santiago, 2001

Deves Valdés. Eduardo. El Pensamiento Latinoamericano a principios del siglo XX: “La reivindicación de la identidad. Artículo extraído del Anuario de Filosofía Argentina y Americana, Número 14, 1997.

Fernández Bravo, Alvaro, La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha, Editorial Manantial, Buenos Aires, 2000

Fernández, Enrique. Estado y Sociedad en Chile 1891-1931. El Estado excluyente, la Lógica Estatal Oligárquica y la Formación de la Sociedad. LOM Ediciones. Santiago. 2003.

Franco Jean, La cultura Moderna en América Latina, Ed. Joaquín Mortiz Tabasco, México, D. F., 1971.

Foucault, Michel, Microfísica del Poder. Los Intelectuales y el Poder; Entrevista Michel Foucault a Gilles Deleuze, La Epiqueta, Madrid, 1993.

Funes, Patricia, Salvar la nación: Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos, Ed. Prometeo, Buenos Aires, 2006.

Furtado, Celso. Subdesarrollo y Estancamiento en América Latina. Editorial Universitaria. Buenos Aires. 1966.

Garcés Duran, Mario, Crisis Social y Motines Populares en el 1900, Ediciones Documentas. Santiago, 1991.

Gazmuri, Cristian. Testimonios de una crisis, Chile: 1900-1925, Ed. Universitaria, Santiago, 1980.

Godoy Urzúa, Hernán, La Estructura Social de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1971.

Góngora Del Campo, Mario, Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX. Reedición Editorial Universitaria. Santiago 2011.

Gramsci, Antonio, Cuadernos de la Cárcel, Vol. 4, Ediciones Era, México D. F., 1986.

Grez Toso, Sergio, La Cuestión Social en Chile. Ideas y Debates Precursores, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1995.

Hobsbawm, Eric, Cómo cambiar el Mundo, Marx y el marxismo 1840-2011, Ed. Crítica, Barcelona, 2011.

_____ La era de la revolución (1789-1848), La era del Capital (1848-1875) La era del Imperio (1875- 1914), Ed. Crítica, Buenos Aires, 2012.

Hofmeister, Wilhem, Mansilla, H.C.F, (ED.), Intelectuales y Política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico, Ed. Homo sapiens, Rosario, Argentina, 2003.

Jobet, Julio César, Los precursores del pensamiento social de Chile, Ed. Sudamericana, Santiago, 1956.

McGee Deutsch, Sandra. Las Derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890 -1939. Editorial Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires. 1999.

Morris, James O., Las elites, los intelectuales y el consenso, Estudio de la cuestión social y el sistema de las relaciones industriales en Chile, Editorial El Pacifico, Santiago, 1967.

Naudon, Carlos, América Impaciente, Editorial del Pacifico. Santiago, 1963.

Orrego Luco, Augusto, La Cuestión Social, Imprenta Barcelona, Santiago, 1890

Pinochet Le Brun, Tancredo, "La conquista de Chile en el siglo XX", Ed. Planeta, Santiago, 2011.

_____ Inquilinos en la Hacienda de su Excelencia, 1916, Extraído de: Memoriachilena.cl.

_____ Oligarquía y Democracia, Casa Editora Tancredo Pinochet, Santiago, 1917.

_____ Diálogo de las dos Américas, Ed. Todamérica, La Habana, 1920.

_____ The gulf of misunderstanding north and south America as seen by each other, Ed. Boni y Liveright, New York, 1920.

_____ Si yo fuera presidente, Programa presidencial editado por el comité central de la pro-candidatura presidencial de Tancredo Pinochet, 1938.

_____ Pedro Aguirre Cerda: Un hombre pequeño para un país grande. Ed. Así es, Santiago, 1938.

_____ Cómo construir la civilización chilena a plazo corto, Ed. Así es, Santiago, 1940.

_____ Bases para una política educacional. Frente al texto de Amanda Labarca, Biblioteca de Alta cultura, Santiago, 1944.

Rama, Carlos, Nacionalismo e Historiografía en América Latina, Ed. Tecnos, Madrid, 1981.

Ramírez Necochea, Hernán, Historia del Movimiento Obrero en Chile, Editorial Austral, Santiago, 1956

_____ Los Estados Unidos Y América Latina (1930-1965). Editorial Austral. Santiago. 1965

_____ Historia Del Imperialismo en Chile, Editora Austral Ltda., Santiago, 1980.

Ruiz Schneider, Carlos. De la Republica al mercado, Ideas educacionales y política en Chile. LOM Ediciones Seria Republicana. Santiago. 2010.

Salazar, Gabriel, Labradores, peones y proletarios, Lom ediciones, Santiago, 2000.

Sanders, Karen, Nación y Tradición, cinco discursos en torno a la Nación Peruana 1885-1930, Ed. Fondo Cultura Económica, Lima, 1997.

San Francisco, Alejandro - Cid, Gabriel -. Nacionalismos e Identidad Nacional en Chile siglo XX, Volumen I., Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2010.

Silva, Bárbara. Identidad y Nación entre dos siglos; Patria Vieja, Centenario y Bicentenario, Lom ediciones, Santiago, 2002.

Subercaseux, Guillermo. Los ideales Nacionalistas Ante el Doctrinarismo de nuestros Partidos Políticos Históricos. Imprenta Universitaria. Santiago. 1918.

Vial Correa, Gonzalo. Historia de Chile Tomo, II, V, VI, VII. Editorial Portada. Santiago. 1981.

Villalobos, Sergio – Silva, Osvaldo - Silva, Fernando y Patricio Estelle, Historia de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1993

Vítale, Luis. La Interpretación Marxista de la Historia de Chile. Tomo V, LOM Ediciones, 1993.

Vítale, Luis, Los principales periodos de la Historia de América latina. Contribución al debate del Bicentenario, LOM Ediciones, Santiago, 2009.

Ensayos y Artículos

Candina Polomer, Azun, La clase media como ideal social. El caso de Chile contemporáneo. Extraído de: http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/chile_palomer.pdf /

Cavieres Figueroa, Eduardo. Anverso y Reverso del Liberalismo en Chile: 1840-1930. Artículo extraído de la Revista Historia nº 34. Santiago 2001.

Cruzat, Ximena y Tironi, Eugenia, Pensamiento en Chile 1830-1910. El pensamiento frente a la cuestión social en Chile, Revista Estudios Latinoamericanos Nº 1, Nuestra América Ediciones, Santiago, 1987.

Cuevas Molina, Rafael, Nacionalismo, Nación y Continentalismo en América Latina. Cuadernos de trabajo Número 23 del Instituto de investigaciones Histórico Sociales de la universidad Veracruzana. México. 2005.

Fortanet, Joaquín, Dos modos de concebir la labor intelectual: Foucault y Rorty, Revista de Filosofía Moral y Política nº 42, Zaragoza, Enero-Junio 2010.

Garcés Duran, Mario, Los Movimientos Sociales Populares en el siglo XX. Balances y Perspectivas, Artículo extraído del Archivo de Documentación Histórico Social CEME (Centro de Estudios Miguel Enríquez).

Goicovic Donoso, Igor, Consideraciones Teóricas sobre la violencia social en Chile (1850-1930). Artículo extraído del Archivo de Documentación Histórica Centro de Estudios Miguel Enríquez CEME. Valparaíso. 2004.

Pinedo Castro, Javier. Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el Centenario: 1900- 1925. Artículo extraído de la Revista "América sin nombre", nº 16, Págs. 29-40, Talca. 2011.

Tejeda Ripalda, Luis. "El Americanismo", consideraciones sobre el Nacionalismo Continental latinoamericano. Este trabajo corresponde a un artículo publicado en la revista "cuadernos americanos", Nº 82, Universidad Autónoma de México, Agosto, 2000.

Novelas Históricas

Pinochet Le Brun, Tancredo, La obra, Ed. La Ilustración, Santiago, 1911.

_____ Nieves eternas, Ed. La Ilustración, Santiago, 1911.

Índice

Págs.

Introducción	1
Primera Parte	
Capítulo I. A Modo De Conceptualización	3
1. La figura del Intelectual.....	3
2. El Nacionalismo.....	6
2.1. Nacionalismo: Europa, América Latina y Chile.....	7
2.2. El Nacionalismo y su vertiente Antiimperialista.....	16
3. Tancredo Pinochet Le Brun y el Nacionalismo.....	18
Capítulo II. A Modo De Contextualización	22
1. América Latina y El imperialismo Norteamericano.....	22
2. La Oligarquía. Un Proyecto en Crisis la Mesocracia y el Sector Obrero.....	27
2.1. La sociedad chilena a comienzos del siglo XX.....	27
2.2. La mesocracia como cuestionadora del proyecto oligárquico.....	32
2.3. La cuestión social en Chile. La emergencia del sector obrero.....	39
Segunda Parte	
Capitulo III. El pensamiento social de Chile en el ensayo de Tancredo Pinochet Le Brun	44
1. Cien años de república chilena. El despertar del cuestionamiento a las desigualdades de la sociedad.....	45
2. Los sectores populares a comienzos del siglo XX.....	49
2.1 Las desigualdades sociales entre el oligarca y el obrero. El caso del sector urbano.....	49
2.2. ¿El campesinado o Bestias de carga? El caso del sector rural.....	52
3. “Oligarquía y Democracia”. Un crítica estructural.....	57
3.1. Una Democracia Meritocrática como alternativa al régimen oligárquico.....	61
4. En el debate político.....	64
4.1. “Pedro Aguirre Cerda un hombre pequeño para un gran país”.....	64
4.2. La situación de los inquilinos hacia 1938. La hacienda del Presidente Pedro Aguirre Cerda.....	73
5. En el debate educacional. La enseñanza el otro motor de las soluciones a la desigualdad de Chile.....	76

Capítulo IV. El pensamiento americanista y Antiimperialista en el ensayo de Tancredo Pinochet Le Brun	82
1. El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XX.....	83
2. El movimiento antimperialista en Chile a comienzos del siglo XX.....	86
3. Tancredo Pinochet Le Brun y el Nacionalismo Antiimperialista.....	88
3.1. “La conquista de Chile en el siglo XX”. La penetración del capital extranjero.....	88
3.1.1. “El individualismo nacional en nuestros días”.....	89
3.1.2. “La entrega de Chile.”.....	90
3.1.3. “La defensa.” Contra el capital extranjero.....	94
3.2. “El dialogo de las dos Américas”. Crítica al Imperialismo Norteamericano.....	96
3.2.1. “Imperialismo”. Una crítica al avance estadounidense.....	97
3.2.2. “Panamericanismo”. La Unión de dos Américas radicalmente distintas.....	98
3.3. “Como construir la civilización chilena e hispanoamericana a plazo corto”.....	101
3.3.1 “La civilización Hispanoamericana v/s La civilización Anglosajona”.....	101
Conclusión	106
Bibliografía	109